CUARENTÓN EN CRISIS

Manual de supervivencia
para hombres del siglo pasado



IÑIGO ESCRIVÁ DE ROMANÍ

PLAZA JANÉS

IÑIGO ESCRIVÁ DE ROMANÍ

Cuarentón en crisis

PLAZA JANÉS

A Marina, mi mujer, la mejor del mundo.
Guapa, que eres muy guapa.
Y delgada, que hay que ver el tipazo que tienes.
Y lo distinguida que eres, que eres siempre la mejor vestida.
Y lo bonito que tienes el pelo y lo bien peinado,
que es una cosa que no se puede aguantar.
Que eres más buena que el pan y me lo perdonas todo, ¿a que sí?
¿A que me perdonas este libro, cosita bonita,
chispita preciosa, mi rosita de pitiminí? ¡Que te adoro!
¡Que tienes un corazón que no te cabe en el pecho!
¡Y lo lista que eres! Que lo haces todo bien,
que no te equivocas nunca en nada,
que siempre tienes razón en todo, bizcochito,
pastelito de crema, algodón de azúcar, ¡que te como!

El Editor: *¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?*
El Autor: *Lo juro*.

INTRODUCCIÓN

Los ingleses la llaman *midlife crisis* porque te pilla justo a mitad de camino. Colisionan el bajón de haber desperdiciado el tiempo y el subidón de aprovechar al máximo lo que te queda. Eres lo bastante viejo para acojonarte y lo bastante joven para ilusionarte. Te ves en Instagram el típico vídeo motivador de *hoy es el primer día del resto de tu vida* y sales a la calle a comerte el mundo, hasta que una jovencita te dice *perdone, señor, ¿tiene usted fuego?* Es una jodida montaña rusa. Se te cae el alma a los pies cuando piensas en todo lo que no has hecho, pero te vienes arriba porque todavía puedes hacer mucho. Y te empiezas a plantear cuestiones existenciales, como por ejemplo, ¿por qué sigo casado con esta amargada si lo que realmente he querido siempre es comerme una buena polla? Es una mezcla explosiva.

En mi caso el despertar fue mucho más aburrido: ¿por qué llevo 15 años en un curro que me la sopla? Si yo lo que quiero es hacer reír a los demás, ya sea escribiendo, subido a un escenario o haciendo el anormal en Instagram.

Me he cascado un *mamá, quiero ser artista* con 40 palos, 4 hijos y 2 cojones.

Va por ustedes.

Primera Parte

TRABAJO

1

NO SÉ LO QUE QUIERO

Mi vida era un desastre cuando me preguntaron qué quería hacer con ella.

Me acababan de entregar las notas de la primera evaluación de COU. Había suspendido todas. Mis compañeros de clase alucinaban. ¿Todas? ¿En serio? Era un récord. Me hacía sentir importante. Pero en general me importaba todo una mierda. Me pasaba el día fumando petas, jugando a la serpiente en un Nokia 5110 y viendo *Al salir de clase*.

Tenía mucho acné. Según mis padres, por hacerme pajas. Esa era la principal causa del acné en los noventa. Y te lo creías. ¿Cómo no me lo iba a creer, si me mataba a pajas y tenía la cara llena de granos?

Estaba desesperado por echar un polvo. Me daba mucha vergüenza seguir siendo virgen a los dieciocho. Tenía colegas que ya follaban con frecuencia y me sentía un pringao. En realidad cualquier cosa hacía que me sintiera un pringao, tenía una inseguridad brutal.

Esa Nochevieja se me fue de las manos. Me hicieron una analítica y me metieron en Proyecto Hombre. A mí: un niño pijo de Puerta de Hierro, con apellido compuesto, virgen y con acné ¡en Proyecto Hombre! No podía tener móvil, ni dinero, ni siquiera llaves de casa. No podía ir solo a ninguna parte. Si quería salir con alguien, debía entrevistarse antes con mi monitor, Rafa, un extoxicómano al que no le tosía ni Dios. Obviamente no podía ser nadie de mi «antiguo entorno», es decir, mis amigos. Tenía prohibido verlos o hablar con

ellos.

Y para terminar de arreglar las cosas, va el Atleti y baja a Segunda.

Joder, qué añito el de COU, me cago en mis muertos.

—¿Que qué quieres hacer con tu vida? [1]

Salir de marcha, ver a mis amigos, ir al cine, echarme novia, follar, animar al Atleti, leer, escribir, viajar, hacer fotos…

—No lo sé.

—¿Tienes alguna vocación?

De pequeño quería ser actor y director de cine, como Kevin Costner. *Bailando con lobos* me estalló el melón. No tanto por la película, sino por la posibilidad de que un hombre fuera capaz de hacer dos cosas a la vez: interpretar y dirigir. Se lo dije a mi madre al salir del cine: voy a ser actor y director de cine. Y mi madre emocionada con la idea. En aquel entonces yo era el niño más guapo, más listo, más fuerte y más gracioso del mundo, claro que podía ser actor y director de cine, y mucho mejor que ese Kevin Costner. Pero ahora, recién ingresado en Proyecto Hombre y suspendiendo hasta el recreo, no parecía el mejor momento para sacar de nuevo el tema.

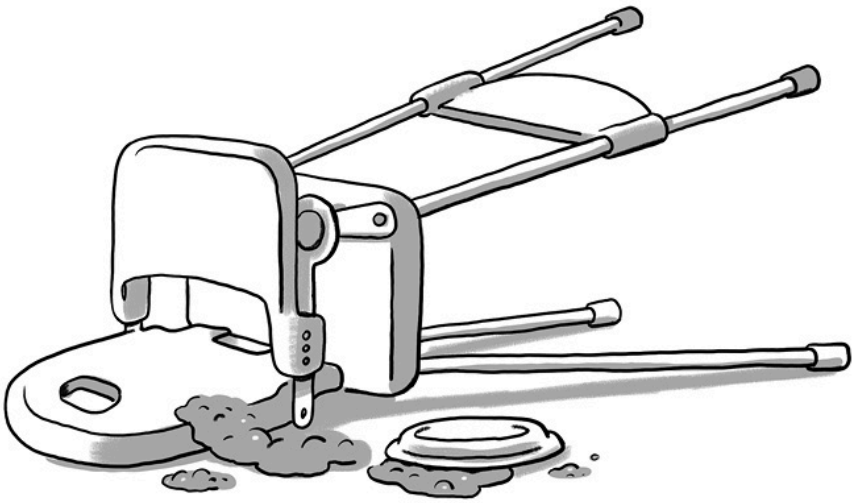
—No, no tengo ninguna.

El problema de no saber lo que quieres (o que te dé vergüenza decirlo) es que acabas haciendo lo que otros esperan que hagas. Estudias una carrera no porque sea tu vocación, sino para contentar a tus padres, porque hay que ir a la universidad, porque es lo que hace todo el mundo. Luego aceptas el primer curro que te dan no porque te guste, sino porque necesitas un empleo, porque es lo que toca, porque hay que ponerse las pilas. Después te casas porque llevas mucho tiempo con tu novia, porque ya va siendo hora, porque hay que sentar la cabeza. Tienes hijos porque para eso te casas,

para ser un padre de familia, porque ya tienes una edad. Y de repente un día te despiertas con 40 palos, al lado de una señora que pesa 10 kilos más que en la boda y que parece un teniente coronel de la Guardia Civil, siempre de mala hostia pero hoy especialmente, porque tiene la regla y se ha propuesto arruinarte la vida. No has pegado ojo en toda la noche porque tu hijo se ponía a llorar en cuanto dabas una cabezadita. Te comes un atasco para llegar tarde a un curro en el que te llevas pudriendo los últimos 15 años. El baboso de tu jefe te vuelve a poner en evidencia delante de tus compañeros, pero esta vez con razón, porque ya no pones el menor interés en nada de lo que haces. Las birras del jueves, el único plan que te ilusionaba de tu miserable semana, se cancelan porque tus colegas curran al día siguiente o cualquier otra ñorda de excusa. Te comes otro atascazo para volver al infierno de tu casa, donde te espera el teniente coronel con ganas de multarte por cualquier bobada. Y cuando crees que has tocado fondo, le pegas otra patada a esa puta trona que ocupa media cocina, en la que se niega a comer el cabrón de tu hijo, que tampoco te va a dejar dormir esta noche. Y te echas a llorar porque en ese momento nada, absolutamente nada, ni un refugiado de guerra, ni un niño somalí malnutrido, ni un enfermo terminal de cáncer, te da más pena que tú.

¿En qué momento se fue todo al carajo?

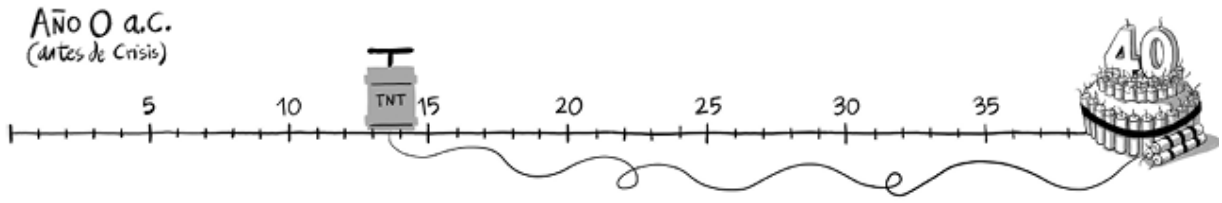
Tranquilo, Bobby, tranquilo.[2] Vamos por partes.



2

ME EQUIVOQUÉ DE CARRERA

La crisis estalla a los 40, pero el detonador lo pulsas a los 13. Es el punto de inflexión. Hasta entonces va todo sobre ruedas. La infancia, a no ser que nazcas en Siria, es coser y cantar. Poco que estudiar y mucho que jugar. Al fútbol, al *Quién es quién*, al *Street Fighter*, a lo que sea. Cambias cromos, te vas a dormir a casa de un colega, mezclas Coca-Cola con Fanta de naranja… Facilito. ¡Si hasta te pagan por los dientes que se te caen! Y cuando te preguntan qué quieres ser de mayor puedes soltar cualquier disparate, todo vale. *¡Ay, bombero, qué gracioso! Uy, arqueólogo, como Indiana Jones, ¿no te digo? Bueno, bueno, bueno, trapecista, ¡qué cosas tiene este crío!*



Pero la pubertad lo deforma todo. Es como una metamorfosis inversa: pasas de mariposa a oruga. De angelito que cree en los Reyes a pajillero con voz de travelo. Las hormonas son así de encantadoras, te desfiguran la cara y te ponen cachondo perdido a la vez. Y se encienden todas las alarmas, claro. Miedos, inseguridades, complejos, vergüenzas… No eres niño, no eres hombre, no eres nada, y haces toda sarta de majaderías para llamar la atención, para sentirte mayor, para ser alguien: te pones a fumar

y a beber, hablas de sexo como si fueras Rocco Siffredi sin haber tocado una teta, te metes en peleas para ir de malote, dejas de estudiar para no ser un empollón… Y en ese momento, que es el peor de tu vida, en que estás en pleno proceso autodestructivo, tienes que decidir tu futuro. Pero ahora en serio, ya no vale decir astronauta. En España, con 15 años empiezas a elegir asignaturas que te permitirán estudiar una carrera u otra. Con 15 años. Este soy yo con 15:



¿Tengo pinta de saber lo que quiero? Yo me metí en Periodismo porque era fácil, porque había tías buenas (eso decían) y porque me gustaba la serie *Periodistas*, la de Telecinco en que salía Belén Rueda. Y Elena Ballesteros. Y Esther Arroyo. Y Alicia Borrachero.

Qué disgusto se llevó mi padre. *Toda la vida diciendo que los*

periodistas son unos hijos de puta y me sale un hijo periodista. Para él solo había tres carreras serias: Derecho, Empresariales o Económicas. Mi hermano estudiaba Derecho. Un día cogí un código de su mesa, leí un párrafo suelto y no entendí ni las preposiciones. No tendría vocación, pero tampoco era gilipollas. Conocía mis limitaciones. Y mi padre también. Acabó pasando por el aro. Ventajas de ser un extoxiquillo. *Deja al niño que estudie lo que quiera, hombre, que bastante esfuerzo está haciendo por no drogarse*.

Me di cuenta enseguida de que aquello no era lo mío. Pero como seguía sin saber qué hacer, me quedé en Periodismo. Lo de ser actor, como Kevin Costner, lo había descartado porque me espantaba el camino para llegar a serlo. Tenía un amigo del barrio, Javi Pólvora (de niño le explotó un petardo en la mano y se quedó con ese mote), que estudiaba interpretación. Por un lado lo admiraba por atreverse a intentarlo, pero por otro me daba mucha vergüenza ajena lo que me contaba. Eso de ponerse delante de la clase a llorar, o a bailar, o a hacer el ridículo, me daba bastante cosica, no me veía capaz. Yo quería acompañar a Javi Pólvora a un casting y que me cogieran a mí. Y ganar ese mismo año el Goya al mejor actor revelación sin haber pisado una escuela de interpretación.

Con la escritura me pasaba algo parecido. Me gustaba más la idea de ser escritor que escribir. Quería estar hablando con una tía y que me preguntara *a qué te dedicas* y contestar *soy escritor*. Me parecía lo más *cool* del mundo. Que me pidiera el número de teléfono y darle un fijo, porque los escritores no tenemos móvil, y que me dejara mensajes en el contestador automático, como en las pelis. Pero yo no escribía. Apuntaba en una libreta ideas para novelas, pero no me ponía a escribirlas. Me parecía un proceso demasiado lento. Flaubert se tiraba una semana para acabar una página

¡escribiendo 10 horas al día! Qué pereza. Yo lo que quería era firmar ejemplares en la feria del libro.

Era todo un despropósito. Como querer ser chef sin cocinar. Así que terminé Periodismo. Y como el título no me servía para nada, me conformé con el primer curro que me dieron.

3

MI CURRO ES UNA MIERDA

En 2010 mi prima Rocío me consiguió una entrevista en una empresa. El año es relevante porque el mundo, no solo España, estaba en la ruina. Por eso digo que «me consiguió» una entrevista. Porque en 2010 no hacían entrevistas ni en el INEM. Y al pobre hombre que me entrevistó (el puto CEO de la compañía), que en aquel entonces estaba con el culo al aire y no podía permitirse quedar mal con nadie, y menos con mi prima Rocío, no le quedó otra que contratarme.

Quince años más tarde sigo a las órdenes del mismo CEO en la misma empresa. Y un día casi me da un pipirleque cuando pensé que si mi prima me hubiera enchufado en otra empresa, llevaría 15 años en esa otra empresa. Pero no fue el tiempo, que es mucho, lo que me chocó. Fue haberlo desperdiciado en un sitio que nada tiene que ver conmigo. Me reventó mi conformismo, el haberme aferrado a lo primero que me dieron, el estar por estar, el dejarme llevar sin dirigir mi vida. A lo largo de todos esos años, la idea de ser escritor había ido cobrando cada vez más fuerza, ¡pero seguía sin escribir! Sonaba el despertador y me iba a la oficina, en una tercera planta de José *Atascal*, de 9.00 a 14.00 y de 16.00 a 19.00 (u 20.00 o 21.00 o 22.00). De vez en cuando me revolvía, me decía *qué hago aquí*, *esto no es lo mío*, pero te pones a contestar correos, a tener reuniones, a hacer presentaciones, a preparar concursos y te dejas llevar por la rutina, porque el día 1 te pasan el crédito de la tarjeta y se come media nómina, porque este mes tienes que hacer un regalo

de boda, porque toca revisión del coche, porque te cargan en la cuenta el abono del Atleti, porque se te olvida renovar el parquímetro y te calientan 90 pavos de multa. Todavía fantaseas con la presentación de un libro tuyo, con una entrevista en un dominical titulada «El Roald Dahl español», ¡pero sigues sin escribir! Porque además de currar quieres salir a cenar con tu mujer, y tomarte unas cañas con tus amigos, y hacer deporte, y ver la tele, y leer, y hacer cualquier cosa menos luchar por ese que dices que es tu sueño, que tan importante no será si no sacrificas nada por conseguirlo, si tan cansado estás que ni lo intentas, y por eso sigues trabajando en algo que te la suda, igual que estudiaste 5 años una carrera que también te la soplaba, porque sigues sin saber lo que quieres, lo único que tienes claro es que necesitas ingresar, porque hay que pagar el agua, la luz, el gas, internet, el móvil, el gimnasio, las cenas, las copas, los cumpleaños, las escapaditas de fin de semana. Y vuelves a la oficina al día siguiente, y al mes siguiente, y al año siguiente. Y nace tu primer hijo, y te cagas en las bragas porque ahora hay un bebé que depende de ti, que no tiene culpa de tu indecisión, ni de tu vaguería, ni de que hayas desperdiciado tanto tiempo, ni de que hayas decidido traerlo a este mundo, pero necesita una cuna, un cambiador, la sillita del coche, el Bugaboo, que es el que le gusta a la parienta, pañales, chupetes, pijamas, patucos, leotardos, un bautizo… Y sigues, sigues, sigues, como un hámster en su rueda, corriendo a toda velocidad sin moverte del sitio. Pero la rueda no para, gira cada vez más rápido, ya no te puedes bajar, y le das vueltas a lo mismo una y otra vez: que si no me dejaron estudiar lo que quería, que si mi trabajo es un truño, que si no llego a fin de mes, que si no me da la vida.

4

ESTOY HUNDIDO EN LA MISERIA

El razonamiento para sentirte profundamente desgraciado suele ser el siguiente: como no estudié lo que quería, ahora tengo un curro de mierda. Como es un curro de mierda, tengo un salario de mierda y no tengo tiempo para nada. Como no tengo pasta ni tiempo para hacer otras cosas, estoy condenado a seguir en mi curro de mierda, desperdiciando mi vida hasta la jubilación.

Ante semejante tragedia, el cuarentón tiene dos opciones:

A. Sigo con el victimismo y prolongo mi crisis
B. Salgo del drama y tiro hacia delante.

Vamos a aplicar ambas opciones en cada situación, utilizándome a mí de ejemplo:

Problemón n.º 1: No estudié lo que quería

Opción A: si hubiera hecho interpretación, ahora sería actor. Si hubiera hecho Filología, ahora sería escritor. Pero tuve que hacer Periodismo para contentar al Gran Padre Feroz, que no me dejó estudiar lo que quería. Y como no puedo retroceder en el tiempo no hay nada que hacer, mi padre me ha arruinado la vida.

Opción B: mi padre no solo aceptó mi decisión (a pesar de que todos los periodistas fueran unos hijos de puta), sino que me pagó una universidad privada porque al cenutrio de su hijo no le daba la nota.

Problemón n.º 2: Mi curro es una mierda

Opción A: mi trabajo no me llena, estoy desperdiciando mi talento, estoy desmotivado, me paso el día en la oficina, no me promocionan, no me suben el sueldo, mi jefe es un cretino.

Opción B: tengo un empleo en el que me siguen pagando religiosamente a pesar de ser cada día menos puntual, menos ambicioso, menos productivo y menos joven.

Problemón n.º 3: No tengo pasta

Opción A: con un salario es imposible hacerse rico, debería montar algo propio, abrir mi negocio, pero no sé cómo hacerlo por culpa de mi viejo, que debería haberme obligado a estudiar Empresariales, a esa edad uno no sabe lo que quiere.

Opción B: por la noche duermo a pierna suelta sabiendo que pase lo que pase, le vaya como le vaya a mi empresa, me ingresan la nómina a fin de mes. Y que el peor escenario posible, el despido, equivale a dos años rascándome la barriga, cobrando el paro y con una buena indemnización en el bolsillo.

Problemón n.º 4: No me da la vida

Opción A: estoy hasta arriba, le faltan horas al día, no sé en qué se me va el tiempo, si me echaran dedicaría los dos años de paro a escribir, si me tocara la lotería me pedía una excedencia.

Opción B: no me da la vida, pero saco tiempo para verme las 8 temporadas de *Juego de Tronos* en el mes de prueba de HBO, 73 episodios de una hora que equivalen a dos semanas de trabajo a jornada completa. Vamos, que sí me da la vida cuando me sale de los cojones.

La opción A te permite seguir culpando a todo quisqui de tu desgraciada vida, dándote muchísima pena a ti mismo, que no has tenido nada que ver en toda esta historia. La opción B, en cambio,

es un sopapo de pobre niño rico que te saca del vaso de agua en el que te ahogas tú solito. La opción A es, por tanto, mucho más tentadora, porque regocijarte en tu dolor da mucho gustico. Yo, por supuesto, elegí la opción A durante la década de los treinta hasta que estalló la crisis y toqué fondo. Estaba harto de mi trabajo, no tenía un duro y no podía perder ni un minuto, así que empecé a ver a una coach todos los viernes de 11.00 a 13.00, que me cobraba 250 euros la sesión.

5

UN RAYO DE ESPERANZA

Te voy a contar lo que me dijo la coach para que tú también salgas del pozo sin gastarte una pasta. Me dijo que a partir de ahora iba a tener una segunda profesión. Pero que hiciera el favor de venerar la primera, que es la que me paga las facturas. Así que no te me vengas arriba y aparezcas mañana en la oficina con una caja de cartón para llevarte tus cosas y perseguir tu sueño, como en las pelis americanas, porque esto no es América, aquí tu señora esposa te mete una somanta palos de órdago a la grande. Porque llevas muchos años, junto a ella, pudriéndote en el mismo puesto, y no le hace falta ser coach para saber que:

1. No eres brillante.
2. Has alcanzado tu nivel de incompetencia (principio de Peter).
3. Ya no eres un chaval.

En efecto, es un milagro que te sigan pagando la nómina. Tu mujer lo tiene clarísimo y tú también deberías. Agradece tu primera profesión, que es tu sustento, y tómatela en serio, que como te echen a ver quién te recoloca.

Y para la segunda profesión, básicamente lo que hizo fue ordenarme la semana para que pudiera escribir dos horas al día. Andaba yo rayadísimo con esto de los horarios, cuando se me ocurrió calcular el tiempo que dedicamos a trabajar (esto ya es cosecha propia).

Una semana tiene 168 horas, y la jornada laboral 40. Así que el

trabajo ocupa el 24 % de tu semana. Pero no trabajas toda tu existencia. La esperanza de vida en España es de 84 años y para poder jubilarte a los 65 cobrando la pensión completa tienes que haber cotizado 38 años. 40 horas a la semana por 48 semanas al año (restamos 4 de vacaciones) durante 38 años son 72.960 horas de curro, que suponen el 9,91 % de una vida de 84 años (= 735.840 horas).

En resumen, el trabajo ocupa solo el 10 % de nuestra vida.



¿No se te queda el culo torcido?

Toda la vida aguantando chapas con la vocación, con el futuro, con la selectividad, con la carrera, con *ser un hombre de provecho*… ¿por un cochino 10 %? ¿En serio?

El trabajo dignifica. Sí, claro, por eso nos jode tanto irnos de vacaciones, porque dejamos de ser dignos. Y por eso los lunes, cuando suena la alarma, nos levantamos dando saltos de alegría, para ir corriendo a dignificarnos. ¿Pero qué dignifica ni qué dignifico? Que le pregunten a un fontanero si se dignifica desatascando tuberías llenas de caca y pelos. Trabajar es una putada. Punto. Pero es necesario para pagarte el otro 90 % de tu vida, que es el que

realmente importa. No conozco a nadie que en su lecho de muerte sus últimas palabras hayan sido que lo más valioso de la vida es echar horas extra en la oficina. O que el sentido de la vida es sacrificarse por la empresa. O que no hay mayor satisfacción que ser empleado del mes. No conozco a ningún superviviente a una catástrofe que aproveche esa segunda oportunidad para mandar más mails y tener más videoconferencias. Ni a ningún náufrago que lo primero que haga nada más pisar tierra sea irse a la oficina a besar el suelo de su despacho y abrazar a su jefe.

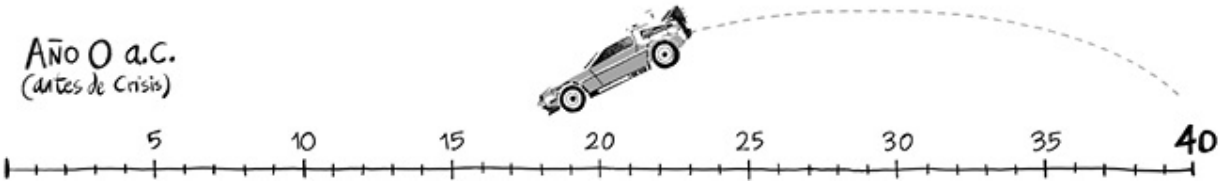
Y ahora que lo pienso, estoy siendo muy generoso con el 10 %, porque no estoy teniendo en cuenta los días festivos, ni los puentes, ni los días extra que arañas porque no los incluyes en la hoja de vacaciones, ni esos que te quedas en casa porque «algo te ha sentado mal», ni las bajas por maternidad/paternidad de 4 meses por hijo. Y dando por hecho que trabajas 8 horas al día de lunes a viernes, que ambos sabemos que entre que llegas tarde y/o se te cae el boli, los pitis, los cafelitos, los cotilleos con los compañeros, esos recados de vuelvo en 10 minutos pero tardo 40, el WhatsApp abierto en el ordenador, las resacas de los viernes y esas largas travesías por internet, no sacas 8 horas efectivas de curro ni de puta coña. Hay más de uno que no dedica a trabajar ni el 5 % de su vida.

Que yo me haya pasado años quejándome de mi curro, porque no me dejaba tiempo para ser escritor, es para condenarme a diez años de trabajo en una línea de ensamblaje, montando zapatillas sin parar, una detrás de otra, pegando las suelas con la lengua, como si fueran sellos. Por estúpido.

Si tuviera un DeLorean y pudiera regresar al pasado, lo primero que le diría a mi yo de 18 años sería:

—Deja de machacártela un momento, por favor, que necesito hablar contigo y así no hay manera.

Y cuando ya tuviera su atención, le hablaría de la parábola de los talentos, que refleja perfectamente la desmesurada importancia que le damos a algo tan trivial como es nuestro oficio.



6

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

Del Evangelio según san Mateo 25, 14-30:

En aquel tiempo contó Jesús a sus discípulos esta parábola.

Un hombre tenía dos hijos. El más joven le dijo a su padre: «Padre, estoy falto de propósito y vocación». El padre respondió: «Haz lo recto y bueno ante los ojos de Jehová y búscate un oficio». El hijo menor obedeció, y ejerció de recepcionista en un gimnasio donde tramitó matrículas, cultivó su cuerpo y satisfizo con él las pasiones desordenadas de sus clientas. No abandonó la casa del padre hasta que, tres años más tarde, pactó un despido y obtuvo un año de prestación por desempleo. Y se marchó lejos, a otros países, donde todo lo derrochó viviendo de manera desenfrenada. Cuando ya no le quedaba nada, volvió a casa del padre y repitió la misma operación: trabajó tres años y dedicó uno a recorrer el mundo, financiando sus viajes con las cotizaciones de otros trabajadores y empresarios a la Seguridad Social.

El hijo mayor, lleno del Espíritu de Dios en sabiduría y en inteligencia, había sido llamado para cumplir Su voluntad: sanar a los enfermos. Durante años adquirió los conocimientos necesarios, primero en el bachillerato, después en la facultad de Medicina y finalmente en la residencia médica, en la especialidad de Cirugía General y del Aparato Digestivo. Quedó despojado de todo ocio y jornal, pues solo tenía tiempo para la ciencia y el aprendizaje. Y observaba apenado la conducta pecaminosa de su hermano. Al proveer el padre a ambos de techo y comida, el más joven

despilfarraba su sueldo en saciar deseos carnales y materiales y conocer otras tierras y culturas.

El mayor nunca se alejó del camino de Dios. Eligió la subespecialización en la que más lo necesitaban, la proctología. Conoció en el hospital a una oncóloga con quien contrajo matrimonio. Abandonó la casa del padre para vivir con su esposa en un piso de alquiler. Concibieron dos hermosas hijas que trajeron consigo numerosos gastos, además del arrendamiento: alimentos, pañales, ropa, colegios, libros, juguetes, actividades extraescolares y otros incesantes desembolsos. Hacían frente también al salario de una criada que cuidaba de sus hijas, pues ambos pasaban largas jornadas en el hospital.

El hijo más joven continuó viviendo con el padre hasta que este murió y quedó solo en la casa. Su hermano mayor, misericordioso, nunca le exigió renta alguna. Privado de responsabilidades maritales, paternales y arrendatarias, el pequeño invertía su hacienda en mujeres, amigos, restaurantes, discotecas, deporte, música, cine, fiestas, viajes y algún que otro capricho, como un televisor OLED de 77 pulgadas financiado en El Corte Inglés al 0 % TAE. Continuó con su estrategia de cogerse cuatro meses de paro por año trabajado en oficios de escasa responsabilidad y menor actividad, como cobrador de peaje o cajero de parking, en los que pasaba el rato leyendo libros, escuchando música o viendo series de Netflix en su smartphone de última generación.

El hijo mayor entregose en cuerpo y alma a curar enfermedades del recto, el ano y la región perianal. Los fines de semana, mientras su hermano cometía con avidez toda clase de impurezas, él hacía guardia en el hospital, donde atendía a otras ovejas descarriadas que, poseídas por la lujuria, habían introducido en sus rectos todo tipo de objetos, desde berenjenas hasta botellas. Y mientras los

extraía, rezaba para no encontrarse nunca a su hermano en tan inmunda situación. Aprovechaba los fines de semana sin guardias para acudir a congresos de fístulas anales, donde intercambiaba impresiones con otros expertos. El poco tiempo libre que tenía lo utilizaba para aumentar su sabiduría, consultando los últimos avances contra la incontinencia fecal y leyendo interesantes artículos sobre hemorroides. El único ocio que se permitía, dada su maltrecha economía, eran veladas con su esposa, en las que hablaban de almorranas y tumores mientras cenaban. Solo se concedía desconectar en agosto, mes en el que consumía los 22 días hábiles de vacaciones que tenía al año en un apartamento en Maspalomas, junto con su esposa e hijas.



Ambos hermanos se jubilaron a la vez porque, a pesar de sus años sabáticos, el pequeño estuvo cotizando el tiempo que el mayor destinó al estudio. En 49 años, el hermano mayor había pasado 9 estudiando, 37 trabajando y 3 de vacaciones, sumando todas sus estancias en Maspalomas. El hermano pequeño había sumado 35

trabajando, 3 veraneando y 11 a costa de los contribuyentes.

Quiso la Providencia que al poco tiempo de jubilarse, con 65 años recién cumplidos, el hermano mayor enfermara de un cáncer de ano. No habiendo antecedentes en la familia y sin haber caído nunca en la tentación del tabaco, su rectitud fue puesta en duda. Tantas consultas practicando tactos rectales, y tantos fines de semana lejos de casa, analizando protuberancias anales junto con otros doctores, podrían haberlo llevado por la vereda de los impíos. En su lecho de muerte, el hijo mayor preguntó a Dios: «Señor, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué me afliges este paradójico final, habiendo entregado mi vida a sanar ojetes ajenos?». A lo que Él contestó: «Porque eres tonto del culo». Y fue llevado por los ángeles al Reino de los Cielos.

El hermano pequeño, que sí había fumado, bebido y consumido todo tipo de estupefacientes, gozó de una salud encomiable hasta el último de sus días. Su corazón se paró a los 93 años, tras eyacular dentro de una prostituta 67 años más joven.

7

QUIZÁ ME HAYA PUESTO UN POCO MELODRAMÁTICO

La parábola de los talentos nos enseña que nos podemos meter el propósito vital por el orto. Y que la Alta Distinción de la Vocación no vale una mierda. Que el trabajo es solo un medio para ganar pasta y con esta pasártelo bien. Pero, ojo, cuanto más ganas, mejor te lo pasas. Eso es impepinable. Mejor viajas, mejor comes, mejores experiencias tienes y mejores recuerdos acumulas. Se lo dejaría bien claro a mi yo de 18 años porque, sabiendo que el trabajo es solo el 10 % de su vida, quizá le interese buscar uno en el que gane más, aunque no le guste, para poder hacer lo que le plazca el 90 % del tiempo restante.

También le diría que no sirve de nada trabajar antes de los 27 años. Porque en España no te puedes jubilar hasta los 65 años y para cobrar la pensión completa es necesario cotizar 38 años.[3] Que por repetir curso o equivocarte de carrera no llega el apocalipsis anunciado por profesores, padres y otros profetas de tempestades. ¿A qué vienen tantas prisas, si tenemos que trabajar por cojones hasta los 65 años? ¡Que esto es un ultramaratón! La gente dice que la vida es corta. ¡Mis huevos toreros! ¿38 años currando te parecen pocos? ¿Crees que se te van a pasar volando?



Otra de las enseñanzas que se extraen de esta parábola es que la vida te puede cambiar en un instante. Los cementerios están llenos de desgraciados que esperan a jubilarse para disfrutar de la vida, que se tiran currando 40 años para poder jugar al golf a partir de los 65, y el primer día que salen al campo les cae un rayo encima. Y puede caerte en cualquier momento, tengo colegas de mi edad que han tenido cáncer o han sufrido un ictus. Si la puedes diñar hoy, ¿qué sentido tiene obsesionarse con el trabajo?

También aprovecharía el viaje en el tiempo para hablar con Ken Robinson (ahora no puedo porque lleva cinco años bajo tierra metido en una caja de pino). El señor Robinson era un educador famoso por tener la charla TED más vista de la historia, cuyo libro más vendido es *El Elemento: Descubrir tu pasión lo cambia todo*. Con ese título ya sabes por dónde van los tiros, pero te lo resumo. Lo que viene a decirnos es que todos, hasta el más cenutrio de la clase, tenemos algo que se nos da bien (nuestro elemento) y que podemos convertir en nuestro oficio. Que si eres un niño al que le gusta bailar, puedes llegar a ser coreógrafo de Broadway como Gillian Lynne. Lo que me gustaría preguntarle al bueno de Ken es lo siguiente: si todos trabajáramos en lo que nos gustase, ¿habría cajeras para cobrarle a usted la compra en el súper? ¿Habría basureros que recogieran sus

desperdicios? ¿Habría exterminadores que mataran las cucarachas de su casa? ¿Habría gente descuartizando cerdos en los mataderos para que usted se atiborre de lomo, jamón y morcilla cada vez que viene a España? ¿Habría forenses examinando cadáveres en descomposición para detener a su asesino? ¿O funerarias para maquillarle cuando se muera y que esté guapete en su velatorio? ¿Habría mineros bajo tierra extrayendo cobalto, cobre, níquel o zinc para que funcionaran nuestros teléfonos, ordenadores o coches eléctricos? ¿Habría limpiadores de baños públicos? ¿Habría teleoperadores en un *call center* aguantando los gritos del personal cada vez que llaman? Ya paro, ¿no? Supongo que el señor Robinson, que era mucho más listo que yo, habría pillado ya por dónde voy.

Sácate de la cabeza el discurso de *persigue tus sueños* y mamarrachadas como *si trabajas en lo que te gusta, no tendrás que trabajar nunca*. Que la vida no va de trabajar. Que trabajar solo es el 10 %. Que lo importante de la vida, lo que realmente cuenta, es el otro 90 %. Si no quieres creerme, haces bien, porque yo soy un matao. Pero escucha a los tíos más exitosos del planeta, los grandes hombres de negocios, los que han triunfado más que el ajo. Cuando les preguntan cómo quieren ser recordados, ninguno dice «como un buen currela»:

Cuando llegues a mi edad, medirás tu éxito en la vida por cuántas de las personas que quieres que te amen realmente te aman.

WARREN BUFFETT

Nuestro verdadero trabajo no es nuestro oficio, eso es lo que hacemos, no para lo que fuimos creados. Nuestro verdadero trabajo es cuidarnos unos a otros, protegernos unos a otros y beneficiarnos mutuamente.

Bill Gates

Por muy importante que sea el trabajo, la familia siempre es lo primero.

Richard Branson (el rubio loco de Virgin)

Acostado en mi cama y recordando toda mi vida, me doy cuenta de que todo el reconocimiento y la riqueza de los que tanto me enorgullecía han palidecido y se han vuelto insignificantes ante la muerte inminente.

Steve Jobs

Aunque eligieras a propósito el trabajo que más odiaras del mundo, seguirías disponiendo del 90 % de tu tiempo para disfrutar de la vida. Trabajar no es más que eso: un puto curro.

Todo esto es lo que le diría a mi yo de 18 años. No sé si cambiaría alguna de las decisiones que tomé, porque a esa edad no haces caso a un viejo de 40 palos. Ni siquiera a tu yo del futuro. Lo que sí tengo clarísimo es que no me hubiera tirado los 20 años siguientes quejándome por gilipolleces.

Ala, majo, ¡a llorar a la llorería!

Segunda Parte

MATRIMONIO

8

EL ESTADO AUTORITARIO

El matrimonio es una autocracia, como Rusia o Venezuela. Si observas el proceso de autocratización de un país, es exactamente el mismo que sigue tu mujer, paso por paso.

Primero **accede al poder democráticamente**. Cuando está en campaña, es la mejor mujer del mundo. Se mantiene delgadita, va arreglada, está de buen humor, no se tira pedos delante de ti, cuando tiene la regla te hace una mamada, es todo idílico. Y además gozas de libertad para hacer casi casi lo que quieras: puedes salir de marcha con tus amigos, cuanto más deporte hagas mejor, le encanta que seas tan colchonero y que vayas a todos los partidos… Caes en la trampa, como todos. Te crees que te ha tocado la lotería y te casas.

Una vez casada, comienza **la concentración de poder**. Pero es siempre por el bien común, para beneficio de la familia. Os vais a vivir cerca de sus padres para que os ayuden cuando nazca el bebé, que un niño da mucho trabajo.[4] Tengo un amigo de Carabanchel, nacido en Carabanchel y que ha vivido toda su vida en Carabanchel, que se casó y se fue a vivir a Las Tablas. Y yo le digo *pero, Rosendo, ¿qué se te ha perdido a ti en Las Tablas?* Y el pobre, que no había ido más allá de Plaza Castilla en su vida, te dice muy serio, convencido de que ha sido él quien ha tomado la decisión: *es una urba muy agradable, y además tengo a mis suegros al pie del cañón*.

Poco a poco **desaparece la separación de poderes**. Es ella quien establece cuándo se puede visitar a los nietos (legislativo),

aunque su madre pueda hacerlo cuando quiera y sin avisar (ejecutivo) y como a la tuya se le ocurra protestar no ve a los niños en un mes (judicial).

Luego llega **la deslegitimación de los adversarios y opositores**. Cualquier mujer que suponga una amenaza, es decir, que no sea íntima amiga suya (a poder ser casada y feíta), es una pelandrusca y/o se cree que es la pera limonera. Y ese amigo tuyo que durante el noviazgo le caía tan bien ahora le parece un pieza, que cada vez que quedas con él la lías, a ver si tienes un poquito más de personalidad, que tú no eres así, no te dejes arrastrar. Y también los acusa de difundir noticias falsas. Esa despedida que te has perdido no ha sido tan divertida como la pintan, que solo cuelgan fotos de la fiesta, pero ¿y la resaca qué? O ese viaje que han hecho en verano tampoco ha sido para tanto, que luego la convivencia es muy dura. O la cena del otro día, qué casualidad que siempre que no vas es cuando mejor se lo pasan.

El siguiente paso es la **restricción de libertades** bajo la apariencia, como siempre, de ser beneficioso: *no bebas tanto, deja de fumar, conduce más despacio*. Pero acaba siendo el fin de tu libertad de expresión. No tienes ni voz ni voto. Ella descarga sobre ti sus problemas, que suelen ser pendejadas, pero no puedes opinar ni ofrecer soluciones porque «se está desahogando», queda prohibido abrir la boca, solo tienes permitido escuchar. También controla los medios de comunicación, te coge el móvil para ver con quién te escribes o a qué lagarta le das *like*. Interviene la economía, con una cuenta común desde la que controla todos tus gastos. Impone leyes de vestimenta. Mi amigo Rosendo iba siempre con camiseta, vaqueros y zapas y ahora su mujer lo lleva que parece un militante de Vox: mocasines, chinos, camisa, fachaleco… También utiliza la represión para controlar protestas y disidencias: *sal con tus amigos*

si quieres, pero mañana te ocupas tú de los niños (y te organiza 7 planes desde las 8 de la mañana para que no vuelvas a poner un pie en la calle).

El **culto al líder** es de obligado cumplimiento. Tienes que elogiarla constantemente, tanto su físico como todo lo que hace: qué tipazo te hace ese vestido, qué buena idea has tenido, qué bonito tienes el pelo, qué bien lo organizas todo... Si bajas el ritmo de alabanzas, ella se ocupa de sacártelas, y más te vale que seas rápido y firme en las respuestas, como un soldado raso contestando a su sargento.

—¿Estoy guapa?

—¡Señor, sí, señor!

—¿Estoy gorda?

—¡Señor, no, señor!

—¿Me quieres?

—¡Señor, sí, señor!

—¿Es más guapa que yo?

—¡Señor, no, señor!

Por último, **manipula la historia** y la reescribe en favor del régimen. Eras un bala perdida cuando te conoció, fue ella quien te metió en vereda, a saber qué sería de ti si no llega a aparecer en tu vida, estás mucho mejor desde que estáis juntos… y a ti te conviene creerlo, porque **no vuelve a haber elecciones**, es para toda la puta vida. La manipulación electoral consiste en hacerte creer que estás con ella porque quieres, que eres libre, que puedes irte cuando quieras. Pero sabes que como se te ocurra divorciarte te va a sacar hasta los hígados con la manutención. No tienes escapatoria.

9

LA GENERALÍSIMA

Yo también vivo con miedo. Cada vez que un amigo me viene a quejarse de la parienta, siempre le pregunto lo mismo: ¿cómo crees que es la mía? Si ya sé lo que me vas a contar, que tiene muy mala hostia. ¿Conoces algún dictador que no la tenga? Ninguno se mantiene en el poder siendo dulce y comprensivo. Pero conviene saber el origen de su ira, no para derrocarla (eso no lo conseguirás jamás), sino para entender por qué ya no follas ni en tu cumple, que es lo que de verdad importa en todo este asunto.

Lo primero que debes saber sobre ella es que su cuerpo tiene 40 años de uso. Ha podido pasar por chapa y pintura, pero el motor no funciona igual que hace 20 años. Su metabolismo es más lento. El kilo que se mete en agosto no se lo quita hasta Navidad, cuando engorda otros dos. Y su masa muscular tampoco es la de antes, está perdiendo la batalla contra la gravedad. Las cuarentonas casadas (las divorciadas son otra especie) no tienen edad, ni ganas, ni tiempo para estar pasando hambre o sufriendo como perras en el gimnasio. ¿Para qué, además, si tú estás igual de gordo y de feo? No te vas a ir a ninguna parte. Y ahí radica el conflicto: no necesitan estar guapas y delgadas porque ya tienen a su presa, ¡pero les gustaría estar guapas y delgadas! A las tías las cabrea no entrar en unos vaqueros, descubrirse una nueva arruga o enseñar las canas. Si les diera igual, no existirían las peluquerías, ni el bótox, ni las fajas, ni los alisadores de pelo, ni los anticelulíticos, ni el ácido hialurónico, ni el maquillaje, ni la Coca-Cola Light, ni las (copio y pego) «ampo-

llas flash con efecto lifting», ni la depilación, ni la manicura, ni el Wonderbra, ni las joyas, ni los tacones… A un tío, para estar más guapo, le basta con afeitarse, y a menudo es peor porque se le ve más la cara. Pero una cuarentona, para sentirse bien de verdad, necesita estar en su peso e ir bien vestida y peinada. Seguirá siendo un coñazo, eso no cambia. *Cari, ¿me traes las alpargatas del coche, que me quiero quitar los tacones?* Pero un coñazo feliz. Es imposible que una mujer esté contenta con michelines, chándal y pelo encrespado. Imposible. Pero conozco a un porrón de gordos felices en chándal y sin saber lo que significa «encrespado».

Si además se han reproducido, están perdidas, nada volverá a estar en su sitio. Parir les deja los abdominales como Blandi Blub, el chocho no tiene fuerza ni para contener la orina, retienen líquido hasta en las orejas, les sobra tanta piel que parecen un shar pei, y como encima hayan amamantado a la cría, se les quedan las tetas como dos globos viejos: arrugados y por los suelos. Como para no estar amargada. ¿Cómo estarías tú después de tirarte 9 meses con un alien en las tripas, otros 6 meses de lactancia (¡que suman 15 sin beber!), con el suelo pélvico acuchillado, los pezones en carne viva y 15 kilos más de líquido y grasa?



Solo hay una cosa que le joda más a una mujer que estar gorda: que sus amigas estén delgadas. Si su amiga se ha puesto como un cetáceo en el embarazo, va todo sobre ruedas. Acuden todas muy contentas al hospital a hacer el peritaje, con la esperanza de declarar un siniestro total. Y le cuentan todo tipo de patrañas a la accidentada para que siga como un truño el resto de su vida.

Pero, tía, cómo estás de guapa (está desfigurada)*, si apenas has engordado* (parece una morsa)*, eso te lo quitas tú en un mes* (no volverá a ser la misma)*, yo me metí 17 kilos con el primero* (fueron 12) *y los perdí enseguida* (aún guarda unos cuantos)*. Nadie diría que acabas de ser madre* (está en la planta de maternidad, enseñando el culo con un camisón de hospital)*, estás estupenda* (está peor que nunca)*. Enhorabuena, gordi* (es más Sloth que Gordi).

Ahora bien, como a la amiga se le ocurra dar a luz y a las dos semanas colgar en Instagram una foto en biquini, no la vuelven a invitar a una cena. Y no lo critico. Porque publica la foto para lucirse ella y para dar por culo al resto, que alguna todavía se está meando encima cada vez que tose meses después de parir. Esas son las mejores publicaciones, las que dejan al otro bien jodido. Lo que más nos gusta de irnos a Punta Cana en Navidad es que el resto se quede en Madrid a tres grados bajo cero.

Tener el cuerpo destartalado no solo produce mal humor, también mucho cansancio. Están del curro, de los niños y de ti hasta el coño. Como para encima echarte un polvo. Lo único que les apetece es tumbarse en el sofá y ver *La reina del flow*. No les quedan fuerzas para arreglarse y salir con sus amigas. Y el deporte les apesta todavía más. Nosotros seguimos jugando al fútbol o a la petanca, nos da lo mismo con tal de tomarnos luego unas cervecitas con los amigos. Pero las cuarentonas no. Para las cuarentonas casadas hacer deporte es una lata, un peaje que hay que pagar por vieja, para que no se te caiga del todo el culo. Y cuando una mujer no tiene planes, se convierte en tu carcelero, porque le jode que tú sí los tengas.

Tengo un amigo que lleva 12 años secuestrado por su mujer. La última vez que lo vimos con vida fue en la boda. Le hemos pedido a su mujer que nos envíe alguna prueba de vida, una foto con el periódico del día o algo así, pero la hija de puta ni contesta, es más fría que la taza del retrete. Seguro que tú también tienes algún amigo prisionero, son muy fáciles de detectar. Es el que pregunta si la cena que estáis organizando los colegas es con mujeres. Como si un grupo de presos estuviera planeando fugarse de la cárcel y uno preguntara *¿se lo decimos a los guardias?* Tantos años de cautiverio desencadenan el síndrome de Estocolmo: cree que el problema lo

soluciona saliendo a cenar con su secuestrador. No entiende que quedar con mujeres es el doble de caro y la mitad de divertido. Por eso vuelve a humillarse una y otra vez en WhatsApp cada vez que los amigos proponen una escapada. *¿Es con mujeres?* Pobre diablo.

Hay otros que obtienen la condicional bajo un extraño sistema de puntos. Los invitas a un mus y te dicen *lo siento, tío, tuve pádel el martes y no me quedan puntos*. O estás tomando algo y se van a casa pronto *para no gastar puntos*. Me pregunto si se renuevan de forma automática cada año o si se recargan fregando platos, sacando al perro o bajando al pilón.

Y por último están los monjes de clausura, que solo pueden salir un día al año, normalmente a la comida de Navidad con sus amigos. Como lleva encerrado tanto tiempo, quiere recuperar los 364 días perdidos en unas pocas horas. El resultado es que solo puedes hablar con él durante el aperitivo. En el primer plato empieza a preguntar a qué garito vamos luego y a amenazarte de muerte si no acabas con él en un *after*. En el segundo plato se te declara y llora amargamente porque no os veis más, como si fueras tú el que vive en un monasterio. En el postre se pone a cantar, con el chupito de hierbas solo quiere follar, y a la tercera copa se desploma. Lo metes en un taxi a las 6 de la tarde y hasta el año que viene.

¿Lo vas pillando ya? Como está gorda (una mujer solo necesita 2 kilos de más para verse gorda), no se siente atractiva. Como está vieja, solo quiere dormir. Y, como te tiene atrapado, porque o no sales o lo haces con ella, no tiene de qué preocuparse. ¿Para qué va a follar contigo? No tiene ganas ni fuerzas ni necesidad alguna.

10

LEY SECA

No hay nada que genere más frustración a un cuarentón que no follarse a su mujer. Porque no follar fuera de casa entra dentro de la moralidad, eres un hombre casado, pero sobre todo de la probabilidad, porque además de ser un hombre casado, eres un cuarentón con tripa y ansioso por echar un polvo, y ese tufillo a vendedor desesperado tira mucho para atrás, es lógico y normal que no puntúes cuando juegas fuera. Pero no follar en casa es muy triste.

A las cuarentonas les da pereza follar con sus maridos. Importante: con sus maridos. Que son vagas pero no idiotas. Le das pereza tú, no un treintañero buenorro. Y no solo pereza. También un poco de asquete, que tú tampoco estás en tu mejor momento. Tenerte encima empujando y jadeando no debe de ser muy agradable. Por eso, cada vez que insinúas la posibilidad de hacerlo, levanta una ceja y resopla. Te hace sentir como si fueras de La Manada por querer consumar el matrimonio.

Te lo deja clarísimo cada vez que salís. Es una situación que se repite una y otra vez en todas las cenas, en todos los cumples, en todas las copas a las que vais. Cuando una mujer se quiere ir es porque está cansada. Porque se quiere meter en la cama. Pero cuando le dice a su marido que se van, todos, sin excepción, tienen la esperanza de fornicar al llegar a casa. Todos. No el 99,9999 %. El 100 %. Ella solo quiere dormir y tú solo quieres follar. Te has tomado 3 cubatas y los 19 intentos fallidos anteriores no importan. Esta vez,

aunque solo sea por estadística, lo vas a conseguir. La media botella de vino que se ha enchufado ella en la cena tiene que hacer efecto. Estará más receptiva. Además, hoy se ha puesto mona porque habéis quedado con Laura, que tiene un tipazo, y tu mujer no quería parecer un ewok a su lado. *A ver si la petarda esta se va a pensar que es la única que sabe sacarse partido*. Y tú, gañán, te crees que se ha arreglado por ti. Se ha hecho el pelo, se ha maquillado, se ha puesto un vestidito, está guapa, joder. Pero tú no estás guapo, porque te pongas como te pongas tienes la misma cara de bobo de siempre, y más aún cuando estás cachondo, que en el taxi de vuelta a casa vas babeando por la posibilidad de mojar el churro. Pero antes tienes que ir al cuarto de baño, porque tienes la vejiga como un zepelín de todo lo que has bebido, y por un día que vas a meterla en caliente no quieres hacerlo con ganas de mear. Y cuando sales del baño hecho una fiera, que solo te falta lanzar el grito de Tarzán mientras te aporreas el pecho, tu mujer ha desaparecido, se ha enterrado a sí misma en la cama, tiene tantas capas por encima que parece que el colchón está hundido por tu lado. En los 15 segundos que ha durado la meada, que ni te has lavado las manos de las ganas que tenías de echar un cohete, a tu mujer le ha dado tiempo a quitarse ese vestidito tan sexy, ponerse la ropa de invierno más fea del armario, incluidos unos calcetos de esquiar, colocar encima del edredón todas las mantas que ha encontrado por la casa y ponerse a roncar como un gorrino. La media botella de vino, evidentemente, ha hecho efecto.

Y a ti te entra tal bajón que no te haces ni una mísera paja. De la pena se te ha puesto como la nariz de Alf, porque la chorra responde a nuestras emociones. Cuando estás triste no te la encuentra ni un minero. Pero hoy no era el caso, hoy estabas más caliente que las barandillas del infierno, y te vas a la cama hundido, con un esquimal

roncando al lado. Entre los ronquidos, el pedo que llevas y lo desgraciado que eres no te puedes dormir, y de repente el techo se ilumina porque recibes en el móvil un mensaje de WhatsApp. Es una foto de tus colegas con Laura (joder, qué buena está), de ese mismo instante, dándolo todo en el bar del que te has ido porque has vuelto a cometer el error, una vez más, de pensar que tu mujer te dejaría arrimar cebolleta. Y se te pasa por la cabeza vestirte y volver al bar, pero no por estar con tus amigos, sino por venganza, para joder a tu mujer, como si a ella le importara un pepino que vuelvas a ese antro de mala muerte a seguir envenenándote con los mataos de tus colegas.

11

LOS HEREDEROS

Solo hay una cosa más humillante que no follar con tu mujer: follar como método conceptivo. Tu mujer ha decidido engendrar un individuo de la misma especie y necesita tu esperma. Se abre de patas y te dice *venga, insemíname*. Pero le da lo mismo que le metan un catéter que un cipóter. De hecho, preferiría estar en un quirófano limpito que tenerte encima resoplando como un búfalo. Por eso te mete prisa: *venga, gordo, concéntrate*. A ti en circunstancias normales te basta una sonrisa para correrte, pero si te presionan, te atoras y no te vas tan rápido. Como ella percibe que va para rato, en lugar de ponerle un poco de interés al asunto, se coge un libro o empieza a contestar wasaps, para que se le haga más corto, o por entretenerse un poco. Es una situación grotesca, pero a pesar de todo logras echar el veneno y te quedas paralizado, como si tu madre te hubiera pillado meneándotela.

—¿Ya?

Tú todavía estás resoplando del esfuerzo, que has tardado más de 5 minutos y no hacías tanto ejercicio desde 8.º de EGB:

—Sí, sí, ya.

Te empuja para un lado y se coloca un cojín en el culo, para inclinar el cuello uterino y ponérselo cuesta abajo al esperma. Y así te tiras 5 días seguidos, que son los mejores del mes. Porque a ti te vale verga que solo quiera tu semen, la estás metiendo a diario y te crees el mayor macho ibérico de la península. Vas por la oficina guiñando el ojo a las tías porque te encuentras irresistible. Y cuando

llegas el sexto día a casa, le das un azote a tu hembra en el culo para que sepa que estás preparado para fecundarla de nuevo, y ella te pega una hostia que te viste de torero.

—¿Qué haces, tontolapolla?

Tú no entiendes nada. Y además el golpe te ha dejado un poco aturdido.

—Pero ¿no vamos a hacerlo hoy?

—No, hombre, no, la app dice que ya no estoy ovulando. Ahora a cruzar los dedos a ver si hay suerte…

—…Y no follamos en nueve meses…

—¿Cómo has dicho?

—Que así todos los meses.

Así todos los meses. Una app de ovulación calcula los días en los que puedes copular hasta cumplir el objetivo: traer a otro despreciable ser humano a este planeta. Es verdad que nuestro propósito de vida, desde el punto de vista biológico, es el mismo que el de cualquier otro ser vivo: sobrevivir y reproducirse. Por eso nos gusta tanto comer y follar. Si los orgasmos fueran como mear piedras, nos habríamos extinguido. Pero ya no somos cavernícolas, no hay que seguir perpetuando la especie, ¡que ya somos 8.000 millones! Y aun así la presión social por procrear es acojonante. Un matrimonio que decide no tener descendencia se enfrenta a todo tipo de sospechas y preguntas. *¿Qué pasa, que no podéis tener hijos? ¿Por qué no la dejas embarazada? ¿No te pinta el boli? ¿Estáis mal de pasta? ¿Estáis enfermos? ¿Os pasa algo? ¿Tenéis antecedentes en la familia de síndrome de Down? ¿De espina bífida? ¿De parálisis cerebral? ¿Puedes morir durante el embarazo?* La gente no lo entiende. No respeta el derecho a no reproducirse. Yo en cambio lo alabo y lo festejo, porque el ser humano es la mayor escoria que ha pisado la faz de la Tierra. No tienes más que

analizarlo de niño, recién llegado, en estado bruto y natural, cuando todavía no ha sido programado para ser una «persona civilizada». Si tú observas a un niño como si fueras Félix Rodríguez de la Fuente, te das cuenta de que son las criaturas más despreciables que puedas imaginar. Son violentos: muerden, arañan, pegan, tiran del pelo. Son destructivos, lo rompen todo. Son tacaños, no prestan nada, se ponen a llorar si tienen que compartir algo. Son mentirosos. *¡Yo no he sido!* Y como es obvio que sí ha sido, entonces te cuenta una trastada peor que haya hecho otro para desviar tu atención, porque también son chivatos. Y sádicos, disfrutan jodiendo a ese otro, especialmente si es un hermano. Son tiranos, no dicen *por favor* ni *gracias*, solo usan oraciones imperativas:

—¡Quiero una chuche!

—¿Cómo se pide?

—¡Como me sale de los cojones! ¡Quiero una chuche!

Y son sucios, muy sucios. Lo chupan todo, se comen los mocos, no se lavan las manos ni los dientes, no tiran de la cadena, lo desordenan todo y no solo no recogen, sino que acumulan basura, se guardan cosas que encuentran por el suelo, traen piedras de la calle, no te dejan tirar nada, ¡ni siquiera el cartón!

Así es el ser humano en estado puro, sin filtros ni monsergas. Así venimos todos al mundo hasta que nos reformatean el cerebro. Si no me crees, date una vuelta por un parque infantil, aquello parece el patio de una cárcel, con los fuertes zurrando a los débiles, empujándolos y arrancándoles sus juguetes de las manos. Es la ley de la jungla, porque somos animales, somos bestias, por muy finolis que nos hayamos vuelto. Ahora a los tarados los llamamos «personas con discapacidad intelectual», pero hasta que no nos lo enseñan, si ves a un enano por la calle lo señalas y le preguntas a tu padre, con sorpresa y asco, qué coño es eso. Y gritando, porque te

la pela que el enano te oiga. Nuestra labor como padres es evitar que nuestros cachorros lleguen a adultos siendo tan detestables. Cualquier bebé es un hijo de la gran puta en potencia. Tenemos que convertirlos en personas pacíficas, generosas, sinceras, leales, compasivas, educadas y justas. ¡Pero es agotador! Porque también somos lerdos, nos tienen que repetir las cosas miles y miles de veces hasta que las aprendemos. Un perro a la tercera ya te está dando la patita. Mi hijo de 12 años sigue sin ponerse la servilleta. Educar es repetir y repetir y repetir, una y otra y otra vez, todos los días, sin descanso, LO MISMO: lávate los dientes, deja en paz a tu hermana, recoge tus juguetes, no juegues con el balón dentro de casa, no me mientas, no se pintan las paredes, cómetelo todo, apaga la tele, cuelga el abrigo, haz los deberes, no digas palabrotas, contesta cuando te hablen, da los buenos días, pide bien las cosas, ¿qué se dice?… *Señor, llévame pronto*. Eso es lo que se dice. Porque los resultados no llegan hasta la repetición n.º 1.473.859. Es como estar a régimen y yendo al gimnasio de lunes a domingo durante años sin observar el más mínimo cambio en tu cuerpo. Educar es un acto de fe. Es un proceso durísimo, nadie te lleva tan al límite como un hijo. Pero no podemos tirar la toalla, porque entonces el mundo se va a la mierda.

12

SISTEMAS DE TORTURA

—¿Me compras algo?

Es lo que me pregunta mi hijo, después de despertarlo un sábado a las 8.00, prepararle la ropa que ayer le pedí que dejara lista, encontrar las espinilleras que ayer le dije que buscara, hacerle el desayuno, instarle a que coma con la boca cerrada y con la servilleta puesta, llevarlo a su partido de fútbol en Carabanchel, verlo jugar a 4 ºC (con sensación térmica de –7 ºC), comprarle unas patatas en el bar del campo, preguntarme si puede venir medio equipo a dormir a casa, preguntarme si puede ir él a dormir a casa de medio equipo, llevarle hasta el coche la bolsa, volver al campo a por los guantes que se ha olvidado, dejarle elegir música en Spotify, prestarle mi teléfono para que chatee con sus amigos, pedir por Glovo un McDonald's, decirle que coma con la boca cerrada y con la servilleta puesta, llevarlo al cine a ver la peli que ha elegido, comprarle unas palomitas más caras que la entrada, dejarle ver tele, jugar a la Switch y tras acompañarme al chino del barrio a pillar unas pizzas, porque es lo que le apetece cenar esa noche.

—¿Me compras algo?

Según la RAE, algo es «una realidad indeterminada cuya identidad no se conoce».

¿Que si te compro una realidad indeterminada cuya identidad ni siquiera conoces, después del día que llevas, desagradecido hijo de la grandísima puta?

Yo siempre pongo a mis cuatro hijos a disposición de la policía cuando se les tuerce un caso. A todos esos criminales que aguantan

horas y horas de interrogatorios sin soltar prenda me los mandan a casa. Resolvemos el caso en 24 horas. *Niños, el señor Homicida ha venido a veros*. Y el tío canta *La traviata* con tal de perderlos de vista. Un día nos mandaron un sicario albanés, acusado de 17 asesinatos, y no duró ni el primer viaje al cole. No pudo con la tensión que supone salir de casa. La policía no daba crédito. ¿Cómo lo hacen?

Un bebé rollizo y sonrosado esconde en su interior más métodos de tortura que la Inquisición. Y lo peor de todo es que son innatos. Los ejecuta sin darse cuenta. ¿Qué es lo primero que hace un niño nada más llegar a este mundo? No dejar dormir a sus padres. Si tuviera escrúpulos, después de tirarse 9 meses cambiando órganos de sitio y provocando vómitos y contracciones, dejaría descansar un poco a su madre. Pero nada más nacer se pone a llorar. El sinvergüenza no da ni los buenos días al salir. Podría al menos dar las gracias por haber nacido, digo yo que es lo mínimo. Pero no, lo primero que hace es berrear. Porque otra cosa no, pero llorar llora de puta madre. El mamón no sabe hacer otra cosa. No puede ni cambiarse de postura en la cuna. Se caga encima. Se mea encima. Se vomita encima. Pero llorar parece que lleva haciéndolo 50 años. ¿Que tengo frío? Lloro. ¿Que tengo calor? Lloro. ¿Que tengo hambre? Lloro. ¿Que estoy muy lleno? Lloro. Incluso lloran sin un porqué. Son peores que las mujeres.

—¿Por qué lloras?

—Tú sabrás.

Cada vez que das una cabezada, llanto al canto. Si te gustaba dormir, haberte puesto condón. **La privación del sueño** es una técnica ancestral que viene llevándose a cabo desde los romanos y la han puesto en práctica la Unión Soviética, la Alemania nazi, Corea del Norte… Todas provienen de la misma fuente, todos ellos

aprendieron del mismo maestro: el recién nacido. Antes de tener hijos, cuando veía en las noticias que una madre había lanzado a su bebé por la ventana, decía *qué hija de puta*. Ahora pienso *pobrecita mía, lo que ha tenido que sufrir*.

Los niños, en cuanto aprenden a manejar más o menos su cuerpo, recurren a **la violencia**. Pero la disfrazan de accidente, para seguir machacando tu salud mental. Todavía no controlan sus esfínteres, pero son capaces de infligir mucho dolor. Aprovechan un aparente gesto de cariño, como sentarse encima de ti en el sofá, para pegarte un rodillazo en los huevos que te corta la respiración. Suelen centrarse en los genitales porque es una parte muy sensible y a la que acceden fácilmente, pero se las apañan para alcanzar otros blancos. Una maniobra muy conocida es hacer como que van a ponerse un zapato para que te agaches a ayudarlos y ¡zas!, se levantan como un resorte y te vuelan un diente de un cabezazo. O te dejan un cochecito de juguete en la escalera, delito por el que, de ser mayor de edad el acusado, lo encarcelarían por homicidio en grado de tentativa. Hasta un sencillo paseo pueden convertirlo en una auténtica pesadilla. Caminar con mi hijo Gonzalo es peor que luchar con Carvajal por un balón dividido que se pierde por la línea de fondo. Se te cruza, te mete el codo, te pone la zancadilla… No importa la anchura de la acera, te obstruye toda la puta calle. Pero con disimulo, eso sí, como si todo fuera fruto de una inocente torpeza que no puede evitar. ¿Torpeza? ¡Torpeza mis cojones!

Otro de sus sistemas para martirizarnos, menos sutil pero igualmente dañino, es chillar. Los gritos de los niños son como sus zurullos: mucho más grandes de lo que imaginas. Y si logran combinar esos chillidos primitivos con un llanto desmedido, en una pérdida total y absoluta de papeles, provocan la mayor vejación pública que jamás se haya creado: **la rabieta**. Es su gran obra

maestra. La rabieta es una herramienta tan destructiva que a lo largo de la historia de la humanidad los mejores educadores, psicólogos, pediatras y todo tipo de especialistas infantiles solo han dado con una solución: hazte el muerto. Tras miles y miles de años de evolución científica, intelectual y tecnológica, lo mejor que se nos ha ocurrido para hacer frente a una rabieta es mirar para otro lado. El pequeño verdugo, que es pequeño pero no idiota, sabedor de la inmunidad de la que gozan las rabietas, las perpetra en lugares públicos y en los momentos más inoportunos. No conozco a un solo padre que haya sufrido una rabieta en casa un domingo de lluvia, lo que confirma mis sospechas de que son ataques estratégicos y controlados. El perturbado infante escoge con premeditación y alevosía la localización en la que pueda causar más daños, lo que convierte El Corte Inglés en uno de sus objetivos predilectos.

Vas andando por la planta de caballeros, ni siquiera la de juguetes, y la criatura se fija, por poner un ejemplo real, en una escalerita de solo dos peldaños que utilizan las dependientas para llegar a estantes altos y que (obviamente) no está en venta. El mocoso comunica primero su deseo de posesión: *quiero la escalera*. Luego lo repite como un fusil de asalto: *quiero la escalera, quiero la escalera, quiero la escalera, quiero la escalera*. Después lo hace gritando: *QUIERO LA ESCALERA, QUIERO LA ESCALERA, QUIERO LA ESCALERA, QUIERO LA ESCALERA*. Y, por último, cuando ve que no tiene nada que hacer, se tira al suelo y se reboza por el pasillo mientras grita y llora como un poseso. Porque la rabieta no tiene una finalidad, es un castigo. Es un *pues si no me das la escalera te vas a cagar*. Y tú no puedes hacer nada, porque hasta el frutero de tu barrio, que no tiene hijos y es retrasado mental, dice que a «los peques» hay que ignorarlos para que vean que no consiguen nada. Que lo de no conseguir nada es discutible, porque así de primeras te

está mirando media planta de caballeros y tú en ese momento quieres que se abra el suelo, hacer un salto BASE hasta el parking, atravesar el techo solar de tu coche y salir de ahí derrapando. Y de segundas, la regla de oro de hacer como que aquí no pasa nada solo aplica a padres. Cualquier otro adulto que pasa por ahí puede actuar con total impunidad. La primera en acercarse suele ser una dicharachera dependienta de El Corte Inglés, con su pelo frito, su olor a tabaco, su uniforme verde aceituna, con el que parece un guardia civil, y una chapa con un nombre más español que la tortilla de patatas.

—Pero bueno, muchacho, ¿a ti qué mosca te ha picado?

La rabieta incrementa. La intención no era mala, ni la actitud (amistosa), pero te dan ganas de pegarle a la dependienta un puñetazo en la nariz, porque es «mamá de 2 nenes» y conoce la norma de ignorar rabietas, pero como el numerito se lo está montando en su sección un crío ajeno, se pasa el protocolo por el arco del triunfo. En lugar de romperle la tocha, lees su nombre en la chapa y le dices educadamente a Conchi, apretando mucho los dientes para disimular tu ira, que no se preocupe, que enseguida se le pasa. Conchi no lo ve claro, y te dice con su cara de bulldog que el chiquillo no puede estar ahí tirado porque le pueden hacer daño, no vaya a pisarle alguien sin querer. Y cuando echas la mirada abajo para explicarle a Conchi que a tu hijo no va a pasarle nadie por encima, que solo quiere una escalera de mano, descubres a una señora mayor agachada junto a él, que le acaricia la cabeza como si fuera el superviviente de un terremoto mientras le pregunta *¿qué te pasa, mi cielo?* Y te mira de reojo como añadiendo *¿qué te ha hecho este hombre tan malo?*

—Señora, por favor, ¡deje en paz a mi hijo!

Se te ha ido un poco el tono. Has medido mal y te ha salido más

violento de lo esperado. Es culpa de Conchi, que ya te había calentado los cascos. Pero ha pagado los platos rotos la puta vieja, que ahora es otra de tus víctimas, porque no solo maltratas a los niños, también a las señoras mayores que deambulan por la planta de caballeros de El Corte Inglés. Algo que, por cierto, nunca he entendido: ¿por qué la planta de caballeros de El Corte Inglés está llena de ancianas? Te mira estupefacta, ofendida, con los ojos llenos de odio y glaucoma. Luego dirige su mirada a Conchi, que asiente con la cabeza para confirmarle que eres un mierda. Le ofreces tu mano para ayudarla a incorporarse, porque no ha dejado de atusarle el pelo a tu hijo, pero no quiere que la toques. Le das miedo. El vástago, sobra decirlo, sigue aullando como si le sacaran las tripas. Y tú te quedas mirando al infinito, porque las plantas de El Corte Inglés no tienen fin ni horizonte, evitando el contacto visual con tu hijo, con la vieja, con Conchi y con la horda de curiosos que siguen acerándose para ver qué pasa.

Aunque me joda admitirlo, los expertos tienen razón, si el rapaz no consigue lo que tanto ansía, tarde o temprano abandona la rabieta. Pero nuestro escarmiento no acaba ahí ni mucho menos. A medida que crece, nuestro psicópata en prácticas va refinando su *modus operandi* y desarrolla nuevas formas de tensarnos los nervios. Una de las más sibilinas es **el descuido**, un mecanismo mediante el cual nos hacen creer que el ultraje que sufrimos no es más que un despiste. Pero estos son de tal calibre que, además, te hacen perder el sentido de la realidad, como volver a casa sin un zapato. Olvidarse un jersey, un abrigo, una corbata o incluso todo a la vez en el colegio puede llegar a entrar en la cabeza de un padre. Pero volver a casa con un pie descalzo, en enero, sin darse cuenta, le hace perder el juicio a cualquiera.

—¿Dónde está tu zapato?

—¿Qué zapato? —te pregunta a su vez, con el calcetín derecho empapado, porque ha metido el pie en un charco.

Como no venden zapatos sueltos, compras un par nuevo, pero no tiras el que ha sobrevivido por si aparece el otro (tiene que estar en alguna parte). Y te quedas con un juego de tres mocasines (dos izquierdos y uno derecho) que tu hijo, dándole otra vuelta de tuerca al descuido, combina de dos maneras: o bien usando solo los dos izquierdos, o bien poniéndose el derecho en el pie izquierdo y uno izquierdo, normalmente el viejo con la puntera desgastada, en el pie derecho, ampliando y prolongando el trastorno del padre, que se pregunta *¿me estoy volviendo loco o mi hijo es encefalograma plano?*

Otros de los trucos más comunes dentro de esta rama son: cruzar la calle sin mirar, correr con la mochila abierta para que todo su interior salte por los aires y se desparrame por la calzada, encapricharse por el objeto más ridículamente pequeño y fácil de perder que puedan encontrar para montar la de San Cristo cada vez que desaparece (no suele durar más de 3 minutos en sus manos) o esperar a que estés saliendo de casa para empezar a buscar como pollo sin cabeza lo único que necesitaba para la extraescolar de hoy y cuyo paradero desconoce: la raqueta si la clase es de tenis o el quimono si es de judo, por nombrar solo algunos ejemplos.

La resistencia pacífica también se encuentra en el repertorio del joven inquisidor. Son muy conocidas sus huelgas de hambre a temprana edad, en las que no se niegan a comer, sino a tragar. Mastican la comida y, en vez de engullirla, expulsan el grumo resultante por las comisuras, que desciende despacio por el cuello hasta las clavículas. O directamente la escupen a la cara al progenitor mediante pedorretas.

Otra de sus acciones no violentas es contar muy lentamente,

tartamudeando sobre todo en el arranque, una historia muy larga y sin sentido, de la que pierden el hilo cada cuatro palabras. Si además tiene un hermano cerca que lo interrumpe, el efecto nocivo se multiplica, ya que vuelve a empezar la historia desde el principio, pero esta vez entre sollozos provocados por el paréntesis, lo que ralentiza aún más el relato.

Esta parsimonia es la clave de su oposición pacifista y la llevan al extremo cuando les pides que hagan algo, por ejemplo, que se laven los dientes. El torturador no grita, no llora, no pega. Incluso obedece. Pero lo hace a cámara superlenta y como si fuera un ser invertebrado. Cualquier estructura ósea que diera rigidez a su cuerpo desaparece y se transforma en una gigantesca babosa que comienza a hundirse en el sofá en dirección al suelo. Su espalda se desliza por el respaldo, centímetro a centímetro, echando la cabeza hacia atrás para lograr fricción y que el descenso sea lo más pausado posible. El culo se descuelga despacio por el asiento hasta que los pies tocan tierra firme. Pero, en lugar de incorporarse, tu gelatinoso hijo continúa cayendo, desparramando sobre el suelo pantorrillas, rodillas y muslos, como un trozo de tela muy largo que se pliega sobre sí mismo, mientras se amontonan también riñones, espalda, brazos y finalmente cabeza, que sigue haciendo de piolet para retrasar todo el proceso.

No incumple la orden, está yendo a lavarse los dientes, pero ahora, en lugar de estar encima del sofá, está debajo, lo que demora la llegada al lavabo porque ahora tiene que levantarse. Han pasado ya 3 minutos desde tu primera e incluso jovial petición (*¡a lavarse los dientes!*) y la has repetido pacientemente otras 6 veces: *que te laves los dieeeeeeeeentes*. Pero al verlo ahí debajo, rodeado de pelusas y comiéndose un kiko que ha brotado del suelo al arrugar la alfombra, pegas tal grito que estallan la tele, una ventana y tres vasos. Porque

da igual las veces que pidas bien las cosas. No aceleran el paso hasta que pierdes los estribos, en eso consiste la protesta no violenta. Y además le ha dado la vuelta a la tortilla, ha conseguido que el malo seas tú. Eres el malvado opresor que grita sin motivo, porque él se está dirigiendo al cuarto de baño. A la velocidad de un caracol con asma, de acuerdo, pero cumpliendo tus deseos.

Tu grito ha funcionado y consigue ponerlo firme. Bueno, más o menos. Se ha puesto de pie, pero ahora parece un zombi. Tiene el cuello torcido, la cabeza sobre uno de los hombros, que están caídos hacia delante, con los brazos muertos, muy pegados al cuerpo, y arrastra los pies, con las rodillas flexionadas, dando pasitos extremadamente cortos mientras emite sonidos guturales, como si fueran sus últimos estertores.

Pepito Grillo aparece justo a tiempo para evitar el infanticidio. Oyes su voz en tu cabeza. *No lo mates, no es más que un niño*. Y cuando le preguntas por enésima vez si tiene la más mínima intención de lavarse los dientes, te mira con su cara de muerto viviente y te dice al borde de la extenuación:

—Estoy yendo.

Esto no deja de ser verdad, está yendo, pero te indigna aún más. Porque lo hace a su ritmo de *The Walking Dead*. Y la desesperación te lleva a darle un empujón para ganar unos metros, al que reacciona como un futbolista ante una «agresión». Te mira indignado, sus ojos dicen *no solo me gritas, sino que también me pegas*. Y como son unos ojos de cachorro, de animalito herido, te sientes como el orto por haber gritado y «agredido» a tu hijo. Hace solo unos minutos eras un buen padre que pedía dulcemente a su retoño, por el bien de su salud dental, que se lavase los dientes. ¡Eras tú la víctima! Pero has pasado a ser el maltratador, el disgusto es triple porque tienes 3 motivos por los que estar cabreado: porque

te han vacilado, porque has perdido la paciencia y porque te ha ganado el pulso un pipiolo de 7 años... ¡OTRA VEZ!

Otro tipo de tortura sin violencia es **la risa histérica**. Hay que tener en cuenta que los niños son bipolares, su estado de ánimo solo conoce extremos: la depresión o la euforia. Si por las malas no pueden sacarte de quicio, cambian por completo de registro y empiezan a reírse y a gritar como simios por algo que solo ellos encuentran gracioso. Esa es la clave para que la risa histérica funcione: carece de humor. No es un chiste malo, ni siquiera un pedo. La causa no puede ser cómica. Y cuanto más básico sea el detonante, más impacto cobra. Mis hijos, por ejemplo, se transforman en gremlins anfetaminados con la palabra «pollo». Uno empieza a gritar «pollo» con acento inglés y el resto ríe sin control, dando golpes y tirándose por el suelo. La risa histérica desconcierta mucho a los progenitores, porque va contra toda lógica regañar a un niño por reírse. Pero cuando uno de ellos grita *¡pollo!* por decimoséptima vez consecutiva se desencadena en tu interior una reacción nuclear, que curiosamente suena muy parecido a «va a estallar»:

—¡¡¡BAAAAAAAASTAAAAAAA YAAAAAA!!!

Tus hijos se quedan paralizados, como gatos antes de ser atropellados, en un silencio sepulcral en el que puedes escuchar a la perfección *qué le pasa a este loco, si solo nos estábamos riendo un poco*. Y empiezas a tragar tu penitencia, vuelve esa sensación amarga de culpa, de no hacer nada bien, de no servir para nada, ni siquiera para procrear.

La risa histérica les funciona especialmente bien en la mesa, que utilizan como potro de tortura. Ahí es donde más normas hay y, por tanto, el lugar donde **la desobediencia** alcanza su máximo esplendor. La desobediencia es una táctica arriesgada porque el

retoño se juega el castigo, pero en la mesa se atenúan las consecuencias. Es un espacio en el que el niño tiene barra libre para desobedecer. Cada desayuno, comida, merienda y cena es una oportunidad ideal para romperle los huevos a su padre. No hay peor tortura que comer mal. Hay quien se conforma con que su hijo no eructe. Pero a los pijos como yo, la gente que no sabe comer nos pone enfermos. Cuando mis hijos se sientan a la mesa parezco un puto segurata: *acércate la silla, siéntate derecho, ponte la servilleta, no apoyes los codos, no los separes del cuerpo, no empieces hasta que estemos todos, coge bien los cubiertos, no señales con ellos, no los muerdas, la comida a la boca (no la boca a la comida), mastica con la boca cerrada, no bebas con la boca llena, no hables con la boca llena, no cantes, deja bien los cubiertos…*

Ojalá fuera así.

En realidad la escena se desarrolla de la siguiente manera:

¿Quién ha tirado el agua? Ni se te ocurra escupir eso. Dejad de gritar. Voy a contar hasta 3. ¿Cómo se coge la cuchara? Deja ese juguete. Se te está cayendo todo al suelo. No se pinta en la mesa. ¡Que te sientes coño! ¿Qué hace ahí la servilleta? Te juro que te vas a la cama sin cenar. Coméis como cerdos. ¡No te balancees! Te has quedado sin postre. No, no podéis tomar kétchup. Sí, hay que comérselo todo. No, no podéis beber Fanta. Sí, es obligatorio comerse los guisantes. No bebas tanto que luego te haces pis en la cama. ¡Como le vuelvas a enseñar a tu hermana la comida masticada te arranco la cabeza!

Y en cuanto te despistas un segundo, ponen también en acción la risa histérica. *¡Pollo! ¡Pollo! ¡Pollo!* Es un maldito infierno. La risa histérica, la desobediencia, la resistencia pacífica, el descuido, la rabieta, la privación del sueño, todo. Y todas estas penurias no son más que la punta del iceberg. Su mejor arma, con la que van a

terminar de arruinar tu miserable vida, está por llegar, **la adolescencia**, que curiosamente es la etapa en la que tu hijo activará su propia crisis de los 40, durante la cual será torturado por su descendencia, tus nietos, en especial durante su pubertad, continuando así con el ciclo de la vida. Pero por fortuna aún no me ha llegado el turno de hablar de la adolescencia filial porque mi hijo mayor tiene 12 años al escribir estas páginas. Lo haré, si sobrevivo, en mi siguiente libro: *Cincuentón en crisis*.



13

LA LUCHA CONTRA EL RÉGIMEN

La mejor forma de luchar contra el régimen es aceptando que no puedes luchar contra él, es una batalla perdida. Tienes que asumir la tiranía del matriarcado. Pero hay algunos trucos que harán que tu condena sea más llevadera. Yo he sobrevivido a 15 años de matrimonio siguiendo tres sencillos consejos.

Consejo n.º 1: No mendigues más polvos

Recupera tu dignidad. No hagas caso a esos tarugos que dicen que tienes que regar la planta a diario. Así solo conseguirás una orden de alejamiento. Tengo un amigo que asegura intentar dar por culo a su mujer todos los días, porque *Lo que no les das en casa lo buscan fuera*. Como si toda mujer casada a la que no le rompen el ojete en casa fuera por la calle con el culo en pompa a ver si algún desconocido le provoca un buen desgarro anal.

Y luego están los terapeutas especializados en parejas, que te dicen idioteces como que empieces a darle masajes con aceites aromáticos o a cumplir fantasías. ¿Pero tú te crees que llevando 10 años sin salir del misionero te vas a poner ahora a hacer el salto del tigre? Por el amor de Dios, no pagues a alguien para contarle que no follas. Si quieres compartir tus miserias, hazlo con un amigo, que con suerte le das pena y te invita a la cerveza. Pero no malgastes tu dinero. Nada ni nadie conseguirá que folles con tu mujer. Déjala en paz, coño, que no quiere que la toques ni con un palo. *Es que entonces parecemos compañeros de piso*. Perfecto, ese

es el objetivo. Uno se lleva infinitamente mejor con un compañero de piso que con su mujer.

Consejo n.º 2: Pide la custodia compartida

A los niños no los puedes devolver, por muchas ganas que te entren a veces de metérselos a su madre por el coño. Y además tampoco hay que ponerse catastrofista, de vez en cuando tienen su gracia. Pero es muy desagradable vivir con gente tan sucia y tan mala. Necesitas descansar de vez en cuando, por eso la custodia compartida es mejor invento que La Casera.

Si intercalas una semana con niños con otra de descanso, tienes más fuerza y paciencia para seguir con el proceso de desmonstrualización. La semana de soltero, a cargar pilas: cerves con los amigos, póquer, mus, pádel, cena… Y si eres un seta, a disfrutar de la soledad, puedes ver la tele hasta que te sangren los ojos. A la semana siguiente, cuando te tocan, como has descansado y los echas de menos, los coges con ganas, eres mejor padre. Y cuando el miércoles empiezas a estar ya un poco hasta los huevos, te dices *aguanta, que no queda nada*. El domingo se los entregas a tu mujer y vuelta a la felicidad. Sí, sí, a tu mujer, que aquí nadie ha dicho que haya que divorciarse para poner en práctica la custodia compartida. Yo lo que propongo es hacer turnos, como en *Pressing Catch*, que solo podía haber un luchador en el ring.

¿No tienes pasta para una segunda vivienda? No pasa nada. Una semana duermes con tus padres, que se van a poner como locos de contentos. Otra con ese amigo soltero, que también va a estar encantado de tener compañía unos días. Si lo malo de las visitas es que se alarguen, pero sabiendo que es solo una semana la gente te recibe feliz. La emoción que le metes a tu vida sin saber dónde vas a dormir la semana siguiente es maravillosa. Y como no estáis divorciados, no hay peleas. ¿Es el cumple del niño? Dormís juntos

ese día. ¿Navidad? Paz y armonía. Vais a estar de mejor humor los dos. Y si has seguido el anterior consejo (no mendigar polvos), igual hasta cae uno. La única fisura que tiene este plan es el telemando, pero compensa. Es el precio que tienes que pagar por tu libertad. Por si hay algún despistado que no lo sepa, el telemando son las órdenes que te da tu mujer a distancia. Es, literalmente, un control remoto. Por ejemplo, ese día que te llevas a los niños a la playa, con la sombrilla, las toallas, el balón de Nivea, las palas, los cubos colgados de las orejas, y tu mujer, que se ha ido a un mercadillo con las amigas a comprar loza o cualquier otra soplapollez, te está llamando cada 10 minutos para decirte que les pongas crema, que no vayan a las rocas o que no tomen mucho aperitivo que luego no comen. La semana con niños trae consigo el telemando, es inevitable, pero, como ya estás jodido, ¿qué más da? Cuando te visualizas solo a la semana siguiente te la resbala. Imaginaros la custodia compartida en verano. ¡15 días de vacaciones para ti!

Consejo n.º 3: Deshazte del coche

Compartir coche con la parienta es probablemente la mayor tortura que puede sufrir un hombre. Ahora entiendo por qué los sauditas no dejaban conducir a las mujeres. No era por machismo, sino para no perder las llaves del coche.

Si mi mujer se lleva el coche, las llaves desaparecen. Y como lo más seguro es que estén en un bolso, nunca puedo recuperarlas. Porque los bolsos no nos dan nada a los hombres. Los bolsos nos odian. Da igual las veces que remuevas su contenido, no te dará lo que buscas. Incluso si vuelcas todo su interior sobre una mesa, el objeto sigue sin aparecer. El bolso es capaz de tragárselo con tal de jodernos. Y mi mujer no solo tiene un bolso. Podría decirse que hay una manifestación de bolsos en mi casa. Están por todas partes. Hay bolsos en el salón, en la cocina, en el baño, en nuestro cuarto. Y los

muy cabrones se alían los unos con los otros para volverte loco. Si algún otro bolso anda cerca, pueden pasarse las llaves de uno a otro. Y te aseguro que los bolsos de mi mujer son una banda criminal organizada. Son muchos bolsos contra mí. Si algún día los pillo con la guardia baja o un poco atocinados y creen que tengo alguna posibilidad de encontrar las llaves, se compinchan con los bolsillos de los abrigos. Los bolsillos no son tan cabrones como los bolsos, son solo cabroncillos. Pero mi mujer tiene muchos abrigos. Y cada uno con muchos bolsillos. Un día conté 56 bolsillos desparramados por el salón. Da igual por cuál empieces a buscar, las llaves nunca están en los primeros 50. Conozco a un tipo que estuvo internado en un psiquiátrico por emperrarse en encontrar las llaves. Se enfrentó solo a más de 100 bolsos y bolsillos. Acabaron con él sin piedad. Los bolsos y los bolsillos aborrecen a los hombres. Se sienten violados cuando metemos nuestras peludas manos en ellos. No pretendas encontrar las llaves del coche. Lo que tienes que hacer es olvidarte del vehículo y en consecuencia de las llaves. Entrégale ambos a tu mujer. Ahora es SU coche. Si tienes pasta, no cometas el error de comprar otro pensando que ese será el tuyo. Tu mujer también lo conquistará y tendrás dos problemas en vez de uno. Dos juegos de llaves perdidos en lugar de uno. Olvídate de los coches. Muévete en bus, metro, bici, moto, patinete, taxi o *carsharing*. Vivimos en la época dorada de la movilidad. No necesitas coche. Nunca más volverán a putearte bolsos y bolsillos. Un hombre sin coche es un hombre libre. Disfruta de ver a tus viejos enemigos jugándosela a tu mujer. Con ella no se ensañan tanto, pero también le buscan las cosquillas. Sus gritos desesperados (*¿dónde coño he dejado las llaves?*) reconfortarán tu alma. Ya no es tu problema. Porque ahora es SU coche. Y como es SU coche, solo lo conduce ella. Esto es muy importante, por eso voy a repetirlo en mayúsculas: SOLO

CONDUCE ELLA. Eso quiere decir que nunca más vivirás esa angustiosa situación en la que, por muy suavemente que lo intentes, no consigues poner el asiento a la distancia exacta a la que estaba antes de que tu mujer cogiera el coche. Nunca más pasarás por la humillación de estar moviendo el asiento con el culo como si fueras un perro follando muy despacio y con una picha muy pequeña. Vas hacia delante, muy despacito, hasta el primer clic, y te quedas un poquito más cerca del volante que antes. Entonces empujas de nuevo con el culo, esta vez hacia atrás, otro milímetro, hasta un nuevo clic, y te quedas un poquito más lejos que antes. Es imposible recuperar tu distancia. Da igual las veces que lo intentes, es otra batalla perdida, ahórrate ese sufrimiento. Olvídate del asiento del piloto. Solo tu mujer se sienta en él, muy cerquita del volante y con los espejos muy metidos, que a ella le gusta ver mucha puerta en el retrovisor. ¿Sabes lo que significa que siempre conduzca tu mujer? ¡Que nunca más la sufrirás de copiloto! Es SU coche. Conduce ELLA. No volverás a oír frases como *era esa salida*, *vamos a llegar tarde* o *ahí había un hueco*. El copiloto ahora eres tú. Y no aproveches la ocasión para vengarte, no caigas tan bajo. No digas nada. Mira por la ventanilla, escucha música o chatea con tus amigos. Disfruta del trayecto. No tienes coche, pero sí chófer. Es un lujo. Y si al chófer no le importa que su coche sea un basurero, a ti tampoco. Puedes incluso aportar tu granito de arena. Puedes dejarle un clínex moqueado, envoltorios de caramelos, latas de refrescos, lo que quieras, ella no lo va a notar. Es imposible distinguir un poco más de mugre en ese vertedero con ruedas. Y si le pasa algo al coche, no te llamará para preguntarte si has llamado al taller. Porque las mujeres, en vez de llamar al taller para preguntar cuándo va a estar el coche, llaman a sus maridos para preguntarles si han llamado al taller para preguntar cuándo va a estar el coche. Llamar directamente al taller

les costaría lo mismo. Pero prefieren dar por culo a su marido que resolver la duda. Porque saben perfectamente que él no ha llamado al taller. Te lo preguntan para poder regañarte. *Nunca haces lo que te pido*. Joder, si enfocaras esa mala hostia en recuperar el coche, lo tendrías reparado en menos de 24 horas. Porque no hay mecánico que aguante más de un día las llamadas de una mujer impaciente por tener su coche. Puede acabar en el psiquiátrico compartiendo habitación con el que se emperró en encontrar las llaves.

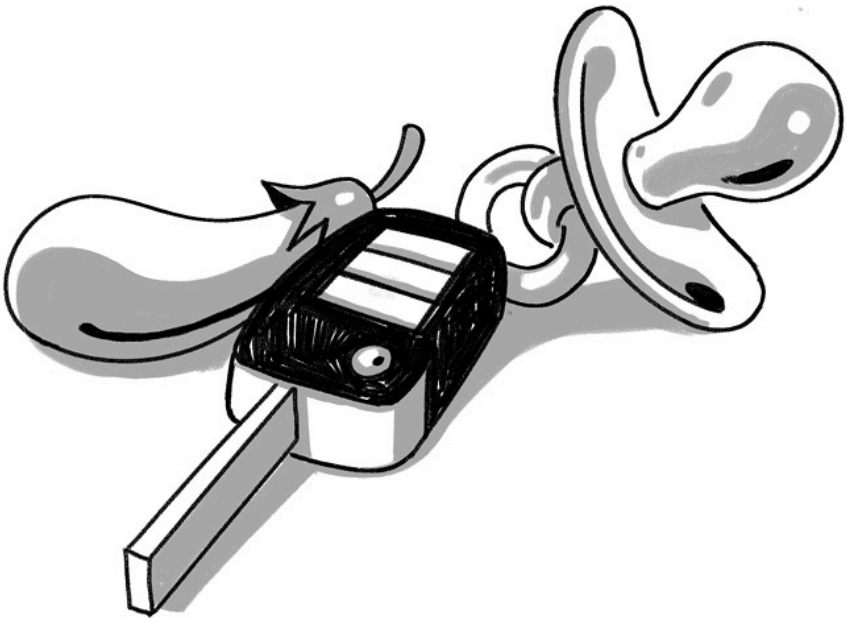
Te aseguro que si te deshaces del coche, te olvidas de follar en casa y tienes dos semanas libres al mes, seguirás sin soportar a tu mujer, pero al menos no querrás meterle 17 hachazos en la cabeza.

Solo 9.

Es broma.

4.

Venga, ya paro.



Tercera Parte

SEXO

Vamos a ponernos en plan guarro,
que si no dejas de leer, ¡cochino!

14

EL SEXO CONTRARIO

A mí las mujeres siempre me han parecido extraterrestres. Mi tía Lupe, sin ir más lejos, era uno. Según contaba, ella no era mi tía Lupe, sino un alienígena que habitaba ese cuerpo desde que esta tenía 4 años. Lo decía completamente en serio porque estaba como un puto cencerro. Pero para mí no era ninguna loca, era de verdad un ser de otro planeta. Se enorgullecía de no haber aprendido nada de nosotros, los terrícolas, porque éramos una especie inferior, ella provenía de una galaxia mucho más avanzada. De pequeña, en el colegio, se daba palmadas en las orejas mientras gritaba *¡sois unos paletos, sois todos unos paletos!* Nunca pudo trabajar porque no sabía nada, ni lo más básico, del planeta Tierra. Pero tampoco le hizo falta porque se casó con uno de los hombres más ricos de España. Mi tía Lupe estaba como una chota y como un tren, una combinación irresistible para mi tío Pepe. La cosa podría haber funcionado si no llega a ser por la alergia de mi tía Lupe a las naranjas. No sabía a qué se dedicaba mi tío Pepe hasta que se fue a vivir con él a su cortijo sevillano, en el que tenía 900 hectáreas de naranjos. Mi tía Lupe no tardó ni un año en volverse a Madrid. Eso sí, con un bebé y una pensión de por vida que le pasaba el mayor exportador de naranjas de Europa. Le compró una casa junto a la de su hermana, mi madre, que gracias a Dios no tenía nada que ver con mi tía Lupe. Mi madre tenía la cabeza en su sitio y trabajaba como una mula de lunes a sábado. Apenas la veía los domingos y, en su ausencia, mi referente femenino acabó siendo el marciano en

paro que vivía en la casa de al lado.



Al poco tiempo mis padres también se divorciaron. Mi madre, harta de currar, se fue a vivir a Miami con un cubano. Nada más salir por la puerta, mi padre nos reunió a mi hermano y a mí en el salón.

—¿Qué os parece si cambiamos la mesa del comedor por una de billar?

Mi hermano y yo nos miramos.

—¿Francés o americano?

Y así es como desapareció todo rastro de feminidad en mi vida. Nos quedamos tres cavernícolas, jugando al billar y comiendo en bandejas. No tenía hermanas ni madre. La única mujer que seguía presente en mi vida era un extraterrestre. Desde entonces, mis relaciones con las mujeres fueron románticas o sexuales. Uso la

conjunción disyuntiva «o» porque no tenían nada que ver. Si ambos conceptos estuvieran unidos, *Notting Hill* acabaría con Julia Roberts limpiándole el sable a Hugh Grant. Me costó mucho trabajo asociarlos. Te pasas la vida, desde pequeño, viendo pelis en las que el clímax es un inocente beso. El Príncipe besa a Cenicienta: fin. Bella besa a Bestia: fin. Eric besa a La Sirenita: fin. Y de repente un día te instalan el Plus en casa, y no hay ni princesas, ni besos, ni pollas como la tuya, que parece un cacahuete comparada con la monstruosidad que ves en pantalla. Mi padre escondía a veces la tarjeta del decodificador para evitar tentaciones. Pero te hacías la gayola igual, achinando los ojos para distinguir algo entre tanta raya. Todavía escucho esos gemidos codificados, como si te estuvieras follando un fax. Pasé de Disney al porno. Del amor puro a los puros con venas. Quizá por eso muchos hombres disociamos el amor del sexo. A las princesas de las putas. Con unas haces manitas y con otras bukkakes. No te casas con la que te escupe en el cipote. Le pides matrimonio a Lady Marian en un paseo por el bosque de Sherwood. Las princesas son ángeles sin sexo. Por eso me aterraba que mi primera hija, mi princesita, tuviera chocho. Cuando nos dijeron que iba a ser niña, recé todas las noches hasta el parto: *que no tenga chocho, que no tenga chocho, que no tenga chocho…* Y cuando nació y abrí el pañal, ahí estaba: un chocho perfecto, en miniatura, pero como cualquier otro. Joder, qué horror. Qué mal lo pasaba bañándola. Parecía que le estaba haciendo un dedo cuando le limpiaba aquello, qué puta pesadilla. Luego la cosa se te pasa, como todo en esta vida, no hay nada a lo que no te acostumbres. A mi segunda hija, la pequeña, le limpio el chocho que si me viera un cura se corría ahí mismo en el baño.

Esta separación de amor y sexo no es solo cosa de la adolescencia. Es la cuartada de todo hombre infiel. El salvoconducto para el

adulterio. Las marranadas que haces fuera de casa no tienen nada que ver con tu santa esposa, a la que adoras, no como a la guarra que te has tirado el fin de semana. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Las tías no lo entendéis porque, como siempre, lo mezcláis todo, lo cual resulta muy confuso. Os da asco que nos guste tanto follar, pero cuando estáis cachondas queréis que os peguen una buena follada. ¿En qué quedamos? Te parezco un cerdo por querer meterla, pero quieres que sea un cerdo y te la meta hasta el fondo. Nosotros no criticamos a la guarra. Simplemente no nos casamos con ella, pero nos encanta que sea una guarra. Es más, animamos a las mujeres (ajenas) a guarrear. Pero las tías no. A las tías os damos asco los guarros, pero queréis que lo seamos. Y eso, además de volvernos locos, nos mete mucha presión. Porque no hace falta ser Colombo para atar cabos, el macho alfa que demandan las mujeres en la cama es el que llevamos viendo desde niños en el Plus: un tipo mazado, con una erección que desafía las leyes de la gravedad y pone casi vertical una tranca de 30 centímetros con la que se tira bombeando horas sin correrse y cuando lo hace podría matar una perdiz al vuelo del lefazo que dispara. Es decir, un tipo muy pero que muy diferente al que ves en el espejo, con tu cuerpo escombro, tu picha del montón, que empalmada no supera los 90 grados (se te queda mirando al frente, no al techo) y cuando te corres en pocos minutos se te caen tres tristes gotas en la punta del zapato. Un tipo, como decía, muy lejos de las expectativas. A eso lo llamo yo follar en desventaja.

15

FOLLAR EN DESVENTAJA

A nosotros nos da igual que una tía folle bien, mal o regular. Solo queremos contar que hemos follado. A Dominguín le traía al pairo que Ava Gardner se supiera el *Kama sutra*. Lo importante era contarlo. *¿Te la has follado? Sí. ¡Olé! ¡Olé! ¡Y olé!*

(Todos)

¡Toooreeerooo! ¡Toooreeerooo! ¡Toooreeerooo!

No hay más preguntas, señoría. No necesitamos saber más. ¿Has follado, sí o no? Todo lo demás es secundario. Nos chupa un huevo cuánto duró la cosa, el número de posturas, si lubricaba mucho o poco, si olía bien o mal, si apretaba mucho el chocho. Si la tía encima es una fiera, cojonudo. ¡Bonus! Pero no nos hace falta. Meter o no meter. Esa es la cuestión. Y basta con asentir poniendo carita de Julio Iglesias (y lo sabes). Porque entre otras cosas no te interesa profundizar en la historia. ¿Qué necesidad hay de estropearla con los detalles? Directo al grano. ¡Me he tirado a Ava Gardner!

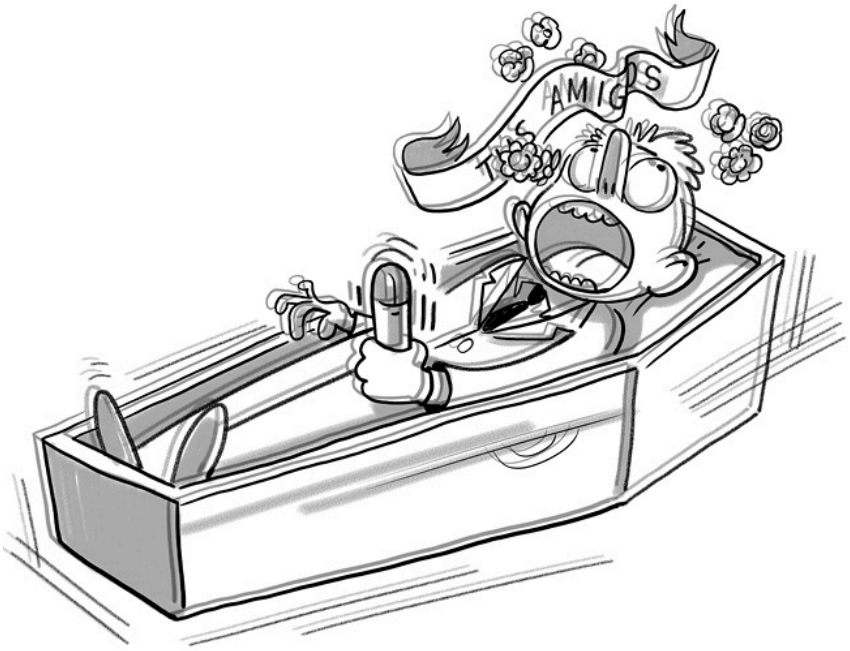
Nosotros no entramos en valoraciones. Y si lo hacemos, siempre son favorecedoras. La tía estaba mucho más buena de lo que realmente estaba y el polvo fue mucho mejor de lo que realmente fue. Os idealizamos. Pero las tías no sois tan benevolentes. Vosotras nos juzgáis en la cama. Y cuanto peor lo hacemos, más lo contáis, como venganza, porque sois muy malas. En vez de compadecernos, nos humilláis. Que se entere todo el mundo. Que si la tiene pequeña, que si se corrió al primer empujón. ¡Como si eso fuera algo malo! ¿Por qué no os tomáis la eyaculación precoz como un

cumplido? Entiendo que el gatillazo os siente mal. Que no se nos levante es un poco feo, la verdad. Pero correrno nada más metérosla es el mayor halago que os podemos hacer. La que armaríamos nosotros si fuera al revés… Si un colega nos contara que la tía se corrió nada más metérsela, le dedicaríamos una calle del barrio, pondríamos una estatua suya en el parque y declararíamos una semana grande de festejos con verbena 24 horas non-stop, como las *raves* de Nochevieja que terminan en Reyes. Pero como una pava le cuente a una amiga que el tío se corrió nada más metérsela, la vida es injusta, el mundo una mierda y los hombres unos cerdos. Todo es un drama. Qué desagradecidas sois, manda huevos. No sois conscientes de la suerte que tenéis. ¡Pero si podéis tener multiorgasmos! ¡Eso es como tener superpoderes! ¿Vosotras sabéis lo que daría un tío por ser multiorgásmico? Daría la vida. Literalmente. Le tendrían que amputar el pene para que dejara de tocárselo. Se masturbaría hasta la extenuación, no pararía ni en su último estertor. Moriría y seguiría con espasmos *post mortem*, apuñalándose la rata cadáver. En el velatorio habría que cerrar el ataúd porque seguiría dale que te pego, como a un cajón que no cierra, con la tapa del ataúd dando saltos y tirando las coronas al suelo. Y los niños gritando *¡no le entierres, mamá, que sigue vivo!*

Vosotras sois capaces de quejaros hasta de eso. *Ay, chica, estoy harta, no puedo parar de correrme*. Idos a tomar por culo, hombre. Salís ganando en todo. Hasta en la masturbación. Los tíos como mucho nos dormimos la mano para que parezca que te la menea otra. Pero las tías tenéis consoladores con todo tipo de texturas y sabores que le dan mil vueltas a un pito: vibran, giran, succionan, calientan y os hacen un 3 por 1: clítoris, coño y ojete a la vez. Contra eso no podemos competir. Antes por lo menos, como era tabú que os tocarais el timbre, le ganábamos la batalla al dedo. Pero

ahora la que no tiene un Satisfyer es una frígida retrógrada. Otro doble rasero: si una tía se masturba, es una mujer liberada, que disfruta de su sexualidad, segura de sí misma, sin miedo a ser juzgada. Si un tío se pajea, es un puto cerdo.

El sexo es misándrico. Es un término que he tenido que preguntar a ChatGPT porque no sabía ni cómo se decía: ¿qué es lo contrario a la misoginia? Misandria: aversión a los tíos. Pues el sexo es misándrico, como los bolsos. A mí me tiene manía. No le caigo bien. Y eso que pongo todo de mi parte, porque lo adoro. Pero siempre se ha mostrado esquivo conmigo. Me evita el asqueroso. Desde el primer día me dejó claro que lo nuestro no iba a ser fácil. Fue, probablemente, el peor debut de la historia.

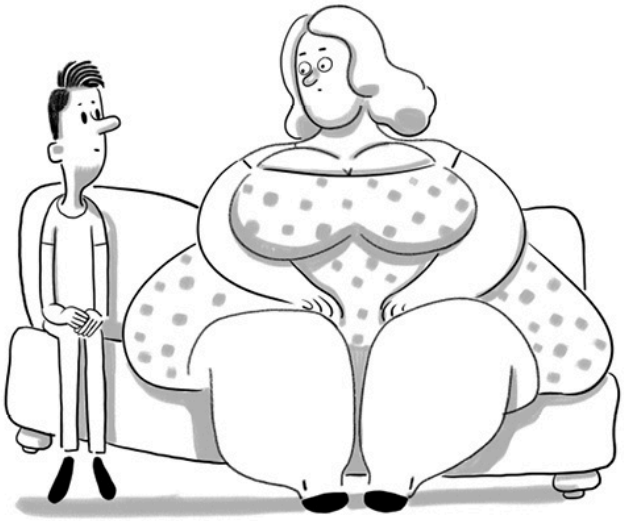


16

AMERICAN PIE

Nunca me he visto tan reflejado en una película. Éramos Bul y yo: dos amigos desesperados por perder la virginidad antes de la universidad. Encima se estrenó en España en noviembre de 1999, recién arrancado COU. Si ya lo tenía complicado con el acné, la entrada en Proyecto Hombre me lo puso todavía más difícil. Para poder quedar con una tía tenía que pasar antes una entrevista con mi tutor. No era un comienzo muy romántico que digamos. Le expliqué mi situación a una niña que me encantaba y me dijo que no había ningún problema, que se pasaba por Proyecto y luego nos íbamos a su casa a ver una peli, que no estaban sus padres. Pensé que había una cámara oculta, que mi amigo Bul me estaba gastando una broma. ¿En la primera cita me lleva a su casa porque no están sus padres? Le pedí al mío que me comprara condones y me dejó en su casa hecho un flan (no me estaba permitido tener coche, ni dinero). Sus padres, en efecto, no estaban, pero su hermana, que valía por cuatro, sí. Era un obesa mórbida de 200 kilos que no pudo levantarse del sofá cuando fui a saludarla. Parecía muy contenta de tener visita, y no me quedó más remedio que sentarme a su lado para contarle novedades del exterior, llevaba mucho tiempo ahí encerrada por gorda. A los pocos minutos apareció un vecino más o menos de mi edad. No venía a por sal o a tomar algo rápido antes de volverse a su puta casa. Estaba invitado, como yo, a ver la peli. Y no era la primera vez que lo hacía, eso resultaba tan obvio como que nunca se había liado con mi cita, era un pagafantas de manual. Me

miraba con un odio enfermizo, como diciendo *llevo muchos años picando piedra y aguantando a la morsa de la hermana como para que ahora vengas tú a joderme*. Yo estaba atrapado en el único resquicio de sofá que me dejaba el ballenato y el hijoputa aprovechó mi embutimiento para sentarse en el otro sofá con la mujer que supuestamente iba a desvirgarme esa noche. Apenas podía respirar con tanta tensión y grasa. Pero no me vine abajo. Me mantuve fuerte. Cuando se trata de follar me convierto en Rafa Nadal, no doy un punto por perdido.



¡Vamos, Iñigo! —me dije a mí mismo mientras me palpaba los condones en el bolsillo— *ten paciencia, no te va a echar un polvo nada más llegar, necesita a estos de carabina, como coartada, cuando termine la peli se deshace de ellos*.

Cuando acabó la peli de quien se deshizo fue de mí. Llamó a mi padre para que viniera a buscarme (tampoco me estaba permitido tener móvil). Se despidió de mí muy contenta la hija de la gran puta, como si hubiéramos tenido la cita más normal del mundo. Parecía satisfecha consigo misma, orgullosa de pasar unas horas de voluntariado con un extoxicómano. No me hizo la cruz en la frente al despedirse de puto milagro. Todavía estaba grogui cuando me subí

al coche con mi padre.

—¿Has follado?

—No.

—¿Habéis visto realmente una peli?

—Con su hermana y un vecino.

—No hay quien las entienda…

Al día siguiente me llamó Bul al fijo de casa.

—¿Follaste?

—No.

—Habrás tocado pelo por lo menos.

—Ni el del bigote.

—Qué pringao.

Eso fue lo más cerca que estuve de follar en COU. Se me caducaron los condones, que es lo más triste que le puede pasar a un hombre. Cuando llegó el verano me fui a Miami a pasar las vacaciones con mi madre, que estaba viviendo allí con el cubano. En *American Pie* follaban en la fiesta de graduación. Yo ya estaba en la prórroga. Menos mal que Dios aprieta pero no ahoga. Me puso en el camino a una buena samaritana que conocí en Madrid pocos días antes de irme y que milagrosamente también veraneaba en Miami. Pedí referencias. Me dijeron que era una guarra. Perfecto. Justo lo que necesitaba. Nada más aterrizar la llamé. Por suerte estaba igual de tirada que yo, no conocía a nadie allí, y empezamos a vernos con mucha frecuencia, aunque rara vez solos. Miami suena muy bien, pero con 18 años, sin carnet y sin pasta, te comes los mocos. Nos dejaban en un *mall*, nos magreábamos todo lo que podíamos en el cine, y a la vuelta cada uno a su casita, yo con un buen dolor de huevos. Tan lejos y tan cerca. Empezaba a desesperarme. Le pedí ayuda a mi madre.

—Tranquilo, hijo, que tú este verano follas.

Mi madre organizó varios planes con sus padres, todos juntos. Se ganó su confianza y les dijo que su hija podía quedarse a dormir algún día en casa. Vivíamos lejos y era un rollo pasarse el día en el coche llevando a los niños de un sitio a otro. Teníamos un cuarto de invitados y estaríamos bien vigilados, no tenían de qué preocuparse. Podían aprovechar la ocasión para tener una noche para ellos solos, sin la pesada de su hija. Mi madre se ocupaba de todo. No dijeron que sí a la primera. Ni a la segunda, ni a la tercera. Pero una madre es capaz de cualquier cosa por hacer feliz a su hijo. Y no dejó de insistir hasta que los convenció.

Llegó el gran día y la casa era un hervidero. Mi madre, el cubano, mi hermano, incluso la asistenta, no hablaban de otra cosa. El niño iba a mojar su churrito por primera vez. A mí no me llegaba la camisa al cuello. El cubano notó mi nerviosismo y quiso ejercer de padrastro:

—No se te ocurra hacerte una paja.

Ya me la había hecho, por supuesto. Probablemente más de una porque era por la tarde.

—¿Por?

—Porque puedes tener un gatillazo.

Era una posibilidad que jamás se me había pasado por la cabeza. Solo había dos escenarios posibles, meterla o no meterla, pero que no se me levantara nunca había sido una opción. Hasta ese momento. Ahora sí lo era por culpa del puto balsero. No le quise dar más importancia. *El cubano este no tiene ni puta idea*.

El plan era ir al cine y luego a casa. Viendo la peli la tenía más tiesa que la pata de un perro envenenado. Y sin hacer gran cosa. Bastaba con que me pusiera la mano en el muslo para encenderme como un demonio. *El cubano este no tiene ni puta idea*. La película se me hizo eterna, pero por fin volvimos a casa y llegó el momento

que había estado esperando desde que me instalaron el Plus. Además, con una tía que era una golfa, qué buen estreno. Entré en el dormitorio como en un puticlub, no tenía más que ponerme cómodo, dejarme llevar y disfrutar, conducía ella. Cuál fue mi sorpresa cuando me dijo que estaba muy nerviosa.

—Es que solo lo he hecho una vez.

—¿Perdón?

—Que solo lo he hecho una vez, con mi novio de toda la vida, estuvimos saliendo año y medio antes de hacerlo, y a ti apenas te conozco.

Joder con la guarra. Ahora el que estaba nervioso era yo. Porque lejos de haberle confesado mi virginidad, había ido de follaca todo el verano, como si estuviera harto de meterla en caliente, y de repente la pelota, contra todo pronóstico, estaba ahora en mi tejado. Se suponía que era yo el que debía ponerse a los mandos. No sabía ni qué decir.

—¿Quieres que apague la luz o la dejo encendida?

—No, no, no, apágala —me dijo—, que me muero de la vergüenza.

Es que en el porno se folla bien iluminado, ¿sabes? Con bombillas de 200W. Menudo lumbreras. Me levanté un poco desanimado, aunque seguía con el nardo más duro que el turrón en oferta. Pero en cuanto toqué el interruptor y se fue la luz, escuché la voz fantasmal de mi padrastro, con acento cubano:

—…puedes teeeneeeer un gaaatiiillaaaZOOO…

Y retumbó tan fuerte en la habitación que pude oír el eco:

—…tiiillaaazooo, llaaazooo, aaazooo…

Volví a encender la luz, para comprobar que el cubano no estaba allí. Miré a la chica, pero por la cara que puso, ella no había escuchado nada. La apagué de nuevo y volví a la cama. Pero ya no

era el mismo. Según nos quitábamos la ropa aquello fue perdiendo vigor. Para cuando estuvimos los dos desnudos en la cama era chicle. Una masa informe de carne muerta. No hubo manera. Estaba bloqueado. Como si me hubieran instalado un nuevo sistema operativo defectuoso. Muy defectuoso. Me vine abajo (nunca mejor dicho) y confesé. *Es mi primera vez, yo también estoy algo nervioso. El rollito este rompecorazones que manejaba era todo mentira, y además de ser virgen soy impotente, ¡me cago en todo lo que se menea!*

Decidió tomar cartas en el asunto, pero el año y medio con el novio no parecía haber dado mucho de sí. Me agarró los huevos como si fueran infladores, y los empezó a apretar repetidamente como si pudiera insuflar aire al cimbrel. Parecía una enfermera midiéndome la tensión, hinchando la cosa esa que te ponen en el brazo. Qué daño me hizo. Qué desagradable todo.

—Perdona, es que no sé cómo se hace.

Tardé mucho en dormirme. Estaba hundido. La mayor oportunidad de mi vida, porque en aquel entonces no había nada más importante en la vida que follar, tirada a la basura. Quería matar al cubano. *¿Cómo puede pasarme esto a mí? ¡Nunca dejaré de ser virgen, es una maldición!* Mi polla me había dejado tirado en el peor momento. Pero a la mañana siguiente, cuando me desperté, mi vieja amiga había recuperado todo su esplendor. Fue apagar la mente y responder el cuerpo, con la firmeza matutina a la que me tenía acostumbrado. Mi acompañante tampoco quiso perder ese segundo tren y se subió de inmediato, sin preliminares. Qué jodida bendición. Aquello era mejor que todas las pajas que me había hecho juntas (y no eran pocas). Superó cualquier expectativa. Mi pene nunca había sido tan feliz. Recuerdo reír de pura alegría. ¡Por fin! *Así que esto es follar, ¡cómo mola!* Fue una experiencia religiosa, como cantaba un

paisano de Miami por aquel entonces. Tener a esa cuasi virgen cabalgando sobre mí, al amanecer, porque mi primer polvo fue mañanero, iluminada por la luz del sol como una aparición divina, pero tan real y tan ardiente, porque era como tener la poronga metida en un microondas, puro fuego interno, y ese subir y bajar, cada vez más fluido, más acompasado, más delicioso, fue un éxtasis místico, los mejores 17 segundos de mi vida.

Lo primero que hice fue llamar a Bul.

—He follado.

—Venga ya.

—Te lo juro.

—Qué hijoputa.

A los pocos días Bul también folló, cumpliendo nuestro sueño americano, nuestro *American Pie*. Me llamó a cobro revertido desde su pueblo. Estaban en fiestas y se había tirado a una paleta de ahí. Nunca supe si era alta, baja, flaca, gorda, guapa o simpática. ¿Qué más da? Solo sé que Bul también folló. Eso es lo único que cuenta.

17

LA MASTURBACIÓN

Mi hermano Álvaro me saca 4 años. Cuando traía amigos a casa me dejaba estar con ellos un rato, nada más llegar. Para mí era el mejor momento del día. Estar con esos semidioses, escuchando cosas que no terminaba de entender, bromas que no terminaba de pillar, travesuras que no terminaba de creer. Era información privilegiada del futuro. Y de repente me soltaban 4 collejas, *¡largo de aquí, enano!*, y me echaban del cuarto dando un portazo. Yo me quedaba unos minutos más al otro lado, en el pasillo, frotándome la nuca obnubilado y tratando de estirar un poco más mi acceso a lo prohibido mientras pensaba *buah, cómo mola ser mayor*.

Uno de sus mejores amigos se llamaba Ge, de Gerardo. Ge para mí era el Capitán Trueno. Era mayor que mi hermano y tenía novia. Tener churri era, en mi opinión, nivel Máster del Universo. En uno de esos ratitos en los que se me permitía escuchar, Ge se puso a hablar de las gayolas que se hacía. Me fundió tanto los plomos que no pude frenar la pregunta, salió sola de mi boca.

—¿Por qué te haces pajas si tienes novia?

Todavía oigo las risas de Ge. Bueno, es que no ha dejado de reírse desde entonces. Me lo sigue recordando. ¿Que si te haces pajas teniendo novia? Ahora yo también me río. Pero mi inocencia de aquel entonces no lo concebía: ¿para qué te vas a hacer una paja teniendo una novia a quien metérsela? Años después, ya casado, he conseguido dar otra vuelta de tuerca. He rizado el rizo para que sea aún más ridículo. Ahora no solo sigo pelándomela como un mono,

sino que a veces lo hago pensando en mi mujer, imaginando guarradas que nunca hemos hecho. La pregunta, de nuevo, cae por su propio peso: ¿no sería más fácil y satisfactorio hacérselo a tu mujer en vez de imaginártelo? Lo de satisfactorio es inapelable. Ahí no entro. Pero fácil, fácil, lo que se dice fácil, es mucho más fácil la paja. Ponte tú a convencer a tu parienta de que te haga cosas que harían vomitar a una cabra y encuentra un hueco entre el trabajo y los niños para ejecutarlas. Quita, quita. Duchaja y a correr. Y este es el problema de muchos cuarentones en crisis, que nos consolamos con la masturbación. Es normal caer en la trampa, porque las pajas son muy cómodas. Te las puedes hacer en cualquier cuarto de baño, en cualquier momento. Te puedes follar a quien quieras. En las pajas vale todo. Te puedes follar a tu suegra si quieres. A la íntima de tu mujer. A la mujer de tu mejor amigo. A enanas. A ladyboys. ¡A ladyboys enanos! No hay barreras morales. Y el orgasmo es prácticamente igual. El camino hasta alcanzarlo es una mierda pinchada en un palo. Comparar tu mano solitaria, fría y seca, con un coño jugoso y calentito es comparar a Dios con un gitano. Pero la traca final, el objetivo común de pajas y cópulas, lo que es la sensación de correrse, es la misma.

Yo de pequeño no sabía que las pajas tenían una finalidad. Una culminación. Solo sabía que si me frotaba el manubrio me daba gustito. Y lo descubrí muy pronto. Todavía recuerdo la cara de asco de la señorita Araceli cuando me pilló una revista porno en la mochila. La repulsión que le causé desde entonces. Dejé de ser su alumno, ante sus ojos no era más que un depravado. ¡Como si fuera el único niño de 1.º de EGB que se hiciera pajas!

Es broma. Me la pilló en 1.º de BUP. Pero en 1.º de EGB ya me manoseaba la colita, sin saber lo que hacía, por supuesto. No sabía ni que aquello tenía un nombre. Me tocaba un rato y me la dejaba

tranquila. Un día que debía tener más tiempo o estar más aburrido que de costumbre, seguí y seguí hasta que me dio el calambrillo. Vaya descarga. Me quedé flipando en colores. ¿Qué coño acaba de ocurrir? ¿Qué puta maravilla es esta? ¡Quiero más! Y hasta hoy. Se convierte en un hábito como cualquier otro. Un hombre respira, se alimenta y se masturba. Somos animales de costumbres. La de pajearnos la adquirimos muy temprano y no la abandonamos nunca. Un día se lo pregunté a mi padre, que tiene 93 castañas:

—Papá, ¿a qué edad dejaste de masturbarte?

—¿Quién te ha dicho a ti que no me la meneo?

Se lo conté a Ge y se meaba de risa. Pero en realidad es muy triste. Porque las pajas, en el fondo, son un cáncer. Si no nos zurráramos la sardina, follaríamos más. No aguantaríamos tanto amor en los huevos. Yo en cuanto estoy más de 3 días sin darle a la zambomba empiezo a soñar marranadas. Me apuñalo la rata y se me pasa. Pero si no lo hiciera me abalanzaría sobre mi mujer como un león. Follaríamos con o sin dolor de cabeza, con o sin niños, con o sin regla, con o sin sueño, no se puede frenar el instinto.

También harías realidad tus fantasías, que no tienen por qué ser con tu mujer, o con una mujer, que sigue habiendo mucho gay casado con hijos.[5] Y no lo digo yo, lo dice Mercedes, mi terapeuta, que está harta de recibirlos en consulta. Pobrecicos míos, prefieren aliviar sus mariconadas con las pajas que salir del armario, que a nuestra edad es un numerito. Pero si no fuera por las pajas gais, cumplirían sus fantasías en la vida real.

Y, por último, lo peor que tienen las pajas, lo más perjudicial, es que te las haces para echar el veneno lo antes posible. Son entrenamientos para correrte rápido. Y algunos entrenamos a diario. Parecemos velocistas queriendo romper la barrera de los 9 segundos en los 100 metros. Luego llega la carrera y pretendemos aguantar

una maratón, pero la acabamos antes que Usain Bolt. Por culpa de las putas pajas.

18

EL DÍA QUE TOCA

Muy de vez en cuando, de Pascuas a Ramos, de higos a brevas, cuando el diablo se acuerda de rezar, se alinean los astros y tu mujer te concede tu deseo. Tu único deseo. Porque a nuestra edad, si se nos apareciera el genio de la lámpara, nuestros 3 deseos serían follar, follar y follar. Nada de salud, dinero o amor.

FO-
LLAR

Tu parienta ya ha dado por finalizado el día y está en la cama o el sofá mirando Instagram en el móvil, con las gafitas puestas, en la puta gloria. Y tú te pones a rondarla como un perrete que quiere jugar, moviendo la colita, como si tuviera en la mano una pelota en vez de un teléfono. No te pones a ladrar por vergüenza torera. Ella te mira por encima de la pantalla y las gafas, con cara de fiscal general del Estado, preguntándose con horror *¿no pretenderá este follar ahora?* Normalmente te manda a paseo. Alguna hasta saca el crucifijo para echarte hacia atrás, como si estuvieras poseído. Pero un día intenta calcular cuánto tiempo te ha tenido en la nevera, y como no es capaz de recordar la última vez que lo hicisteis, te permite canjear tu polvo mensual.

—Venga, anda, quitémonoslo de encima —te dice, como si hubiera llegado el día de darle la vuelta al colchón.

Tú lo celebras como si hubiera marcado el Atleti, porque te vale verga que empiece enfurruñada, sabes que lo va a acabar

disfrutando, como siempre. Lo que pasa es que de casquete a casquete se le olvida que le gusta tanto o más que a ti. Por eso a las mujeres les cuesta más ponerse en modo gorrino. Cuando un hombre arranca la moto, le da lo mismo que seas Pamela Anderson o Maruja la portera. Le trae sin cuidado la celulitis, los michelines o si las bragas son del Primark. Solo piensa en follar. Pero las mujeres se ponen a follar y siguen teniendo otras 18 cosas en la cabeza: *debería haberme depilado esta semana, no hay quien aparque en esa zona, joder, se me ha olvidado pagar la multa del parquímetro, mañana lo hago sin falta que pierdo la reducción del 50 %, y empiezan las rebajas la semana que viene, he visto una blusa ideal en Zara, pero estoy fatal de pasta este mes…* Mi mujer antes se esperaba al final del polvo para fumarse el piti. Ahora se lo enciende nada más empezar, del estrés que le entra al pensar en todas esas mierdecillas. Y mientras ella fuma y anota en su mente la lista de la compra, yo estoy a lo mío, dándolo absolutamente todo, esforzándome al máximo, a punto de infartar, con un único objetivo entre ceja y ceja: no te corras, no te corras, no te corras, no te corraaaaaaaahhhhhhaaass. Pero ¿cómo no te vas a correr, alma de cántaro? ¡Si follas menos que en Disney Channel y te zurras a diario la sardina como si quisieras batir el récord del mundo de velocidad! ¿Qué esperabas?

Y aquí se da una situación muy divertida: sigues bombeando como si no hubiera pasado nada. Porque te da mucha rabia que para un polvo que echas la cosa dure tan poco. Es como hacer una hora y media de cola para 20 segundos de atracción. Y porque quieres que tu mujer también se vaya. Dejarla insatisfecha es lo que más daña nuestra hombría. Pero la jefa, que no es tonta, lo nota.

—¿Te has ido ya?

—Nooo.

—¿Seguro? Que te he visto la cara tonto esa que pones.

—Que no, que no, que estoy bien.

Y sigues empujando, disimulando, porque hace 20 años remontabas el vuelo y echabas dos seguidos. Y te crees que sigues siendo el mismo. Pero con 40 la maquinaria no funciona igual. La chorra te pide un descanso. Entre la flacidez y el grumo, tu santa ya no tiene ninguna duda.

—Venga, bobo, que no pasa nada.

Pero sí, sí pasa. Porque sabes que no volverás a follar hasta el mes que viene. Y un polvo al mes es un número muy deprimente. 12 al año. Como las campanadas. 12 míseros polvos al año. Eso es lo que folla mi amigo Dudu en un fin de semana.

El fiscal general del Estado se vuelve a poner las gafas.

—¿Te gustaría ser como tu amigo Dudu?

—¡¡Noooooooooooooooooo!! ¿Cómo voy a querer yo echar 12 polvos en un finde con una tía 8 años más joven? No, no, no, no, no. No. —Pausa dramática—. No. De ninguna manera. Yo estoy mucho mejor en mi casita, con mi mujer, limpiándole el culo al bebé, llevando al mayor a fútbol a las 8 de la mañana y echando un polvo de 9,7 segundos al mes. ¡Dios me libre de querer ser como mi amigo Dudu!

Cuarta Parte

MASCULINIDAD

19

PROHIBIDO QUEJARSE

Mis hijos nunca me han visto llorar. Y empiezo a notar la presión, porque el mayor tiene ya 12 años y las apuestas han ido subiendo. *¿Qué hará llorar a papá?* Tiene que ser algo realmente chungo, no puedo cagarla después de tantos años. ¡Como se me escape una lágrima con *Love Actually* me echan de casa! Detesto esa película. Ese rollito de que el amor está en todas partes porque nos abrazamos en la terminal de llegadas de Heathrow. Solo faltaba que recibieras a tu madre, después de un año sin verla, con un escupitajo en la cara. Yo tendría esperanza en la raza humana si la peña saliera con su maleta y abrazara a uno que pasa por ahí, no al que ha venido a recogerle. Que hubiera abrazos prolongados entre desconocidos, especialmente entre los más diferentes: negros con policías, policías con inmigrantes, inmigrantes con fachas, fachas con rojos, rojos con curas, curas con feminazis, feminazis con top models, y top models conmigo, muchas top models conmigo, abrazándome, unas encima de otras, peleándose por arrancarme la ropa.

Mercedes, mi terapeuta, se pone negra con mi sequedad lacrimal. *Pero ¿tú estás bien de la azotea?* Pues no, claro, por eso vengo a verte. Se me ha hecho bola. Pero es que los tíos no vamos lloriqueando por ahí. Yo solo me desahogo con Mercedes. Y como es en su consulta privada y hay secreto profesional de por medio, es como si nunca hubiera sucedido. Llego ahí, vomito y hasta la próxima cita. Pero jamás he llamado a un colega para contarle mis

mierdas. Eso no se le hace a un amigo. Bastante tiene él con las suyas. Cuando quedo con amigos es precisamente para olvidarme por un rato de los problemas, para desconectar y partirme la caja, no para soltar turras. Mi mujer siempre me pregunta lo mismo al día siguiente:

—¿De qué habéis hablado?

Y nunca soy capaz de contestarle. No porque le oculte nada, sino porque solo se dijeron mongoladas, una detrás de otra, y no recuerdo ninguna. Ahora bien, que solo soltemos chorradas no quiere decir que no haya dramas. Y aunque tus amigos no te los cuenten, muchas veces te acabas enterando por otras vías, siempre hay filtraciones indeseadas. Me pasó con Paquito el otro día. Nuestras mujeres son amigas, y la suya le contó a la mía que se estaban divorciando. Mi mujer no tardó ni un minuto en darme la noticia, por supuesto. Al poco tiempo quedé con él, pero Paquito no tenía ni pajolera idea de que yo lo sabía. La conversación fue más o menos así:

—¡Paquito, hijoputa! ¿Cómo estás?

—¡De puta madre, maricón!

—¿Sí? ¿Todo bien?

—¡Todo perfecto!

—¿Los niños?

—Pa comérselos.

—¿Y Carmen?

—Estupenda.

—Pues cómo me alegro.

Y venga a soltar sandeces toda la comida. Qué hartada de reír.

Al volver a casa, la fiscal general del Estado me estaba esperando, ansiosa de detalles:

—¿Qué te ha contado Paco? —Desde que va a divorciarse de su

amiga ha dejado de llamarle Paquito.

—Nada.

Y se cabrea, con razón. No se cree que seamos tan garrulos. Porque las tías son el extremo contrario, su vida es un constante desahogo. No respiran, se desahogan. Y por si fuera poco disfrutan de una semana al mes con barra libre de mala hostia. Yo lo llamo la monstruación. Puedo estar odiosa sin motivo alguno y tú no tienes derecho a réplica porque no sabes lo que es ser mujer. Y como tengas la desfachatez de echárselo en cara, tienen dos respuestas:

1. Bastante poco me quejo.
2. Si no me quejo en casa, ¿dónde me voy a quejar?

Pues mira, se me ocurren muchos sitios: en la oficina, en el gimnasio, en el súper, en el bar, en el teléfono de atención al ciudadano…

Los tíos no podemos quejarnos. Yo creo que por eso dramatizamos tanto cuando nos ponemos enfermos, que parece que nos vamos a morir por un resfriado. Es el único momento en el que podemos lamentarnos a gusto, y lo exprimimos a muerte, claro. Todas las quejas acumuladas afloran a la superficie en cuanto vemos un 37 en el termómetro. Pides un sacerdote para recibir la extremaunción y tu mujer como el que oye llover, sin darte la menor importancia: *qué exagerado eres, me gustaría verte dando a luz.* Y a mí me gustaría verte cavando zanjas, hija de puta.

Como en casa no nos cuidan ni estando enfermos, los hombres buscamos consuelo en los dos únicos lugares en los que podemos recibir mimos sin que nuestra masculinidad se vea vulnerada. El primero de ellos es la peluquería. Decimos que vamos a cortarnos el pelo, pero en realidad acudimos a que nos laven la cabeza. Y el segundo es nuestro favorito: el fisio. Para muchos hombres un

masaje es una mariconada. Pero ir al fisio es de macho (¡unga-unga!), te has lesionado y es un tratamiento justificado, casi médico. No lo haces por placer, sino por salud. Y no hay nada más saludable que tirarte una hora tumbado con alguien «trabajándote» la espalda. Hay días en que se me saltan las lágrimas, pero como estoy bocabajo en la camilla no me ve nadie.

20

¡ABAJO EL MATRIARCADO!

ATENCIÓN:
Contiene o puede contener trazas de machismo.

¿Conoces a algún hombre que mande en su casa? En la mía preguntas quién manda más, mamá o la policía, y mis hijos no titubean: *mamá*. *¿Mamá o el presidente del Gobierno? Mamá. ¿Mamá o el Rey? Mamá. ¿Mamá o Dios? Mamá.* Siempre mamá. Los niños no mienten. ¿Tienes algún amigo o conocido, aunque sea lejano, que sea el puto sheriff? ¿Que haga lo que le salga de los huevos sin rendir cuentas a la parienta? ¿Que dirija su vida sin que su mujer le esté diciendo constantemente lo que tiene que hacer? Ya te contesto yo: ni uno. No existen. Las casas españolas son matriarcados. Gobiernan las mujeres. Somos nosotros los que tenemos que empoderarnos, luchar por nuestros derechos y reclamar la libertad de muchos maridos que continúan encerrados de forma injusta.



Pero es inútil. Nuestras mujeres no nos dejarían salir a protestar:

—Oye, cari, acuérdate que mañana tengo manifestación a las ocho.

—¡Y una polla como una olla! Tú lo que quieres es escaquearte de los baños y las cenas.

—Que no, que no. Que es el Día Internacional del Hombre, te lo juro. Voy a la manifestación con Paquito y Toñón.

—Sí, hombre, con esos dos encima, que son dos golfos. Ahora mismo les llamas y les dices que lo celebras en casa con tu mujer y tus hijas.

—Pero, gordi…

—¡Ni gordi ni hostias!

Pero cómo vamos a tener día del hombre si nos han quitado hasta el del padre. Con la ilusión que nos hacía esa cagarruta de manualidad que nos traían a casa los niños. Por un puto dibujo que nos hacían al año y nos dejan sin él, no vaya a ofenderse el único adoptado por bolleras de todo el puto colegio. Lo único que hacemos para reivindicarnos es el Movember ese, y no se nos ocurre otra cosa

mejor que dejarnos bigote y tirarnos un mes entero yendo por la vida con cara de gilipollas. Porque hay que ver la pinta de soplagaitas que se nos queda cuando nos dejamos bigote. Es lo que nos faltaba. Bastante se ríen ya de nosotros nuestras mujeres como para encima darles más motivos. Son ganas de pegarnos tiros en los pies.

Las tías se lo montan mucho mejor. Ellas protestan por todo, por si acaso, que algo sacarán, y si no lo entendemos es porque no sufrimos las desigualdades que afrontan ellas a diario desde hace años. Como los ideales de belleza impuestos, por ejemplo, que resultan irreales e inalcanzables para las mujeres. Los hombres de mi quinta no somos conscientes de la presión que eso supone porque nos hemos criado con referentes masculinos muy normalitos, como Sylvester Stallone y Arnold Schwarzenegger. Rambo y Conan. Rocky y Terminator. Tipos del montón, con sus entradas, su tripilla cervecera, sus pelillos en la espalda. Nada que ver con los cuerpos estilizados y sexualizados de los estándares femeninos.

En serio, ¿hay algo de lo que no se quejen? Ahora también les parece mal que les abramos las puertas o las dejemos pasar primero. Joder, si mandas más que Dios, ¡te tendré que dejar pasar primero! Yo últimamente si llego a una puerta a la vez que una tía, me pongo de rodillas y pido perdón, así de primeras, porque haga lo que haga la voy a cagar. Si se la abro, soy un machista, y si paso primero, un maleducado. Lo mejor es hacerse el muerto.

Mira que nos gusta complicarnos la vida. Si todas esas muestras de cortesía estaban diseñadas para ligar. Si le aguantas la puerta a una mujer, tienes que esperar a que pase junto a ti, os miráis a los ojos, intercambiáis perfumes, te da las gracias, sonríes, le miras el culo y entráis juntos a una nueva vida si queréis. Como cuando Sonny le deja el coche al joven Calogero para que haga la prueba de

la puerta en *Una historia del Bronx*.

—La conduces hasta el coche, sacas la llave, abres la puerta y dejas que suba. Luego vas por detrás y miras por la ventanilla trasera. Si la chica no se mueve para levantar el seguro de tu puerta para que entres, olvídala.

—¿Así de sencillo?

—Escúchame, hijo, si es incapaz de molestarse en levantar el seguro para que puedas entrar, significa que solo piensa en ella y eso no es más que la punta del iceberg. Pasa rápidamente de ella.

—Qué hay de esas cosas tan bonitas que has dicho antes, que haga caso al corazón, que busque la brisa que impulse mi barco, ¿eh? ¿Qué pasa si esa chica es uno de mis tres grandes amores?

—Nada. Lo que cuenta es la prueba de la puerta. Pasa inmediatamente de ella.

Qué peliculón. Cuánta información en un solo gesto. Qué importantes y qué divertidos son (o eran) esos pequeños detalles. Porque no deja de ser un juego. Siempre lo ha sido. Lo que pasa es que nos hemos vuelto demasiado serios y serias los unos y las unas con los otros y las otras. Hay que jugar más. Y reírnos. Reírnos mucho, que no hay que tomarse nada tan a pecho. Si lo mejor de todo esto es que seamos tan diferentes, los tiras y aflojas, las estratagemas, los vaciles, las reconciliaciones. Tan mal no nos llevaremos si ya somos 8.000 millones.

21

¿SOY MARICÓN?

De pequeño pedí una Barbie a los Reyes Magos. A mi padre casi le da un jamacuco.

—Me ha salido un hijo maricón.

Esa era la mentalidad de los ochenta, que no tiene nada que ver con la de ahora. Si a mí me saliera un hijo maricón, diría que me ha salido gay, no maricón. Eso para empezar. Y para terminar tampoco sería el fin del mundo. Me llevaría un disgusto mucho más grande si me saliera del Madrid, por ejemplo. De eso no te recuperas nunca. Pero lo de ser gay nos lo hemos planteado todos en algún momento.

Yo en la adolescencia pensaba que lo era, porque había tíos que me parecían guapos. Y si un hombre te parece guapo es que eres maricón. Ahora suena prehistórico, pero en aquel entonces me parecía de una lógica aplastante. Si además de ser guapo te caía bien, la rayada era doble. Porque si me cae bien y me parece guapo, ¿eso es que me gusta? Si te gusta un tío es que eres muy maricón. Y te lo callas, porque todos los hombres a tu alrededor, tu padre, tu hermano, tus amigos (incluido el que te gusta) se ríen de los maricones. Y tú maricón-maricón no eres, porque te gustan las tías. Pero los bisexuales son peores que los maricones, porque eso ya es vicio, lo dice todo el mundo. O una cosa o la otra. Joder, qué lío. Me estaba pegando tal atrapada con el tema que le eché un par y se lo solté a mi grupo de Proyecto: *chavales, creo que soy maricón*. Nadie dijo nada al respecto. Silencio sepulcral. Pero al acabar la sesión, se me acercaron a hurtadillas varios de mis compañeros, ya en el

pasillo, sin ser vistos, y me confesaron en susurros, casi inaudibles del terror que les daba verbalizarlo, que les pasaba lo mismo. Luismi, el que más miedo daba de todos (había estado en Alcalá-Meco por tráfico de drogas), me contó que llegó a tener tal reconcome que se fue a Chueca y le dio un morreo a un pavo para salir de dudas. Joder, qué peso me quité de encima. Si Luismi, que era más macho que Chuck Norris, era capaz de hacer eso, ¡lo mío era una mariconada sin importancia! Mal de muchos, ¡consuelo de puta madre!

Lo curioso es que no me planteara ser gay por cosas mucho más gais que hice, como masturbarme con amigos. Es un plan bastante recurrente en la adolescencia: quedar para hacerse pajas. En mi caso cada uno se meneaba la suya. Pero conozco a más de uno que se puso en plan Torrente. Un amigo mío, al que para salvaguardar su identidad llamaré Otif (Fito al revés) en un viaje de esquí se hizo unas pajillas con su compañero de habitación. Eso sí, con el guante de esquiar puesto para no notar el falo del colega en la mano. Sin mariconadas, vaya.

Los gais conocen estas inseguridades. Por eso dan por hecho que cualquier tío, por muy hetero que sea, puede caer en la tentación. Un resquicio de duda, aunque sea en el sótano del inconsciente, deja una puerta abierta a la debilidad, por muy remota que sea la posibilidad. Y por eso le entran a todo lo que se mueve, sacando una connotación sexual a cada situación. Mira que los tíos somos cerdos. Pues los gais nos superan. Tienen la mirada sucia. Estás haciendo algo tan alejado de cualquier pensamiento impuro como comerte un bocata de chistorra y el gay te pregunta, con voz de Carmen de Mairena cachonda perdida:

—¿Te gustan las chistorras?

Pues eso pensaba, pero ahora parece un bocadillo de polla y me

está sentando fatal.

—Voy al baño.

—Al baño, ¿eh? —vuelve a preguntar con entonación lujuriosa, buscando una proposición oculta (e indecente) en tu comentario—. ¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque me estoy cagando, tronco, ¡déjame en paz!

No sé si el párrafo anterior es muy *gay friendly*, la verdad. Pero es que los cuarentones como yo no tenemos ningún amigo maricón con el que ser *friendly* o *unfriendly*, al menos que sepamos. Que lo de que hay mucho cuarentón en el armario no solo me lo cuenta Mercedes, mi terapeuta. Mi amigo Pedro es médico del aparato digestivo y cuando le toca guardia los findes nos manda fotos de las movidas que le saca a la peña por el culo: consoladores, botellas, todo tipo de frutas y verduras… Ir al hospital es su último recurso, van cuando ya no pueden más, después de horas y horas intentando sacárselo ellos mismos. Me los imagino haciendo el ingreso: *me he resbalado en una frutería y me he caído encima de una berenjena*. Pobrecitos. Y muchos de los que pasan por quirófano son hombres casados. La mujer de uno de ellos amenazó a Pedro con denunciarle por mala praxis, porque a saber qué milonga le había contado el marido para justificar el desgarro anal. Y Pedro le dijo al colega que o tranquilizaba a la parienta o le enseñaba el pollón de goma que le acababa de sacar por el orto. No hubo más quejas, por supuesto.

En fin, que si tuviéramos un amigo maricón con quien practicar nos resultaría todo más natural. El otro día fui a la biblioteca municipal del barrio con mi hija y tienen puesta la sección de LGTBIQ+ junto al mostrador. Está muy bien pensado, porque mientras das el carnet para llevarte a casa *Charlie y la fábrica de chocolate*, tu hija de 10 años puede echarle un vistazo a títulos como *Mamá, soy gay*, *Furia travesti* o *Por el culo: Políticas anales*.

Pero lo que llamó su atención (alabado sea el Señor) fueron las siglas.

—Papá, ¿qué es LGTBIQ+?

—Son letras, ¿quieres un helado?

Eso es lo que habría dicho hace tiempo, pero una amiga profesora nos ha dicho que tenemos que contestar todas las preguntas que nos hagan nuestros hijos, porque si no hallan respuestas en nosotros las buscarán por su cuenta. Y cuando imaginé a mi hija buscando LGTBIQ+ en Google me lancé a la piscina.

—Lesbianas, gais, travelos, bisexuales… joder, ¿de qué es la «i»? —Lo miré en el móvil—. Intersexuales y… —seguí leyendo— queer.

—¿Y el «+»?

—El «+» es un más, no te pases. Coge tu libro y vámonos a casa.

Me fui jodido. Porque no sabía lo que era intersexual, ni queer ni el «+», que este se las trae. Fui yo quien lo buscó en Google: pansexual, demisexual, grisexual, sapiosexual…

¿Y si me sale un hijo no binario?

Me da un jamacuco…

22

EL TAMAÑO IMPORTA (SOBRE TODO A NOSOTROS)

Yo nunca me había preocupado por el tamaño de mi cimbrel hasta que un niño de un curso mayor se descojonó de mí en un campamento. Para demostrar que se reía con ley, me enseñó un trabuco que aún se me aparece en sueños. Era totalmente desproporcionado para su edad. ¿Cómo es posible que un niño de metro y medio tenga el badajo de Nacho Vidal? Yo parecía Cupido a su lado. Y el complejo de pichacorta me duró muchos años. Cuando entré en el equipo de rugby de la universidad me aterraba desnudarme en el vestuario. ¿Qué pasaría si descubrieran mi angelical micropene? Como si todos esos orangutanes, por el hecho de jugar al rugby, calzaran un 22. Cuanto más macho es un tío, más grande crees que la tiene. Es lógica pura: no hay nada más viril que una buena verga.

Un vestuario puede llegar a intimidar más a un hombre que una sala de interrogatorios de la KGB. A no ser que te llegue hasta la rodilla, claro. Pero los que no hemos tenido tanta suerte, antes de desnudarnos en un vestuario, nos manoseamos con disimulo el glande para que se ponga morcillona y parezca más de lo que es. Eso es así aquí, y en la China Popular. Hay algún profesional que se hace una pera delante de ti sin que te enteres. Nada más llegar al vestuario se coloca el paquete. Primera caricia. Al quitarse la camiseta la utiliza de cubretrucos, como un mago su pañuelo, se tapa aquello y se arrea dos o tres sacudidas más sin que lo veas. Luego se sienta y mientras se descalza se pega otra pasadita. Y por

último, aún con el calzoncillo puesto, hace como que se lo está despegando de los huevos, pero en realidad lo está estirando. Esa es la técnica que utilizo yo, porque la tengo pequeña pero flexible, y si tiro de ella se alarga. El tamaño del cipote varía mucho a lo largo del día. Hay mañanas en que me levanto hecho un titán y por la noche al ponerme el pijama se me rompe el alma. Da pena verlo. Me dan ganas de decirle *oye, tronca, que tampoco es para ponerse así*. Otros hacen como que les pica, porque rascarse el pito está bien visto, es otro signo de virilidad, pero en realidad lo están despertando, como a un perrete que no quiere salir a pasear.

Luego llega el momento toalla. El que se la pone a la cintura antes de quitarse el calzoncillo, como si fuera una falda, está muy jodido, pobre. Ese por mucho que se toque no tiene nada que hacer. En el extremo opuesto está el que va bien armado o el que considera que su miembro ha alcanzado un tamaño considerable con las maniobras de reanimación y que no te restriega el nardo por la cara de milagro. Se va a la ducha ondeando la toalla por encima de la cabeza como si fuera un vaquero. Y en el medio están los tramposos, que se meten a la ducha como los primeros, con la toalla a la cintura, y vuelven como los segundos, orgullosos de haberse masturbado bajo el agua. Les falta gritar *imirad cómo ha crecido!* Yo hago algo intermedio. Llevo la toalla en la mano, pero por delante del cuerpo, de tal manera que enseño el culo pero no el rabo. Parece un movimiento improvisado, pero para que sea creíble tienes que andar con mucha confianza, como cuando intentas colarte en un garito por la puerta VIP sin conocer a nadie. Como si tuvieras un pollón.

Los baños públicos también son lugares que pueden amenazar nuestra masculinidad. Hay ciertas normas no escritas que hay que seguir a rajatabla. Por ejemplo, si hay tres meaderos libres, de los de pared, nunca se coge el del centro. Te pones en un extremo por

si entra otro tío, que pueda ponerse al otro lado, dejando libre el del medio para mantener la distancia de seguridad hetero. Si estás meando y un pavo se te pone justo en el de al lado, teniendo otros libres, es que es maricón. Es la única explicación posible. Si te pasas por el forro la distancia de seguridad hetero, es que no eres hetero. Otra cosa es que estén todos ocupados y no te quede más remedio que encajarte entre dos tíos. En esa situación está permitida hasta la típica miradita para calibrar. Pero tiene que ser un vistazo fugaz, sin mover la cabeza, forzando los globos oculares al máximo. El disimulo es clave para mantener intacta nuestra heterosexualidad, que hay alguno que le falta sacar la regla y ponerse a medir.

El baño es mejor sala de metrología que el vestuario porque también puedes comparar la potencia del chorro. Eso si te toca al lado uno que pueda mear con alguien cerca, que hay muchos tíos que no pueden. Es un fenómeno curiosísimo. Entran al baño meándose como perras y en cuanto se encajan en el urinario, que parecen los cajones de salida de una carrera de caballos, se bloquean. Se tiran ahí un buen rato sin echar gota hasta que se dan por vencidos y salen del baño cabizbajos y con la vejiga como un zepelín. Qué tortura debe ser eso. Pero lo normal es que tengas la oportunidad de verle el chorro al de al lado. La propulsión de la meada es algo que también nos importa porque constituye otro de los parámetros para calcular la calidad de un pene. A mayor fuerza, mejor manguera. Yo he perdido algo de vigor con los años, pero tengo colegas que tienen que mear sentados. Si lo hicieran de pie lo pondrían todo perdido. Que esa es otra, la ley de Murillo (la última gota siempre cae en el calzoncillo). El problema es que a mí me traspasa al pantalón. Da igual las veces que me la sacuda. Siempre vuelvo del baño con esa humillante mancha, que es como colgarse del manubrio un cartel que ponga *Averiado*.



¿Que si el tamaño importa? Mucho más a nosotros que a ellas. De niño me hice con un falómetro como el de la izquierda.

Lo conseguí en un campamento en Pontevedra, con el dinero que me habían dado mis padres para comprarme un souvenir. En vez de pillar una meiga, que *habelas hainas*, volví a casa con un falómetro. Aunque si soy sincero es probable que lo robara, me extraña que me vendieran un medidor de nabos con 9 años. Cuando se lo enseñé a Manolo, el portero de casa, me metió en su garita y sacó del fondo de un cajón un pimiento verde enorme de plástico. Me dijo *tira del rabo*, y al hacerlo desenfundé una gigantesca polla de goma. Qué manera de doblar la apuesta. Y qué hartada de reír se pegó al ver mi cara de sorpresa, fascinación y decepción, porque su pimiento convertía mi falómetro en un juego de niños. Efectivamente, no era más que un souvenir. Consciente de mi flagrante derrota, Manolo me regaló su superpimiento para animarme un poco, después de jurarle por lo más sagrado que mis padres jamás se enterarían. Por supuesto, antes de separarnos medimos el superpimiento con el falómetro. Desde entonces, eran mis dos objetos más preciados. Cuando venían amigos a casa nos encerrábamos en mi habitación y les mostraba mis trofeos de caza como si fuera material de contrabando. Mi cuarto parecía el desván de *Los Goonies*, pero en vez de salir a buscar el tesoro de Willy el Tuerto, nos quedábamos allí para

medir nuestras trancas. Hacíamos todo tipo de trampas, obviamente. Nos incrustábamos la base de la tabla en el escroto para ganar unos centímetros. Alguno llegaba hasta el ojete. Y luego apuntábamos la marca unos milímetros más arriba de la verdadera. Mi hermano también lo usaba con sus amigos, que al ser mayores tenían mejor herramienta, claro. Y yo alucinaba con sus marcas, infinitamente mejores que las nuestras, que eran números de *rookie*.

El pobre Manolo murió al poco tiempo, pero yo cumplí mi juramento y mis padres jamás supieron de la existencia del superpimiento. Lo conservé mucho tiempo en su honor, era mi único recuerdo de Manolo. Aunque no sé si guardar una polla de goma era la mejor forma de honrar su memoria. Ahora no sé dónde andará (el superpimiento, no Manolo), lo perdí hace años. ¡Cualquier día se lo encuentra mi amigo Pedro en un quirófano!

23

LA FUERZA POR LA BOCA

Lo que trae de cabeza a los cuarentones es la fuerza. Tenerla pequeña o que no se te levante ha pasado a un segundo plano. Lo único que importa es la fuerza. No hablan de otra cosa. *Es fundamental hacer fuerza. A nuestra edad se pierde mucha fuerza. La fuerza es la base de todo*. Pero vamos a ver una cosa, ¿trabajas de mudancero? ¿Tu coche no tiene dirección asistida? ¿No contratas el envío a domicilio de IKEA? ¿Te has casado con una tetrapléjica? ¿Te vas a zurrar con un oso? En serio, ¿para qué coño quieres tanta fuerza? Ya te lo digo yo: para fardar. ¿Os habéis escuchado hablar?

—¿Cuánto levantas?

Ya solo la pregunta es de bofetón con la mano abierta.

—80 press, 90 squat y 130 peso muerto.

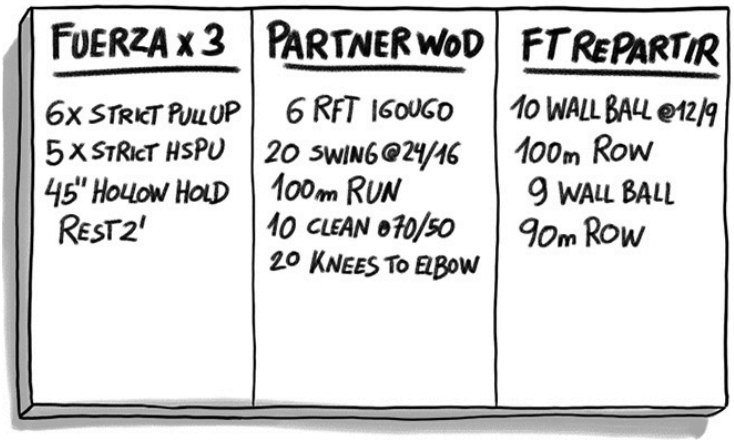
Si le preguntaran cuánto folla se echaría a llorar. El deporte ha sustituido al sexo. Como no tenemos polvos que contar, alardeamos del ejercicio que hacemos. Antes en WhatsApp era todo porno y decapitaciones de narcos. Ahora mis amigos solo mandan pantallazos de sus putos tiempos corriendo. Y como corren mucho mandan muchos pantallazos, con un listado infumable de kilómetros y el tiempo de cada uno de ellos. Y empiezan los comentarios, normalmente para chuparse las pollas, porque si hubiera hecho una miseria de tiempos no lo habría compartido en el grupo. Me despierto con 78 mensajes nuevos, todos de este palo:

Tiempazo!

Animal!!
Puto keniata…
Volando en el 8!
Ya te digo! Por debajo de 4!
Muy buen 10k!

Y muchos fuegos, que los fuegos solo se dan a las tías, parecéis maricones.

Entonces otro que no corre pero hace CrossFit se pone celoso y manda una foto de la pizarra de su clase, que parece el método Kumon, con otro comentario vomitivo tipo *dándole duro* o *siempre fuertes*.



El peor de todos es uno que juega al tenis y después de cada partido nos manda un mapa de calor de la pista, que ya es una broma de mal gusto. Me interesa más una colonoscopia de tu puta madre que el mapa ese.

Y luego está el que se prepara una maratón y te pide donaciones porque va a correr para concienciar sobre el trastorno del espectro autista. Venga, Rain Man, vete a cagar. ¡Tú lo que quieres es que te pague el viaje! Ahora todo se soluciona corriendo. Carrera contra el cáncer. Carrera contra la ELA. Carrera antisida. Carrera por la salud mental. Y yo me pregunto: ¿alguno se cura corriendo? ¿Dejas de ser

esquizofrénico? ¿Se te pasa el sida? Lo único que consiguen es cortarnos la Castellana todos los domingos.

Odio las carreras populares. Hace poco me liaron para correr una. Fue cosa del colegio. Era una carrera a favor de las víctimas de no sé qué pollas y nos animaban a los padres a correr con los niños. En el mail decían que además de popular era inclusiva, que todos podíamos participar porque eran solo 5k. Supuse que la k eran kilómetros, a pesar del «solo». ¿Cómo que «solo»? Yo no he corrido 5 kilómetros en mi puta vida. Quiero decir, que si sumas todas las carreras que me he dado a lo largo de mi vida, no suman 5 kilómetros. Pero mi hijo insistió, que le hacía mucha ilusión, que iban todos sus amigos, que iba a ser muy divertido. Total, que nos plantamos los dos en Colón a las 8 de la mañana. Que hay que ver las horas a las que organizan las carreritas de los cojones…

El colegio había fijado un punto de encuentro, pero ahí no había nadie, con lo cual mi mosqueo fue en aumento porque mi hijo me la había colado, éramos los únicos mongos de todo el cole que nos habíamos pegado el madrugón. Por fin apareció un amigo de su clase cuyo padre, cosas del destino, iba conmigo a la universidad.

—¿Qué tal, Íñigo? ¡Cuánto tiempo!

—¡Hombre! ¿Qué tal estás? —Ni puta idea de cómo se llamaba.

—Pues aquí, con Joselito Junior.

Jose. Ya me acuerdo. Menudo tolai.

—Hola, Joselito Junior.

No contestó. Y Jose Senior no le dijo nada porque me estaba estudiando de arriba abajo.

—¿Vas a correr así? —Tocó mi polo para comprobar el material—. ¿Te has puesto algo en los pezones?

Joselito Junior le rio la gracia. ¿Pero qué dice este mamarracho de mis pezones? Me fijé en su atuendo. Su camiseta anunciaba todo

tipo de tecnologías: Dry-Fit, Clima-Cool, Heat-Gear, Aero-Ready, Insect-Shield, Omni-Shade y Themo-Jigato. Llevaba unas zapas que no se habría puesto ni el makinero más chungo de los noventa. Pero lo que más llamó mi atención fueron unos calcetines fosforitos que le llegaban hasta la rodilla.

—¿Qué es eso que llevas puesto?

Se rio condescendiente, como si el que tuviera pinta de subnormal fuera yo.



—Son medias compresivas.

—¿Y por qué te comprimes las piernas?

Se volvió a reír.

—Son buenísimas para la circulación, te recuperas antes. —Y sin

que yo se lo pidiera, me empezó a contar su coñazo de vida—. Yo es que salgo a correr todos los días, ¿sabes? Desde hace mucho tiempo el running es mi vida.

Hombre, desde hace mucho tampoco, que en la universidad pasabas las mañanas de domingo desayunando en La Meka de la Baguette borracho como un piojo. No es que no corrieras, es que no te mantenías en pie, sinvergüenza.

—He estado en todos los *majors*. Me he corrido medio mundo: Boston, Londres, Berlín, Tokio.

—Pero ¿tú no veraneabas en Salamanca?

Soltó otra carcajada. Cada vez le hacía más gracia. A mí me estaban dando ganas de calzarle una hostia.

—Oye, ¿por qué no corremos juntos y nos tomamos algo después?

Me sonó a reto. Le faltó añadir «si te atreves». Y a mí un flipao con medias fluorescentes no me gana a nada. Que para correr tanto estás igual de gordo que en la universidad, cara-pan.

Joder, lo que corría el puto gordo. Casi vomito. No podía quedarme atrás. Y tenía que disimular el mareo. Qué difícil es correr y respirar bajito, sin que se note que te estás ahogando. No está mi hijo delante y me cojo el metro. Llegué a la cafetería al borde del colapso. El cuerpo me pedía a gritos una birra, pero eran las 10 de la mañana y ya tenía bien calado al bastardo de Jose. Dejé que pidiera él primero.

—Una tostada de aguacate con semillas de chía y un té matcha.

¡Lo sabía! Eres de esos que de niño se atiborraban a panteras rosas y bollycaos y que ahora no dejan comer chuches a sus hijos. De los que se tiraban toda la mañana del sábado viendo *Humor amarillo* y *Pressing Catch* y fundan la asociación No más pantallas. De los que dejan de fumar y se vuelven de la liga antitabaco. De los que se bebían una botella de vino al día en el confinamiento y miran

por encima del hombro a los que nos pedimos una birra porque ahora solo beben agua con gas con una rodajita de limón.

Al pobre Joselito Junior le pidió un yogur con muesli y frutos rojos y un refresco orgánico de manzana.

—Es que en casa miramos mucho lo que introducimos en nuestro cuerpo, que solo tenemos uno y hay que cuidarlo, ¿verdad, Junior?

Pero serás malnacido, si en la universidad te ponías ciego a Risketos, que es lo más radioactivo de toda la industria alimentaria. Y nunca te vi mirando la información nutricional de la bolsa para saber de qué está hecho el polvo ese naranja, que debe tener más grasas saturadas que Falete.

Mi hijo me observaba atentamente. Vio su oportunidad.

—Papá, ¿puedo pedirme unas tortitas?

Y yo la mía:

—Puedes pedirte lo que te salga de los huevos.

No seré el padre más saludable, ni el más rápido, pero sé cómo hacer feliz a mi hijo y tocarle los cojones a un capullo que paga 6 euros por un té y luego se compra la ropa en Decathlon. Que en tu camiseta también pone Kalenji, que me he fijado, pelagatos.

La cierto es que me dejó un poco tocado que el panoli de Jose me ganara en una carrera. En una pelea lo mataría, eso lo tengo claro. Pero es verdad que a mi edad se pierde fuerza. Me tengo que poner en forma. He decidido apuntarme al gimnasio. Mañana empiezo. He pillado una oferta cojonuda por 19,90 euros al mes. He tenido que pagar un año por adelantado, pero me da igual porque pienso ir todos los días. ¡Me voy a poner como un toro!

Quinta Parte

VEJEZ

24

CADA DÍA ME PAREZCO MÁS A MI PADRE

Ayer me quedé dormido en el cine. ¿Cómo he podido caer tan bajo? Me da igual que la peli fuera de dibujos. Me da igual que fuera infumable. Si corre un mínimo de vida por tus venas, ¡no te puedes quedar dormido en un cine! Me desperté con las risas de mis hijos. *Papá, ¡estás roncando!* Encima roncando. Qué puta vergüenza. Llegué a casa con un burruño en la coronilla. Como esos viejetes que, después de echarse la siesta en el sofá, salen a pasear con todo el pelo revuelto por detrás, con la zorra de su mujer cogida del brazo, que hay que ser zorra para no decirle *Fernando, péinate un poco, hombre*. Prefiere callar y sacarlo a la calle, para que todo el barrio vea el deshonroso declive de su marido, desconocedor de la vejación pública a la que es sometido cada tarde. Mi mujer por lo menos, al volver a casa, me preguntó, *pero ¿qué te ha pasado?*, como si volviera de una despedida de soltero. Me lanzó un salvavidas con esa pregunta. Me peiné y me lavé la cara. Recobré un mínimo de dignidad. Vi luz al final del túnel. La parienta, de momento, no quiere humillarme. Pero cada día me parezco más a mi padre, al que no recuerdo terminar una peli despierto. Y eso me aterra. Mucho más que la muerte. Adoro a mi padre. Pero me he reído tanto de él por viejuno que me tiembla el esfínter de pensar que ahora ese soy yo. Prefiero morirme pronto y ser recordado como James Dean, el Che Guevara o incluso Elvis, que aunque al final se puso fondón el tío seguía siendo un guaperas.

Yo no quiero gritar a la tele. Mi padre grita a la tele. Durante el

mandato de Zapatero no podíamos ver las noticias en casa. En cuanto aparecía ZP en la pantalla, mi padre empezaba a insultar al televisor, como si el de la ceja pudiera oírle, y era imposible escuchar a Matías Prats, no nos enterábamos de nada. Hace tiempo que no vivo con él, pero no me quiero ni imaginar lo que debe de salir ahora por su boca con Pedro Sánchez. Temblarán las paredes, los cimientos y el edificio entero. Y no es solo cuestión de política. La publicidad también despierta su ira. Recuerdo un anuncio de comida para perros, que arrancaba con un señor diciendo *hola, soy Fulano de Tal, criador de perros*. Y mi padre empezaba a gritar *tú lo que eres es un hijo de la gran puta, zurraspa, trozo de mierda...* Y otro de Planeta De Agostini que anunciaba una casa de muñecas por fascículos, y al final del anuncio decía el locutor *la casa de muñecas que siempre has soñado tener*. Y empezaba mi padre *¿pero tú te crees que yo soy maricón? ¡En mi vida he soñado con una casa de muñecas! ¡En mi vida! ¡Qué estupidez de anuncio!*

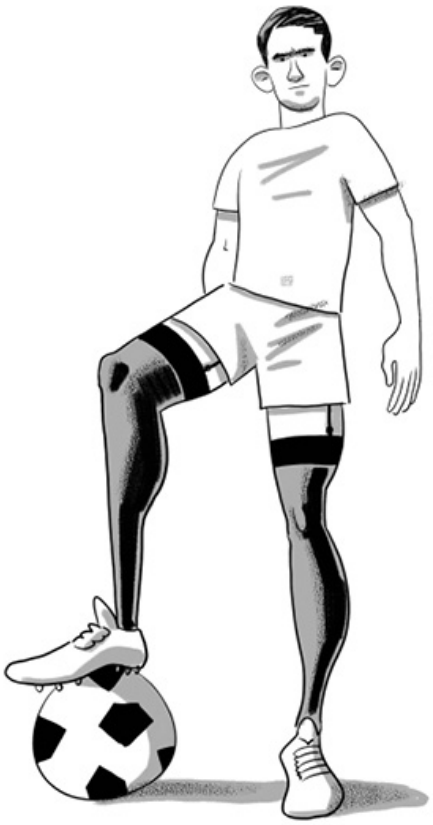
Últimamente mis pedos son interminables. Nada más levantarme, me tiro un minuto y medio expulsando gas, como si hubiera estado tragando aire toda la noche. A lo mejor es de roncar. Pero llevan acusándome muchos años de roncar y nunca me había tirado estos cuescos. Voy al cuarto de baño y no oigo el chorro del trompetazo que suelto, dura más que la meada, que ya es decir, porque me sale a trompicones. Los primeros días me asustaba, me plantee ir al médico. Pero mi hermano, que no es médico pero está casado con una y ya habla como ellos, me dijo que el cuerpo es como un coche. A los 400.000 km no funciona igual que a los 10.000. Tiene sentido. Porque tengo más abolladuras. Cada vez veo peor. Me pusieron gafas a los 15. Pero no las he llevado jamás. Me negaba a ser un gafotas. Y ahora me niego a ser un viejo gafotas. Prefiero ver borroso que preguntar *dónde están mis gafas* con ellas puestas.

Otra de mis averías es que me duele la rodilla cuando llueve. Si te duele algo por mal tiempo es que le has dado la vuelta al cuentakilómetros. Eso no es de viejo, es de la Edad Media. Me imagino al druida de la aldea diciendo *oscuros presagios rugen en mis huesos,* s*e avecinan tempestades*. Me he vuelto friolero con los años. Tengo tanto frío que se me ha pasado por la cabeza comprarme unas orejeras porque me duelen los oídos. Pero entonces visualizo a mi padre con esas bolas de algodón que se pone en las orejas, que es como se protege él los oídos, y no solo no me compro las orejeras, sino que me siento fatal por haber tenido pensamientos impuros. Pero me siguen doliendo los oídos y me voy a poner malo, joder, porque vivo helado. Y antes con tres couldinas se me pasaba cualquier enfermedad. Ahora me tiro 3 semanas moqueando por un catarro de nada. Empalmo el resfriado de enero con la alergia de marzo. Por fin entiendo por qué mi padre se empeñaba en ver El Tiempo después del telediario, que siempre me pareció un tostón. Para mi padre era el plato principal, el telediario era un mero trámite. Y encima se lo daba Minerva Piquero, que le volvía loco.

—Qué piel tiene esta mujer.

Yo no le veía nada a Minerva. Y menos en la piel. ¿Qué más da la puta piel? Claro que estoy hablando de hace casi 30 años. Yo tenía 16 y Minerva 31, me parecía una vieja. Y ahora que tiene 58 entraba ahí a jugar como un cerdo buscando trufas. Lo que es la vida. Es que con 40 se te abre el abanico, te valen desde los 18 años (cuestiones legales) hasta lo gorrino que quieras llegar a ser. Mi límite está en 60. Tirarte a una jubilada es muy hardcore. Pero a ver cómo evoluciona Minerva, que seguramente en 2 años cambie de opinión. Ya me ha dicho mi padre que esto va a peor, que cada vez estás más salido. Qué horror, a los 40 ya soy un viejo verde. Los

365 días del año, además. En verano porque enseñan las piernas y en invierno porque llevan medias. Mi tío Antonio decía que con medias le ponía hasta Pirri.



Yo consulto el tiempo en el móvil. Compulsivamente, como un imbécil. Y no sé por qué, porque no da una. El teléfono es uno de los objetos que más pone de manifiesto mi avanzada edad. Cada vez que se actualiza y me cambia la interfaz (¿se dice así?) me cabreo como una mona. Por viejo. ¿Llegará el día en que yo tampoco cuelgue al terminar una llamada? Mi padre no cuelga. No sabe para qué sirve ese botón rojo. Si no le coges el teléfono y le salta el buzón de voz, te deja un mensaje de 15 minutos. En los primeros 2 segundos dice *hijo, llámame*, y los 14 minutos y 58 segundos restantes son ruidos de bolsillo. O peor aún: ¡gritos a la tele!

No hay nada más senil que ser tecnopléjico. Las ventanas de

Windows me acojonan. Mira que son sencillas. Te ofrecen Aceptar o Cancelar. Pues yo siempre le doy a la X para cerrar la ventana sin mojarme, no vaya a ser que estalle el ordenador. Y ahora con la inteligencia artificial tengo el cagómetro disparado. ChatGPT es mi castigo por perder la paciencia con mi padre enseñándole WhatsApp.

Cada vez tardo más en salir de casa. No estoy al nivel de mi padre, pero pierdo el móvil todo el rato. No encuentro las llaves. No sé dónde he dejado la cartera. Y voy apagando luces por toda la casa. Mi padre necesita 4 horas para arreglarse. Al salir de la ducha, se extiende muy despacito, en cada centímetro de su arrugado pellejo, litros y litros de loción hidratante, como si se la estuviera poniendo a Minerva Piquero y no quisiera acabar nunca. Da igual la cantidad que se unte, su piel sigue siendo la de un lagarto. Su epidermis repele cualquier cosmético, como Homer Simpson el afeitado. Mi padre se afeita con brocha. Con una que debe de ser igual de antigua que él, porque dudo mucho que se sigan fabricando. ¿Quién coño se afeita con brocha? Se tira 3 minutos de reloj lavándose los dientes ¡y casi no le quedan! Pierde un cuarto de hora en ponerse un calcetín. Otra hora buscando el pastillero correcto, porque tiene más de uno. Uno enorme de colores para toda la semana, que como es fácil de localizar no lo usa, y otro muy chiquitito con la Virgen del Rocío que es el que le gusta, porque es imposible de ver sin gafas, y como yo no llevo y mi padre las pierde, tardamos una hora en encontrarlo. Todos y cada uno de sus movimientos son a cámara superlenta. Y cuando crees que ya lo has conseguido, cuando lo tienes en el descansillo con el abrigo puesto y vas a cerrar la puerta, se empieza a palpar todos los bolsillos, que no son pocos, y vuelve a entrar a por algo que se ha olvidado y que finalmente aparece en uno de los bolsillos. Ojalá pudiera manejarlo con un mando a distancia y darle hacia delante. Para acelerar un poco su salida de casa, que no es

nada, pero nada, comparada con la preparación de un viaje. Y no me refiero a dar la vuelta al mundo en 80 días, sino de un finde en Alpedrete. Si no le avisas con un mes de antelación, ¡no le da tiempo a hacer la maleta!

Pero lo peor de todo, lo que más me saca que quicio, es que lo discute todo. ¡Todo! Un día mi madre le dijo que le dolía la cabeza y él contestó *no te creas*.

¡No te creas!

Hay que ser tocapelotas. Pero eso a mí no me va a pasar nunca, porque mi mujer me arrea un tortazo que ríete tú del que se llevó puesto Ángel Nieto en *El gran juego de la oca*. Y como se me ocurra decir *te has pegao un pasote* me cae otro.

25

ME IMPORTA TODO UN CARAJO

En lo que sí me gustaría parecerme a mi padre es que se la trae floja lo que piensen los demás. Y cuando digo que se la pela, es que se la suda olímpicamente. No lo dice de boquilla. De hecho, no lo dice. Si dices que no te importa lo que piensen los demás es que te importa, por eso lo dices, para que los demás te elogien y digan *fíjate qué personalidad tiene Mengano, no le importa lo que piensen los demás*. Mentira. Te importa. A mí me dice mi madre *se te van a poner labios de negro con el saxofón* y dejo de tocarlo. O *no te pongas bizco que si te da un aire te quedas así* y dejo de hacerlo. Pero a mi padre se la refanfinfla todo. Recuerdo una vez que le quitaron un quiste de la primera falange del dedo corazón, junto a la uña. Y como no paraba de darse golpes en la herida, decidió cubrirla con una pelota de golf de prácticas, una de esas de plástico agujereadas. La recortó con unas tijeras y la llevó en la punta del dedo palabrota durante meses. Iba a todas partes con ella, a visitas de obra, a reuniones, a Moncloa, a Zarzuela, al Vaticano, a la Casa Blanca, al palacio de Buckingham.

Me parece un nivel de putoamismo inalcanzable. Es imposible que te la resbale todo de esa forma. Y más ahora con tanto hater. Aunque el hater con gracia debería cobrar, como los influencers. Lo mejor de la inmensa mayoría de publicaciones son los comentarios. Los influencers no existirían sin los haters. Son como el yin y el tonic. Hay gente que se merece ser hater profesional y vivir de ello. Como los creadores de memes, que también debería ser un trabajo

remunerado. Para mí son superhéroes. Tienen sentido del humor, viven permanentemente actualizados, dominan el diseño gráfico y son más rápidos que la luz. Hay memes que salen antes de fallar el penalti.

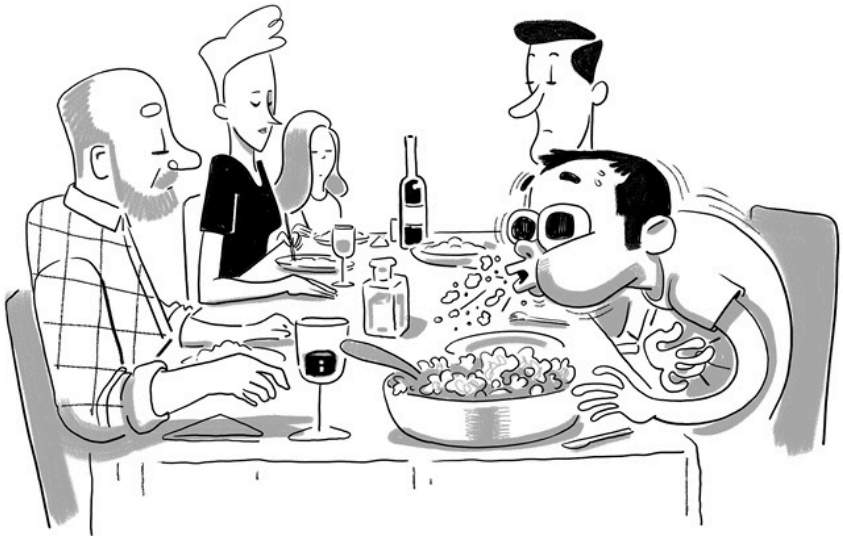
A mi padre, si supiera usar un smartphone, le darían igual los influencers, los haters y los memes. Podría ser Morata sin inmutarse. Es más, se descojonaría cuando le dijesen eso de *Morata, yo tampoco la meto*. ¡Si le trae sin cuidado hasta lo que piense el de arriba! Mi padre es que es del 32, no guarda buen recuerdo de los jesuitas, que en los años cuarenta, con la posguerra a estrenar, más que un colegio debía ser un pasaje del terror, con esos curas con sotana negra repartiendo soplamocos como si los niños fueran maquis. El pobre se tiró 9 años ahí metido hasta que consiguió que le expulsaran. Y nunca más volvió a misa. Ni hizo el menor esfuerzo por llevarnos a mi hermano y a mí. Por poco no nos bautiza. Fue mi madre la que se emperró en limpiarnos el pecado original. Y en que hiciéramos la primera comunión. *No van a ser mis hijos los raros del cole*. Pero ella tampoco nos llevó nunca a misa.

Un día fuimos los cuatro a un funeral. Mi padre es de esos que se sienta muy delante, en los primeros bancos, aunque apenas conozca a la familia. En cuanto entramos en la iglesia salió disparado a coger sitio. A mi madre le dio vergüenza y se quedó con nosotros más atrás, a pesar de las señas que nos hacía mi padre para que fuéramos con él, como si nos hubiera conseguido asientos gratis en *business*. Cuando llegó la consagración, quise levantarme para ir a comulgar. Pero no pude porque mi madre me agarró del brazo. Lo intenté de nuevo, sorprendido, pero me sujetó con más fuerza.

—¿Qué haces?

Mi madre me tenía cogido del brazo, pero no me contestaba, miraba hacia delante como si no pasara nada. Es lo que hace la

gente bien, hacer como que no pasa nada. Un día casi se nos ahoga un invitado en casa, que se atragantó cenando, porque si alguien se pone a toser, hay que seguir hablando como si no pasara nada, para no incomodar al que se está muriendo. Mi padre en cambio es de los que se levanta de la silla y te pega muy fuerte entre los omoplatos. O dejas de toser o te rompe la espalda.



—Mamá, quiero comulgar.

Mi madre, sin dejar de mirar hacia delante, negó casi imperceptiblemente con la cabeza.

Volví a intentar levantarme y me clavó las uñas.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué no puedo?

—Porque no —dijo muy bajito y sin mirarme.

Yo empezaba a cabrearme porque eso de comerme el cuerpo de Cristo me parecía la hostia y quería volver a probarlo.

—Pero ¿por qué no puedo comulgar?

—He dicho que no —supersuper bajito.

—Pero ¡explícame por qué!

Al vernos enfrascados, mi hermano, que estaba sentado al otro lado de mi madre, decidió intervenir. Se inclinó en el banco hacia

delante para entrar en mi campo visual y contestó a mi pregunta.

—Porque te matas a pajas.

Mi madre clavó las uñas de su mano libre en el brazo de mi hermano, pero siguió mirando al frente. Yo no entendía nada.

—¿Y qué? ¿Qué más da eso?

—Si te haces pajas, no puedes comulgar.

—Ya está bien. —Mi madre nos fusiló con la mirada y nos callamos. Pero a mí no se me pasó el cabreo. Seguía furioso cuando acabó el funeral. Y eso que tuvimos que esperar mucho tiempo a mi padre, porque todo el mundo le daba el pésame pensando que era familia del fallecido. Me chivé en cuanto salimos los cuatro de la iglesia.

—Papá, no me han dejado comulgar.

—¿Quién no te ha dejado comulgar?

—Mamá y Álvaro.

—¿Por qué no habéis dejado comulgar al niño?

—Porque se mata a pajas —dijo mi madre con firmeza.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Eso digo yo!

—Pues que no puedes estar todo el día zurrándote la sardina y luego comulgar alegremente sin confesarte ni nada.

Mi padre se paró en seco y dijo mucho más alto de lo que todos, en especial mi madre, esperábamos:

—Pero ¿tú te crees que a Dios le importa una mierda que este niño se haga pajas?

Mi madre retomó el paso como si no pasara nada. Habíamos andado unos metros, pero seguíamos muy cerca de la iglesia, rodeados de otros asistentes al funeral. Mi padre continuaba elevando la voz, cada vez más crecido.

—Claro, Dios no tiene otra cosa mejor que hacer que preocuparse por las pajas que se hace este niño.

Yo estaba henchido de orgullo. Sabía que mi padre se pondría de mi lado, pero no imaginaba semejante rapapolvo. Qué gustito da que un abusón cobre su merecido.

—¡Voy a olvidarme de las guerras —mi padre se vino tan arriba que Dios hablaba por su boca—, del hambre en el mundo, del terrorismo, de la pobreza, de los desastres naturales y de todas las desgracias e injusticias de este planeta porque en España hay un niño de 10 años que se hace pajas!

Así es mi padre. Le importa un carajo todo. Aunque debo confesaros que, desde hace unos años, va a misa todos los días.

Todos los putos días.

—Por si acaso, hijo, nunca se sabe.

Al final voy a tener razón. Es imposible que te la sople Todo.

26

NADA ES COMO ANTES

Echo de menos el teléfono fijo. Llamar a la pava que te mola y que te lo coja el padre. Era más tenso que cagar sin pestillo. Y la ilusión que te hacía que sonara el tuyo. ¿Quién será? ¿A quién llamará? ¡Qué emoción! Ahora suena el móvil y me cabreo. ¿Quién coño llama a estas horas? Si es un número desconocido no lo cojo. ¿Y si es importante? Sí, seguro que es Ester Expósito, que me quiere invitar a cenar esta noche. A mí solo me llama Vodafone para que me cambie de compañía. Y te siguen llamando, y llamando, y llamando. Vas bloqueando números y te llaman desde otros. Será por teleoperadoras. Tienen a toda Sudamérica trabajando para ellos.

—Quihubo, felis tarde, mi nombre es Jenifer Yosmery, gusto en saludarlo…

Mira, Jeni, en Ecuador será una feliz tarde, pero aquí son las 11 de la noche. Qué agobio. Como el que te manda un wasap y nada más leerlo recibes otro: *¿por qué no contestas?* ¡Me cago en el doble tic azul! ¡No sé cómo quitarlo!

Esto de vivir conectado las 24 horas es un infierno. Mi padre salía por la puerta y no había quien le localizara. Normalmente decía que iba a *realizar unas gestiones* o *hacer unos recados* y no daba más explicaciones. Un día empezó a hacer planes con un tal Jose María del Campo (mi padre era muy de campo). *He quedado a comer con Jose María del Campo*. *Tengo una reunión con Jose María del Campo*. *Me ha invitado Jose María del Campo a una montería*. Mi madre nunca había oído hablar de él. Nadie le conocía. No tenían

amigos en común. Nunca apareció por casa y jamás llamó por teléfono. Mi madre lo dejó pasar hasta que un día volvió tarde a casa y mi padre se mosqueó:

—¿Dónde has estado?

—En el cine.

—¿En el cine? ¿Un martes?

—Sí, con María Teresa.

—Nadie va al cine un martes a estas horas, no me cuentes cosas raras.

—Pues, mira, tan raro no será, porque ¿sabes a quién nos hemos encontrado?

—¿A quién?

—A Jose María del Campo.

Mi padre se echó a reír y nunca más volvimos a saber nada de Jose María del Campo.

Eran otros tiempos. Hoy es imposible inventarse amigos con los putos móviles y las redes sociales. Ahora nos inventamos vidas mucho mejores de las que tenemos. Las redes sociales solo sirven para difundir *fake news*. Y eso ya lo hacíamos de maravilla sin ellas. Tú contabas que habías visto en *Sorpresa ¡Sorpresa!* a un perro comiéndole el coño lleno de mermelada a una fan de Ricky Martin, con el bueno de Ricardo escondido en un armario, y aquello corría como la pólvora.

Otra tecnología que ha empeorado nuestra vida es el GPS. El GPS saca lo peor de mí. Si me equivoco en una salida y al recalcular el tiempo en ruta pierdo 2 minutos, me pongo a gritarle a Siri o como se llame la zorra esa como un jodido energúmeno. La muy puta me trata como si fuera un explorador. *Diríjase al noroeste*. ¡Si supiera dónde está el noroeste no necesitaría un GPS! Pero soy un yonqui, lo uso hasta caminando. Voy por la calle mirando más la que aparece

en la pantalla que la real por la que voy andando. Es de locos. El móvil nos aísla, ya no cruzas palabra con un desconocido. Y cada día somos más desconfiados. Si alguien me pregunta por una dirección le rocío espray de pimienta en la cara para que no me atraque. Con lo que molaba antes perderse y preguntarle al primer paisano que te encontraras:

—¿La Hospedería El Molino? Pfff, por aquí vais fatal. Tienes que dar la vuelta y meterte la segunda a la izquierda, luego la primera a la derecha, tiras tó tieso hasta llegar a un bar que se llama Casa Pepe, que es de mi cuñado y se come muy bien. Pasas el bar y sigues, sigues, sigues, tú sigue. Vas a ver un camino de tierra que sale a mano derecha. Ese no me le cojáis, que os perdéis. Tiráis p'alante. Y cuando os encontréis un alcornoque muerto, que le cayó un rayo…

Yo a la primera a la derecha ya había desconectado. De hecho, arrancaba antes de que terminara las indicaciones, y el lugareño seguía hablando mientras caminaba junto al coche los primeros metros hasta que cogías velocidad y el pobre acababa corriendo y pegando gritos. O directamente le subía la ventanilla, que alguno quería pasar la tarde de charleta. *¿Y cómo habéis dado con este sitio? ¿De dónde sois?* No hacía falta GPS, siempre acababas llegando. Esas cosas curtían. Mi sobrina de 16 años nos hizo de canguro hace poco. Al volver de la cena le pedí un Cabi a su casa. Vive al lado del Bernabéu, pero resulta que hay una calle con el mismo nombre en Coslada. Y como volví un poco trompeta, la puse rumbo a Coslada sin darme cuenta. La pobre se pensó que la estaban secuestrando y llamó a su madre llorando, que a su vez me llamó llorando a mí para preguntarme por qué enviaba a su hija a una muerte segura. Si se hubiera criado en los ochenta, mi sobrina le habría hecho un mataleón al conductor, lo habría tirado en una

cuneta y se habría ido de fiesta con el Cabi. Ahora aprenden jiu-jitsu, ninjutsu, tontutsu y chorradotsu, pero no les sirve de nada porque las extraescolares nos han vuelto majaras a todos, a padres e hijos. Antes ni siquiera existía esa palabra. Hoy queremos que el niño toque el oboe, hable chino cantonés, juegue al curling, haga capoeira y aprenda cocina libanesa para ir a *MasterChef Junior*. Y esa manía de tener que mirarlos todo el rato. Mis hijos me piden que los vea entrenar. Y lo peor de todo es que lo hago. Me quedo ahí tragándome su entrenamiento, que es soporífero. Mi padre nunca vino a ninguno de mis partidos, y mucho menos a los entrenamientos. Jamás me importó. Ningún niño español esperaba que su padre fuera a verle. Eso no pasaba en el fútbol. Ni en España. Para que te sentara mal que tu padre no viniera a verte tenías que jugar al béisbol en Milwaukee. Esos niños mimados resentidos de las películas americanas no existían en España hace 40 años.

Ahora el fútbol también es una extraescolar. En mi época ningún padre pagaba dinero para que su hijo jugara al fútbol. Volvías del cole, te hacían un bocadillo de chorizo de Pamplona, más naranja que los Risketos, y te bajabas a jugar al fútbol con tus amigos del barrio. Y yo no me crie en un suburbio. Vivía en Puerta de Hierro. Pero tenía barrio. Los pijos tenemos de todo, hasta barrio. Cogías el Mikasa y a la puta calle, a montar una portería con dos jerséis. Ahora la única pelota que pueden llevar al cole es de goma espuma. Para que no se hagan daño. Eso no es un balón, ¡es una esponja! Si es que hay que hacerse daño en la vida, joder. A lo mejor no hace falta una conmoción cerebral de un Mikasa, pero hay que llevarse algún golpe de vez en cuando para aprender a levantarse. Si lo dice hasta Rocky: *no se trata de lo fuerte que golpeas, sino de lo fuerte que eres cuando te golpean*. Cada vez somos más blanditos. Y la

culpa es de los padres, que las visten como ¡puf! ¿Qué ha sido eso? La culpa es de los padres, que hemos perdido el norte.

Antes, si dabas la tabarra, te metían un azote. Ahora les ponemos dibujos en el teléfono para que se callen. No podías hablar a no ser que te preguntaran. Ahora los niños no paran de interrumpir a los mayores, como si lo que tuvieran que decir ellos fuera más interesante. Incluso hay algún descerebrado que manda callar a los adultos para que hable el niño. *Callad, callad, que va a decir algo Miguelito.* Y Miguelito, como es lógico, suelta una sandez sin sentido porque tiene 4 años, pero es vitoreado como si hubiera cortado las dos orejas y el rabo. Lo sacan a hombros del salón por contar en inglés del 1 al 10.

En las fiestas de cumpleaños te traían un payaso a casa y tu madre hacía sándwiches de nocilla. Ahora hay más animadoras que en la Superbowl y la merienda la diseña un chef 3 estrellas Michelin, con un menú especial sin gluten, otro para intolerantes a la lactosa y otro sin frutos secos. Antes no había celiacos ni intolerantes a nada. Si te dolía la tripa era porque te habías puesto como la Moñoño, y tu madre te decía que te estaba bien empleado por glotón. ¿Y qué me dices de los regalos? A lo máximo que aspirabas era a una BH California. Ahora si los Reyes no te traen la PS5 eres un pringao.

Antes el episodio de *Campeones* del viernes acababa con Oliver a punto de chutar y hasta el lunes no sabías si la metía o la paraba Benji. Ahora les apagas la tele antes de que acabe *La Patrulla Canina* y se retuercen en el suelo como si les hubieras acuchillado las tripas.

Antes se llevaban medalla los tres primeros. Ahora se van todos a casa con una colgada del cuello para que no se ponga triste el bicho bola que ha llegado último. Deja de zampar dónuts y haz deporte, gordinflón.

Antes el Ratoncito Pérez te dejaba 100 pesetas. Ahora te pone 10

euros por diente y 20 por muela. Si echas cuentas te sale a 280 euros cada boquita.

Antes te abrías la cabeza con un bordillo y tu madre te echaba Reflex. Ahora si el niño tiene unas décimas se llama «febrícula» y te lo llevas a urgencias a que le hagan un TAC porque tose, no vaya a ser neumonía, que le puede dar una embolia.

Antes había notas, del 0 al 10. Tus padres sabían si era insuficiente o muy deficiente. Ahora «el alumno está empezando a desarrollar competencias». Y si decías en casa que el profe te tenía manía te caía un pescozón por si las moscas, porque alguna habías liado si decías eso. Ahora denunciamos al profesor y fundamos la AVMEPMPSC (Asociación de Víctimas del Maltrato Escolar Perpetuado por Monstruosos Profesores Sin Corazón).

Antes, si decías que eras un gato, tu padre te cascaba una colleja que no volvías a maullar en tu puta vida. Ahora eres una persona xenogénero y te ponen un arenero para que cagues. Y hablando de areneros, se nos ha ido la pinza con los parques. Antes tenían tobogán, columpio y balancín. Ahora te montan una estación espacial. Si no hay cohetes y base lunar el niño no quiere ir. *Pues vámonos a Torrejón, que han abierto uno con la tirolina más larga de Europa y es gratis*. ¿Gratis? ¡Si está a 45 km! Entre la gasolina y los peajes me sale más barato irme a IFEMA. Me paso el día sacando entradas para exposiciones: Lego, Pixar, Superthings, globos... ¡Globos! ¡Un día me dejé 34 pavos en ver globos!

Qué obsesión con que no se aburran. Deja al niño jugar un rato solo, que no se va a morir. No habré echado yo horas en casa jugando con los G.I. JOE. O con los Caballeros del Zodiaco, que la armadura no aguantaba puesta entera ni 5 segundos. O con los Clicks, que no se llamaban Playmobil. Se llamaban Clicks. O con la Supernintendo. Y la Megadrive. No seamos hipócritas, que nosotros

también nos viciábamos. Pero si queríamos jugar con amigos tenían que venir a tu casa. O ir tú a las suyas. Y al que no le dejaban porque tenía deberes se jodía y no jugaba. Y cuando volvías a verle le decías que se había perdido la mejor tarde de su vida. Para putearle. Eso es lo que humanizaba cualquier plan, videojuegos incluidos. Había que estar. Nada de internet, ni headphones, ni pollas en vinagre. *La tecnología es maravillosa porque te permite jugar con alguien que está en Tailandia*. ¡Pero a mí qué coño me importa un puto tailandés! Lo maravilloso es tener al lado a un colega igual de zoquete que tú y poder zurrarle 18 calmantes si te gana al Mario Kart. Un amigo de carne y hueso, como Jose María del Campo.

27

VIEJO CASCARRABIAS

Últimamente vivo de mala hostia. Desde que me levanto. No soporto el ruido por las mañanas. Esa gente que remueve el café a mala leche, golpeando la taza con la cucharilla como si fuera una campana. Los que estornudan haciendo mucho ruido o no paran de toser. Quédate en tu casa si estás enfermo, no salgas a la calle a pegármelo. Y los que se empeñan en darte conversación. No me hables tan temprano, joder. Me la sopla que vaya a llover.

Llevo a los niños al cole y siempre hay algún papanatas que, en vez de aparcar, para el coche en mitad de la calle, que es de un solo carril, y al resto de padres que nos den, tenemos que esperar a que sus putos hijos se bajen del coche, que tardan una hora porque son retrasados y se olvidan la mitad de las cosas dentro, la otra mitad se les cae al suelo y para rematar la jugada se dejan la puerta abierta. Y cuando crees que ya va a arrancar, baja la ventanilla y se pone a hablar con otro padre que va andando. Tengo prisa, estúpido, que te crees que tu tiempo vale más que el mío, pero no te puedo pitar porque entonces el cretino soy yo. Tengo una reunión a las afueras y me como un atascazo de flipar. Los 4 carriles parados. Miro el móvil. Wasap de mi mujer: *compra leche*. Ni por favor ni nada. Se reanuda la marcha y descubro que el accidente estaba al otro lado de la mediana, en el sentido contrario. En el nuestro no pasa nada, pero la gente se para a mirar, como si estuvieran en un safari, deseando ver algún muerto, morbosos de mierda.

En la salida que tengo que coger también hay caravana, por culpa

de los listos que se cuelan en los últimos metros, que sois todos muy listos. Para aparcar me tiro dando vueltas un buen rato, hasta que por fin veo a un calvoroto que se está subiendo al coche. *Perdona, ¿te vas? Sí, ya salgo*. Pero se cree que en vez de un coche tiene un avión y antes de arrancar comprueba el fuselaje, verifica la cabina, pone los flaps en posición de despegue, arma rampas, pide permiso a torre... Sal ya de una vez, puto calvo, que llego tarde.

Se me van otros 10 minutos en el vestíbulo de la empresa esta porque parece que vengo a atracar un banco. Tengo que dar mi DNI, el nombre de mi agencia, a quién vengo a ver, como si aquello fuera la CIA. Por fin me dan la tarjeta de acceso, paso el control y el avioneto con el que me reúno me saluda con la mano blanda, que es como estrechar una polla. Empezamos mal. Acaba de volver de la baja de paternidad. No me entero de la edad de su hijo porque me la dice en semanas. Lleva calcetines ejecutivos, que no son calcetines, sino medias de pava, pedazo de hortera, y me habla más en inglés que en español: *call, kick-off, briefing, branding, top of mind, target, approach, asap*... Asap te voy a soltar yo una *cookie*, anormal. Cojo de nuevo el coche para volver a mi oficina. Apuro un poco al meterme en la salida porque voy con prisa y el amargado de atrás me pita. Anda y que te follen. Se me ponen todos los semáforos en rojo, parece que lo hacen aposta. Un chaval empieza a cruzar el paso de cebra sin prisa alguna cuando el muñeco verde llevaba ya un rato parpadeando. ¿Qué haces cruzando a esa velocidad a tu edad y a estas horas, puto nini? A medio camino se le pone en rojo, obvio, y en vez de darse una carrerita, que puede porque es joven, continúa andando despacio, con el semáforo ya en verde para los coches, y me mira desafiante, como diciendo *te jodes, no puedes atropellarme*. Te atropellaría y luego daría marcha atrás para pasarte por encima varias veces, soplapollas.

Llego a la oficina. Pregunto a los demás cómo están, por educación, no porque me interese. Es una expresión, una forma de hablar, como el que dice hola. No hace falta que contestes, me la bufa cómo estés, no quiero saberlo.

—Pues aquí, de lunes.

Pero ¿qué dices, piojoso? ¿Qué es estar de lunes? ¿Mañana estarás de martes? ¿Y pasado de miércoles? Cuánto tonto suelto. Abro el ordenador. Tengo un mail de un cliente que suele usar mayúsculas para gritarme por escrito. Te ahorcaría en la plaza Mayor y llevaría a mis hijos a verlo. Tardo 20 minutos en contestarle porque no puedo cagarme en su sangre, su alma y su puta sombra, que es lo que me pide el cuerpo. Te ponía a trabajar un año en una agencia, para que aprendas a tratar a los demás, escoria, que seguro que hablas mal a los camareros.

Tenemos reunión de *status*. Me tiro un buen rato esperando a que todos estos lameculos terminen de cacarear lo ocupados que están. No les da la vida, están desbordados, hasta arriba, con el agua al cuello, pero no parece que ninguno tenga prisa por empezar. Ni por terminar. Acaba la reunión y se quedan ahí sentados, soltando una memez tras otra. Rompo yo el hielo. Me bajo al súper a por algo de comer, que no me he traído nada. Está como el metro. Pillo una triste lasaña de microondas y me pongo a la cola. Hay uno que ha dejado el carro y se ha ido a coger más cosas. ¿Por qué te pones a la cola si aún no has terminado? Abren una nueva caja. La cajera dice alto y claro: *Pueden pasar en orden*. Pero una vieja que no estaba en ninguna cola se hace la sorda y se cuela. *Perdone, señora. ¿Señora?* Se sigue haciendo la loca y pone rápidamente sus cosas en la cinta. ¿Pero qué prisa tienes, puta momia, si no tienes absolutamente nada que hacer? Paso de montar un número. Me vuelvo refunfuñando a la cola en la que estaba, pero la señora que

tenía detrás se ha pegado mucho al de delante y mira hacia otro lado para no verme. Sabe que estaba yo primero y que solo llevo una triste lasaña, pero no me deja pasar. El que se fue a Sevilla perdió su silla. Zorra inmunda. Detrás de la vieja ya se ha puesto otro, un tipejo rechoncho. Me quedo donde estoy. La cajera va maquillada como una puerta, debe de ser de las que salen de marcha con postizos, relleno, faja y taconazos, pero le sorprende que el pavo salga despavorido después de follar. *Los tíos son unos cerdos*. Y tú una tramposa, que tienes más trucos que una película de chinos. La señora se pone a hablar con ella, retrasando todo el proceso. En la conversación saltan los dijistesss, comprastesss, vinistesss…Asco de gente. Hablan de descambiar algo. ¿Cómo que descambiar? Esa palabra no existe. *Pues está en el diccionario*. Como si está en el puto *Romancero gitano*, debería estar penada con cárcel, como «almóndiga», «murciégalo» y «toballa». Echo un vistazo a la otra caja. El tipejo rechoncho ya ha terminado. Me debería haber puesto en esa cola. Aquí me queda un rato. La zorra inmunda ha decidido pagar en metálico. Le faltan 49 céntimos. Se vacía el monedero en la mano. Todo calderilla costrosa, menos una moneda de 50, que la estoy viendo yo entre la morralla, pero prefiere jugar al precio justo para tocarme un rato más los cojones. Empieza a contar moneditas de cobre. *Espera, que tengo aquí dos de 1*. Cuando se las va a dar a la cajera se le escurren unas cuantas entre la compra, que sigue ahí porque aún no ha empezado a meterla en las bolsas. Las monedas son tan diminutas que la cajera no puede cogerlas, tarda en separarlas de la bandeja, a pesar de las uñas de choni que me lleva. Las cuenta de nuevo. Miro el móvil. Wasap de mi mujer: *no te olvides la leche*. Me cago en su puta madre, ya no me da tiempo. Pero sí, sí me daba tiempo, porque falta la traca final.

—¿Llevas la tarjeta Carrefour?

—Ay, sí, cariño, espera.

Sois unas furcias. Las dos. La señora se pone a buscarla, pero es una tarjeta-llavero de esas, más pequeña que una SIM. Podría llevarla en el monedero, pero prefiere perderla por el bolso para jodernos la vida al resto unos minutitos más.

La oficina apesta cuando vuelvo. Mis peores sospechas se confirman al entrar en la cocina. El que está de lunes ha metido un pescao en el microondas. Cualquier cosa que calientes ahora ahí dentro sabe a moco vaginal, malnacido, incluida mi lasaña, que hay que ser malnacido para traerse un táper de bacalao a la oficina y dejarnos al resto sin comer. Guardo la lasaña en la nevera y me voy a cagar. Es la peor hora, pero no me aguanto. La letrina huele a muerto. Hay un derrape en la taza. En esta oficina no usa la escobilla ni Dios. Y el asiento está caliente, qué día llevo. Mientras cago no paran de intentar abrir la puerta. ¿No ves que está cerrada, imbécil? ¡No puede uno ni cagar tranquilo!

Me paso la tarde en una videoconferencia absurda que podría haberse resuelto en una llamada de teléfono normal y corriente, sin cámaras y sin toda esta panda de desgraciados, que como yo no aportamos nada, pero mi jefe me ha pedido que me conecte y aquí estoy, hecho un chupatintas y sin abrir la boca. Mi jefe es un capullo. No sé cuántas veces me ha dicho: *Cómo se nota que no has hecho la mili*. Cómo se nota que tú sí la has hecho, casposo, que apestas a naftalina. Y en Navidad siempre me manda un christmas de sus hijas en la playa. Mándame un jodido muñeco de nieve, pintamonas, que ya sabemos todos que veraneas en Sotogrande.

Miro el móvil. Wasap de mis colegas. No pueden quedar el jueves. Vaya mojón de excusas. Panda de calzonazos, si eran solo unas birras. Hay uno que ya no bebe y dice que se lo pasa igual de bien.

Falso, que eres un falso. Nunca me he fiado de los que no beben. Decido irme al gimnasio, a soltar veneno, que estoy muy quemado, pero es peor el remedio que la enfermedad, porque me hierve la sangre con las gordas que van a 2 por hora en la cinta de correr. A esa velocidad no sirve de nada, fétida, lo que tienes que hacer es coserte la boca. Ni con las que se ponen la cinta cuesta arriba, pero se agarran a la máquina, entonces no haces esfuerzo alguno, zampabollos. No puedo con los pavos en leggings, con los que se follan a sí mismos en el espejo con las mancuernas y luego no las dejan en su sitio, con los que gritan del esfuerzo para que los mires, con los que no ponen toalla en el banco y dejan ahí el sudor. Me largo de aquí, no puedo más. Debería pedir que me prohíban la entrada, como los ludópatas en los casinos. Y tampoco deberían dejarme conducir. Quemaría con un lanzallamas a la peña que no pone el intermitente, que pega frenazos en ámbar, que conduce pisando huevos, mirando todo como catetos. Vete de paseo al Pardo, dominguero. Se enciende la luz de reserva. Que eche mi mujer mañana, que se lleva ella el coche. Pero odio que me haga eso. Y además tengo que comprar la puta leche. Me cago en mi puta vida, siempre me toca echar gasolina a mí. El único surtidor libre es para coches con el depósito en el lado derecho, y yo lo tengo en el izquierdo, pero me da igual, solo quiero llegar a mi casa. Empiezo a tirar de la manguera, la paso por encima del maletero, la meto en la boca de llenado, pero no sale nada. El surtidor es de prepago. Le hago gestos al lumbreras de la ventanilla para que me lo abra, pero no me ve, está atendiendo a otros. Vuelvo a colgar la manguera y paso por caja. Todo Dios pidiendo factura. *Espera, que no me acuerdo del CIF*. Y el lumbreras tiene una mano chunga, tarda una eternidad en hacerlo todo. Me llega el turno. *¿Cuánto ponemos?* Pues no lo sé, puto tullido, porque quería llenarlo, pero no sé

cuántos litros entran en mi puto depósito. Ni soy capaz de multiplicarlos por 1,829 euros. Me entra el ataque de racanería. *Ponme 40*. Me llevo la mano al bolsillo. Me he dejado la cartera en el coche. Estoy a punto de perder los papeles. Cuando vuelvo voy directamente al mostrador. El que está en la cola pone cara de culo. No me mires así que me has visto salir hace 30 segundos, saco de mierda. Por fin me cobran. *¿Tiene Waylet?* ¡¡No!! ¡¡No!! ¡¡No tengo Waylet!! ¡¡Deja de preguntármelo cada vez que vengo!! ¡¡No tengo Waylet y nunca en mi vida lo tendré, hijo de zorra!! Cuando voy a salir de la tienda, llego a la puerta a la vez que un macarra. No me deja salir. Le dejo yo entrar. No me da las gracias. Grito *de nada* al salir, pero sin mirarle y dirigiéndome al coche, que va rapado y en chándal y me da mal rollo. Me subo al coche porque se me ha quedado mirando y solo me faltaba irme calentito a casa. Arranco y se vuelve a encender la luz de reserva. Me cago en Dios, que era de prepago. Apago el motor, salgo del coche y estiro otra vez la manguera al máximo. El macarra ya está pagando. No me quita ojo. Me quiero ir de aquí. Pero cuando el surtidor llega a 39,90 € se para. ¿Qué coño pasa ahora? 39,91 €. Me estás vacilando. 39,92 €. El macarra sale de la tienda. 39,93 €. Viene directo hacia a mí. 39,94 €. Es el del surtidor de al lado. 39,95 €. También es mala suerte. 39,96 €. Se sube al coche. 39,97 €. Un Seat León, claro. 39,98 €. Arranca el motor. 39,99 €. ¡Vete ya y déjame en paz! 40,00 €. Pero no se va. Se queda mirándome desde el coche. Me subo al mío. Espero a que salga él primero. Pero no arranca. Se ríe y menea la cabeza, perdonándome la vida. Pues si no sales tú, salgo yo. En cuanto muevo el coche me cierra el paso. Pego un frenazo, por poco le doy. Sale derrapando de la gasolinera y me saca el dedito. Empiezo a gritar.

OJALÁ TE MATES CON TODA TU PUTA FAMILIA DENTRO GITANO ASQUEROSO

O TE QUEDES EN UNA SILLA DE RUEDAS BABEANDO Y CAGÁNDOTE ENCIMA TODA TU SUCIA VIDA, RATA INFECTA, QUE TE MATO, TE MATO A HOSTIAS, MARICÓN, TE CORTO EL DEDO Y LA MANO, SABANDIJA, TE ARRANCO LA PUTA CABEZA Y ME CAGO EN TU PUTA CALAVERA, COMEMIERDA, TE CORTO TUS PUTOS HUEVOS DE SARASA, PERRA SARNOSA, HIJO DE MIL PUTAS.



Los que están echando gasolina me observan perplejos. ¿Qué miráis, comepollas? He dejado el parabrisas lleno de perdigones. Los limpio con la manga y salgo de ahí. Por fin llego a casa. Mi mujer está de morros.

—¿Has traído la leche?

Hostia puta, la leche.

—Se me ha olvidado.

—Joder, es desesperante lo tuyo. Es lo único que te he pedido que hagas. Y te lo he recordado por WhatsApp porque sabía que te ibas a olvidar. Es que lo sabía. Pues nada, que desayunen agua los niños.

Si sabías que me iba a olvidar haberla comprado tú, puta loca. Pero no digo nada. Me voy en silencio a la cocina a por algo de cenar, que no he comido, y cuando entro le pego una patada a esa puta trona en la que se niega a comer el cabrón de mi hijo, que

tampoco me va a dejar dormir esta noche. Y me echo a llorar porque en ese momento nada, absolutamente nada, ni un refugiado de guerra, ni un niño somalí malnutrido, ni un enfermo terminal de cáncer, me dan más pena que yo.



28

ESTÁS MEJOR QUE NUNCA

Venga, no me seas Doña Angustias, que tampoco es para tanto. A los 40 estás en la flor de la vida, mucho mejor que hace 20 años. Yo a los 20 era un cabra loca: no hacía deporte, me lo fumaba todo, no tenía responsabilidad alguna, toda mi vida giraba en torno a salir. Ahora trabajo, me obligo a ir al gimnasio, me fumo un piti de vez en cuando, a escondidas, para que mi mujer no me regañe, y casi no salgo.

Joder, qué drama de frase.

Nada, no he dicho nada.

Empiezo de nuevo.

28

ESTÁS MEJOR QUE ~~NUNCA~~
DENTRO DE 20 AÑOS

Mataríamos por volver a tener 20 años, ¿a quién queremos engañar? Pero en un abrir y cerrar de ojos cumplirás 60 y darás un brazo por tener 40. Pues bien, ahora los tienes. ¡Y conservas los dos brazos! Aprovéchalo. Que estás aquí de regalo. Cuando fuiste concebido, en la corrida de tu padre iban otros 250 millones de espermatozoides. La probabilidad de que llegaras tú al óvulo era 1 entre 400 cuatrillones (1 en 4×10^{140}). ¡Es más probable ganar la lotería 1 millón de veces seguidas que nacer! No vayas por la vida resoplando, que es un jodido milagro que estés aquí.

Hace años mi hermano lo perdió todo: se arruinó y se divorció a la vez. En mi familia todo el mundo se divorcia. Mi tía Lupe, mi tío Antonio, mi padre de mi madre, mi madre del cubano, mi hermano de una alemana… que a quién se le ocurre casarse con una alemana, pero bueno, esa es otra historia. Mi hermano perdió hasta la camisa y la alemana puso pies en polvorosa. Se quedó con una mano delante y otra detrás. Nunca le he visto tan hundido. Estaba ido, como un boxeador a punto de besar la lona. ¿Sabes qué le dijo nuestro padre?

—Oye, tampoco te pongas así, que arruinarse y que te dejen es un clásico.

Casi me meo encima de la risa. Padre tenía razón, su tragedia no era muy original, les ha pasado a miles de hombres. Pero a mi bro

no le hizo ni puta gracia el comentario. Eso es lo peor de cualquier desgracia, que te quita el sentido del humor. Y mi hermano tiene mucho. Su ex no. La alemana era una amargada. Yo también lo sería si viviera a –8 °C, comiendo chucrut, sin saltarme una puta norma y con todo el mundo a mi alrededor gritándome, que hay que ver cómo se hablan, que te cuentan un chiste y parece que te está interrogando la Gestapo, qué asco de idioma. Pero estar malhumorado en España es de juzgado de guardia. No tiene perdón de Dios con el tiempo, la comida y las terracitas que tenemos. Que nos gusta más un tardeo que la siesta. Pero el más mínimo tropiezo nos hace caer en el pozo. Entras en el lado oscuro. Sin sentido del humor te quedas ciego. No tienes perspectiva. Te limpia un rumano el parabrisas y te pones a vomitar bilis en el salpicadero. Perdemos el norte. Hacemos un drama de cualquier tontería, como la crisis de los 40, que de crisis no tiene nada, es la parida de los 40. Con un hijo ingresado nadie se queja por ninguna de las chuminadas aquí escritas, que no caben más soplapolleces juntas.

La risa es el mejor antidepresivo que hay. Ríete más. De todo. Pero especialmente de ti. De tenerla pequeña o de arruinarte y que te dejen, como se ríe ahora mi hermano con la médico. La risa es la hostia. Uno se empieza a reír y se le pasa todo. Es imposible estar triste o enfadado si te ríes. Y además es contagiosa. No necesitas ser gracioso. Solo con reírte puedes pegárselo a los demás. Si en una discusión haces reír al otro se acabó. Ganas por KO. Haz reír a tu mujer. Ya verás como terminas follando. Pero hazla reír primero, no pretendas meterla con el ceño fruncido. Partido a partido. Entra en el baño cuando se esté duchando, con un sujetador puesto en las orejas, como un gorro de waterpolo, y te metes con ella en la bañera como si fueras Manel Estiarte, verás el guantazo que te suelta. Pero cuando salgas calentito del cuarto de baño le va a

entrar tal ataque de risa que le durará todo el día. Estará en la oficina y se reirá ella sola delante del ordenador recordándolo, pensando en ti, como una quinceañera enamorada. Qué bonito, joder. Y cuando folléis, volved a reíros de la chapuza de polvo que habéis echado, que llevabais tanto tiempo sin hacerlo que se le había reproducido el himen. Pero reíros, que no hay mayor placer que reírse follando. El segundo polvo será menos bochornoso. El tercero, digno. Y al cuarto estáis como leones. Cuando cojas confianza un día le haces esa marranada con la que tantas pajas te has hecho. Pero no se la digas: házsela. Los problemas se solucionan dando tú el primer paso.

—¿Por qué no le das un beso de buenos días a tu mujer?

—Porque ella no me lo da a mí.

¿En serio? ¿Qué tenemos, 7 años? Dáselo tú, coño, no me seas cascarrabias. Verás como al poco tiempo es ella la que te hace una carantoña. Y si no te la hace que le den por culo, divórciate, que no es el fin del mundo. No prolongues la agonía. Deja de sufrir y de hacer sufrir a los demás, tus hijos preferirán que os separéis a seguir en plena guerra fría. Ríete también con ellos. Vuelve a ser niño. En breve se avergonzarán de ti. Pasarás de superhéroe a pesado. No querrán jugar contigo. No te contarán sus cosas. No se meterán en tu cama. Y echarás de menos los baños, los cuentos, las bazofias que dibujan y hasta los juguetes tirados por el suelo.

Con el trabajo nos pasa lo mismo que con la parienta. En vez de mover ficha, te quedas esperando a que te echen, te prejubilen o a que suene el teléfono para ofrecerte el empleo de tus sueños. ¡Coge tú las riendas! Clemente y Álvaro Cebrián, los fundadores de El Ganso, les pidieron un año a sus mujeres. *Si no sale volvemos a nuestros trabajos*. Vivieron del salario de sus parientas durante la excedencia y acabaron facturando 70 melones al año. Clemente y

Álvaro no son Elon Musk y Jeff Bezos. Son tíos normales, como tú y como yo. Simplemente se atrevieron a montar una tienda de ropa. El «no» ya lo tenían. Esto es como ligar, si no lo intentas no te comes un colín. Te quedan 20 años de vida laboral. Si no te mola lo que haces, pon en marcha otra cosa. Abandona esa mentalidad de virgencita, virgencita, que me quede como estoy. No me seas funcionario. Lánzate a la piscina. Lo peor que te puede pasar es que sigas en tu porquería de curro. Y si eso ocurriera, sería solo el 10 % de tu vida. Puedes triunfar en el 90 % restante. Que la vida no va de trabajar. Todos los cuarentones tenemos sueños por cumplir. Algunos ya han caducado, como pasear por *Farmacia de Guardia* o que te viole Xuxa. Pero la mayoría son realizables. Mírame a mí. Si yo he sido capaz de que Penguin me publique esta aberración, tú puedes conseguir lo que te salga del rabo. Arranca eso que tienes pendiente. Da igual la edad que tengas, siempre desearás haber empezado antes. Pues ahora es lo más temprano que puedes empezar. ¡Nunca vas a ser más joven que hoy!

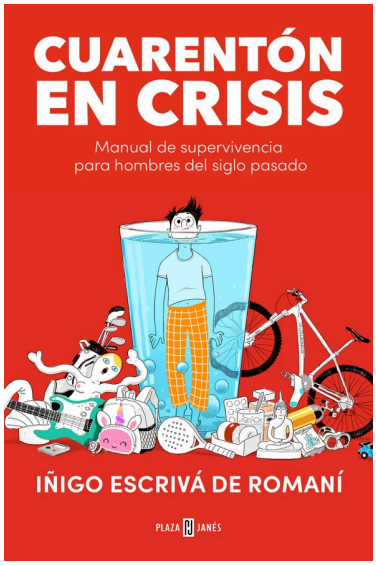
Nos han hecho creer que la vida es sufrimiento. Que es una lucha constante. Y en cuanto nos va bien en algo nos meten miedo con otra cosa. No todo el monte es orégano. Siempre hay un pero. No se puede tener todo. Cuando una puerta se abre otra se cierra. Estoy hasta los huevos de ese tipo de frases. Nos las han repetido tantas veces que nos las hemos acabado creyendo. ¿Sabes quiénes hablan así? Los que nunca encuentran sitio para aparcar. Los que van por la calle pisando cacas. Los que se olvidan las llaves dentro de casa. Los que compran algo en la máquina y el producto no cae. Los que se cambian de carril y empieza a avanzar el que han dejado. Los que se ponen en la cola más lenta del súper. Son los cenizos que también sueltan perlas como todo me pasa a mí, como si el universo estuviera confabulando para joderle la vida a Tontuno García, con

domicilio en calle de las Penurias, 13, bloque I, escalera H, 4.ºD de Desgraciado. Esa peña es perjudicial para la salud pública. Son peores que los alemanes. Es gente tóxica, que emana fracaso. Que no ríe, no juega, no salta, no baila, no quiere. Todo gratis, ¿eh? Reír, jugar, saltar, bailar, querer… no cuestan nada. Tú decides si ir por la vida arrastrando los pies o comiéndote el mundo. Que el monte puede ser orégano y una jodida plantación de marihuana si tú quieres. Y no, no siempre hay un pero. Y sí, sí se puede tener todo. No se va a poder, ¡si ya te ha tocado la lotería un millón de veces! Y cuando una puerta se abre, dejas que pase ella primero y le miras el culo.

Es broma.

Sal por la puerta y disfruta del viaje, que no sabemos cuánto dura.

La crisis de la mediana edad es un chiste, pero a mí no me hace ni puta gracia.



Si estás hasta los huevos de tu curro, quieres abandonar a tus hijos en una gasolinera, ya no follas ni en tu cumple, dudas de tu hombría y cada día eres más cascarrabias, pégate un tiro y acaba ya con este sufrimiento.

Es broma.
Léete el libro antes y luego ya si eso te pegas el tiro.

Iñigo no es escritor. Le fliparía serlo, pero malgasta su vida en otro curro. No se atreve a dejarlo porque su mujer se la corta. Aunque para lo que la usa, tampoco pasaría nada. Hasta le haría un favor, ya tiene cuatro hijos y cada día está más salido. Ha perdido el norte, da pena verlo en Instagram. Es una tragedia. Le propusimos un trato: si escribía algo decente sobre su crisis, lo publicábamos. El resultado es este libro: lo más indecente que hemos leído nunca. Considéralo una obra de caridad. Los ingresos irán destinados a hacernos más ricos, pero también sacará del pozo a otros cuarentones (al pobre Iñigo no le salva ni Dios).



Primera edición: junio de 2025

© 2025, Iñigo Escrivá de Romaní
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Sebastià Martí, por las ilustraciones del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Sebastià Martí

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02750-5

Compuesto en M. I. Maquetación, S. L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

[1] Las voces rancias las pongo en Comic Sans, que es la tipografía que más me ataca los nervios.

[2] *El Niágara en bicicleta*, Juan Luis Guerra (póntela).

[3] Para los lerdos: 65 años (jubilación) – 38 años (cotización) = 27 años (edad de empezar a trabajar).

[4] Como si tus padres fueran mancos…

[5] Casado con una mujer y con hijos biológicos de ambos, quiero decir, que ahora hay que explicarlo todo.

ÍNDICE

Cuarentón en crisis

Introducción

Primera Parte. Trabajo

1. No sé lo que quiero
2. Me equivoqué de carrera
3. Mi curro es una mierda
4. Estoy hundido en la miseria
5. Un rayo de esperanza
6. La parábola de los talentos
7. Quizá me haya puesto un poco melodramático

Segunda parte. Matrimonio

8. El Estado Autoritario
9. La Generalísima
10. Ley Seca
11. Los herederos
12. Sistemas de tortura
13. La lucha contra el Régimen

Tercera parte. Sexo

14. El sexo contrario
15. Follar en desventaja
16. American pie
17. La masturbación
18. El día que toca

Cuarta parte. Masculinidad

19. Prohibido quejarse
20. ¡Abajo el matriarcado!

21. ¿Soy maricón?
22. El tamaño importa (sobre todo a nosotros)
23. La fuerza por la boca

Quinta parte. Vejez

24. Cada día me parezco más a mi padre
25. Me importa todo UN CARAJO
26. Nada es como antes
27. Viejo Cascarrabias
28. Estás mejor que nunca

Sobre este libro

Sobre Iñigo Escrivà de Romaní

Créditos

Notas